R. L. STEVENSON

EL WEIR DE HERMISTON

ALIANZA EDITORIAL

Lectulandia

Si bien la muerte sorprendió a Robert L. Stevenson (1850-1894) antes de que pudiera haberla concluido, la mayor parte de los especialistas consideran *El Weir de Hermiston*, novela que habría de ser publicada de forma póstuma en 1896, una obra maestra. Centrada en torno al antagonismo existente entre su protagonista, Archie Weir, y su padre, Lord Hermiston —implacable representante de la justicia en quien se encarna, según explica en su prólogo Medardo Fraile, responsable también de la traducción, «la angustiosa incomprensión que padeció el novelista en su juventud por parte de su padre»—, los casi nueve capítulos que nos dejó el autor de «La isla del tesoro» compendian todas las cualidades de su genio creador. Acompaña al texto un apéndice que expone el desarrollo argumental que Stevenson proyectaba dar al resto de la novela.

Lectulandia

Robert Louis Stevenson

El Weir de Hermiston

ePub r1.0
Titivillus 06.04.2019

Título original: *Weir of Hermiston*
Robert Louis Stevenson, 1896
Traducción: Medardo Fraile

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A mi esposa

He visto caer la lluvia y aparecer el arco iris
en Lammermuir. He escuchado otra vez atentamente
el doblar de campanas de mi ciudad cimera.
Y aquí lejos he escrito, embebido en mis lares y mi raza.
Toma tú lo que he hecho: tuyo es. Porque
¿quién si no tú bruñó la espada, sopló el rescoldo medio extinto,
sostuvo la diana aún más alta, en el elogio parca,
pródiga en los consejos?
Así ahora, al fin, si hay en mi esfuerzo algo de bueno,
si alguna hazaña he hecho,
si una chispa de fuego
arde en la página imperfecta, tuya sea la alabanza.

Introducción

En lo más remoto de una región del páramo, donde no se divisa casa alguna, se alza un montón de piedras entre el brezo y, un poco al oriente, según se baja por la ladera, se ve una tumba con unos versos medio borrados. Ahí fue donde Claverhouse mató de un tiro al Tejedor Orante de Balweary, y el cincel del «Viejo Mortalidad» se ha oído desde entonces en aquella losa solitaria. La historia y la tradición local han señalado con un dedo manchado de sangre esa fosa que yace entre colinas y, desde que el Cameroniano dejara allí su vida en desvarío glorioso hace doscientos años, sin lamentarlo y sin saber por qué, el silencio aterciopelado del musgo ha vuelto a ser hollado por armas de fuego y lamentos agónicos[1].

Su nombre antiguo era Brezal del Diablo, pero el lugar es conocido ahora por el Mojón de Francie. Durante algún tiempo se dijo que el espectro de éste merodeaba por allí. Aggie Hogg lo encontró al anochecer junto a las piedras y el espectro le habló dando diente con diente, de forma que sus palabras eran indescifrables. Y persiguió a Rob Todd media milla (si alguien puede creerse lo que Robbie cuenta) con lastimeras súplicas. Pero vivimos tiempos de incredulidad. Los aderezos de la superstición desaparecen rápidamente y los hechos verdaderos de la historia sobreviven en la memoria de la gente del campo, escuetos e imperfectos, como los huesos casi a flor de tierra de un gigante que estuviera sepultado allí. Hasta el día de hoy, en las noches de invierno, cuando la nevisca clavetea en las ventanas y el ganado descansa en el establo, continúan contando, entre el silencio atento de los jóvenes y los añadidos y enmiendas de los viejos, la leyenda del Justicia Mayor y de su hijo, Hermiston el Joven, que desapareció sin dejar rastro, de las dos Kirsties y de los Cuatro Hermanos

Negros de Cauldstaneslap, y de Frank Innes, «el abogado joven y tontaina» que llegó a aquellos páramos para encontrar su Destino[2].

Capítulo I

Vida y muerte de la señora Weir

El Justicia Mayor[3] era un forastero en aquella parte del país, pero a su esposa la conocían desde niña, como a los antepasados que la precedieron. Los Rutherford de antaño, caballeros de Hermiston, de quienes ella era el último vástago, se habían hecho famosos en otros tiempos por malos vecinos, malos ciudadanos y malos maridos, aunque fueran buenos para sus propiedades. Se contaban historias sobre ellos en veinte millas a la redonda e incluso su nombre aparecía impreso en alguna página de la historia escocesa, no siempre para bien. Uno de ellos mordió el polvo en la batalla de Flodden, otro fue ahorcado en el portón de su torre por Jaime V, un tercero cayó muerto en una juerga con Tom Dalyell y un cuarto —el padre de Jean— murió cuando presidía el Club Luciferino que él había fundado[4]. Muchos en Crossmichael vieron con satisfacción ese castigo, porque aquel hombre gozaba de mala reputación entre los de arriba y entre los de abajo, entre los mundanos y los temerosos de Dios. Cuando falleció, había diez cargos pendientes contra él, ocho de los cuales eran de peso. Y la misma suerte alcanzó a sus representantes: a su capataz, su mano derecha en infinidad de chanchullos de mano izquierda, le tiró su caballo una noche y se ahogó en Kye-Skairs, en un fangal de turba. Y su procurador no le sobrevivió tampoco mucho tiempo (aunque los abogados se alimentan a cucharadas llenas), y murió de repente de un derrame.

A lo largo de todas estas generaciones, mientras un Rutherford montaba a caballo con los muchachos o alborotaba en la taberna, siempre había una esposa pálida en el hogar, entre los muros de la vieja torre, o, más tarde, en

la casa solariega. Toda esa serie de mártires pareció aguardar su hora demasiado tiempo, pero al final se vengaron en la persona de Jean, su última descendiente. Llevaba el nombre de los Rutherford, pero era hija de sus esposas atemorizadas. Al principio, no carecía de encanto. Los vecinos la recordaban de niña, cuando tenía un asomo de diablillo travieso, mínimas rebeldías apacibles, pequeños regocijos melancólicos e incluso un destello de belleza temprana que acabaría malográndose. Se marchitó al crecer y (ya sea por los pecados de los hombres de su estirpe o por los sufrimientos de sus mujeres) llegó a la madurez deprimida y, por decirlo así, desfigurada. No había en ella sangre de vida, ni alegría, ni fuerza; era piadosa, nerviosa, tierna, lacrimosa e incompetente.

Para muchos era un enigma que se hubiera casado, tan hecha como estaba a la hechura de las solteronas. Pero el destino la colocó en el camino de Adam Weir, el nuevo Fiscal Mayor[5], un hombre bien considerado, que había ascendido en la escala social tras vencer no pocos obstáculos y que, por lo tanto, comenzaba a pensar con retraso en buscar esposa. Le interesaba más la obediencia que la belleza, pero, así y todo, pareció impresionado cuando la vio por primera vez. «¿Quién es?», preguntó volviéndose hacia su anfitrión. Y cuando lo supo: «Ya», dijo. «Parece que tiene buenos modales. Me recuerda…» Y después, tras una pausa (que algunos han sido lo bastante osados como para atribuirla a evocaciones sentimentales), «¿Es devota?», preguntó, y, poco más tarde, a petición suya, se la presentaron. La amistad, que resultaría irreverente calificar de cortejo, se desarrolló con la habilidad acostumbrada en el señor Weir y se convirtió en leyenda en el Parlamento, o, mejor dicho, en el origen de muchas leyendas. Le describían entrando en el gabinete, arrebolado por el oporto, avanzando resuelto hacia la joven y llenándola de palabras agradables, ante las cuales la azorada doncella sólo acertaba a decir en una especie de agonía: «¡Oh, señor Weir!», «¡Ay, señor Weir!», o «¡Tenga compasión de mí, señor Weir!». Se contaba que en la víspera misma de su compromiso, alguien se había acercado a la pareja de tórtolos y había entreoído una exclamación de la joven en el tono de quien habla solo por hablar: «¡Dios nos libre, señor Weir! ¿Y cómo acabó?», y la réplica en tono grave del pretendiente: «Ahorcado, señora. Ahorcado». Los motivos de esa relación,

por ambas partes, fueron muy discutidos. El señor Weir debió de creer que su prometida le convenía de algún modo. Quizá fuera de esa clase de hombres que piensan que una cabeza vacía es un ornato en la mujer, opinión que se paga siempre cara en esta vida. Acerca de su estirpe y de sus bienes, no cabía la menor duda.

Sus antepasados viajeros y el pleitista de su padre habían acumulado bienes de sobra para Jean. Había dinero en metálico y acres de tierra bien cumplidos prestos a caer en manos del marido para procurar dignidad a sus descendientes y un título cuando fuera llamado a la Judicatura para él. Por parte de Jean, quizá hubiera algo de fascinación, producto de la curiosidad, hacia ese animal macho desconocido que se le acercó un día con la rudeza de un labriego y el aplomo de un abogado. Siendo él opuesto, radicalmente, a todo lo que ella conocía, amaba o entendía, es posible que le pareciera el extremo de su sexo, aunque dudosamente el ideal. Y, además, era un hombre difícil de rehusar. Apenas sobrepasados los cuarenta en los días de su boda, parecía aún más viejo y a la fuerza de su virilidad se añadía la dignidad senatorial de los años; todo ello causaba, quizá, un respeto irreverente, pero respeto al fin. La abogacía, la judicatura y el testigo más experto y remiso, se inclinaban ante su autoridad. ¿Por qué no iba a hacerlo Jeannie Rutherford?

Dije antes que un error sobre mujeres necias se paga siempre y lord Hermiston lo empezó a pagar pronto. Su casa de George Square era llevada lamentablemente. Nada respondía a los gastos de manutención, excepto la bodega, de la que él se cuidaba por sí mismo. Cuando las cosas iban mal en la cena, como solía ocurrir, *milord* miraba a su mujer, sentada al otro extremo de la mesa: «Esta sopa sería mejor para nadar en ella que para tomársela». O le decía al mayordomo: «Ven aquí, McKillop, llévate esta pata de radical; dásela a los franceses, y a mí me traes unas ranas. Es triste que me pase el día en el Tribunal colgando radicales y, de cena, no me den nada». Esta no era más que una forma de expresarse, por supuesto, y jamás en su vida había colgado a un hombre por radical. La Ley, de la que era fiel ministro, ordenaba otra cosa y, sus gruñidos, eran, sin duda, más bien humorísticos, aunque había en ellos una intención recóndita. Tal como los formulaba, con su voz resonante, y subrayados por ese gesto suyo conocido

en el Parlamento como «la cara de ahorcar de Hermiston», le metían a la mujer el miedo en el cuerpo. Ella permanecía sentada frente a él, muda y anhelante. A cada plato, como un nuevo martirio, revoloteaba su mirada hacia el semblante de *milord* y volvía a posarse sobre la mesa; si él comía en silencio, un consuelo inefable la invadía; si había quejas, el mundo se le anegaba en sombras. Salía a buscar a la cocinera, que era siempre su *hermana en el Señor*. «Ay, hija mía, que terrible es que el señor no esté contento en su propia casa», comenzaba diciendo, rezaba entre sollozos con la cocinera, y la cocinera, luego, rezaba con la señora Weir, pero la comida al día siguiente no era ni una brizna más apetitosa. Y la cocinera que la sustituía (cuando venía), era aún peor, si eso fuera posible, aunque igual de piadosa. Sorprendía a veces que lord Hermiston soportara todo aquello como él lo hacía. En realidad, era un viejo estoico y voluptuoso que se conformaba con buen vino y en abundancia. Pero en ocasiones estallaba. Quizá media docena de veces en la historia de su matrimonio. «¡Venga! ¡Llévate esto de aquí y tráeme pan y queso!», había exclamado una vez con voz de trueno y haciendo gestos extraños. A nadie se le ocurrió disuadirle ni ofrecer excusas. Se interrumpió el servicio. La señora Weir, sentada a la cabecera de la mesa, lloraba sin disimulo y el señor, frente a ella, masticaba su pan y su queso con indiferencia ostentosa. Sólo una vez aventuró una súplica la señora Weir cuando él pasó junto a ella para dirigirse al despacho:

—¡Oh, Edom! —gimió bañada en lágrimas con voz trágica, extendiendo sus manos hacia él y estrujando un pañuelo empapado en una de ellas.

Él se paró y la miró airado, ocultando en su mirada una chispa de humor:

—¡Tonterías! —dijo—. ¡Tú y tus tonterías! ¿Qué es lo que puedo esperar de una familia cristiana? ¡Una sopa cristiana es lo que yo quiero! Tráeme una muchacha que sepa, simplemente, cocer una patata, aunque sea una puta que haga la carrera por las calles.

Y, con esas palabras, que en los tiernos oídos de la señora Weir sonaron a blasfemia, se marchó a su despacho y cerró la puerta detrás de él.

Así se gobernaba la casa de George Square. Era mejor en Hermiston, donde Kirstie Elliott, hermana de un labrador vecino y prima lejanísima de

la señora, lo tenía todo a su cargo y mantenía la casa aseada y una buena mesa servida con cocina de campo. Kirstie era una mujer de las que entran pocas en docena, capaz, limpia, inolvidable; en su juventud había sido buena moza y era todavía hermosa como un pura sangre y sana como el viento en la colina. Fuerte de carnes, voz y colores, llevaba la casa con alma apasionada, sin parar jamás y no sin lucha. No mucho más devota de lo que en aquellos tiempos requería la decencia, causaba muchas preocupaciones a la señora Weir, que lloraba y rezaba por ella. El ama y la señora volvían a interpretar los papeles de Marta y María y, aunque con escrúpulos de conciencia, María descansaba como en una roca en la fuerza de Marta. Incluso *lord* Hermiston tenía a Kirstie en particular estima. Había pocas con las que él se relajara tan alegremente, pocas a las que él dedicara tantas chirigotas. «Kirstie y yo vamos a bromear», confesaba con buen humor mientras untaba la mantequilla en los bollos que hacía Kirstie y ésta servía la mesa. Siendo un hombre que no necesitaba de nadie simpatía ni amor, y buen conocedor de hombres y hechos, quizá sólo una verdad le habría cogido por sorpresa: saber que Kirstie le odiaba. Criada y amo, imaginaba él, hacían buena pareja. Ambos duros, mañosos, sanos, dos tipos de Escocia inconfundibles, sin un pelo de tonto ninguno de los dos. Pero la verdad era que la criada había divinizado a su señora, siempre gimiente y cansada, a la que rodeaba de mimos y, a veces, cuando servía la mesa, casi se le escapaban las manos hacia las orejas de *milord*.

Así, al menos, cuando la familia estaba en Hermiston, no sólo *milord*, sino también la señora Weir, disfrutaban de las vacaciones. Libre de la temible espera de la cena fallida, se entregaba a la costura, leía libros devotos y daba un paseo todos los días (por orden de *milord*), a veces sola, a veces con Archie, único hijo de esa unión tan poco natural. El niño era su vínculo más cercano. Junto a él sus emociones ateridas florecían de nuevo, respiraba hasta el fondo de su alma y sentía el corazón libre. El milagro de su maternidad se renovaba en ella. La visión de aquel hombrecito arrimado a su falda la embriagaba de poder y la conciencia de su responsabilidad la inmovilizaba. Oteaba el futuro y, al imaginarle crecido y representando papeles diversos en el teatro del mundo, contenía la respiración y elevaba su ánimo con vivo esfuerzo. Sólo se olvidaba de sí misma y aparecía a ratos

natural cuando estaba con el niño. Y, sin embargo, sólo con él había sido capaz de concebir y llevar a cabo un plan de conducta. Archie estaba destinado a ser un gran hombre y, además, bueno; ministro de la Iglesia a ser posible y, sin duda, un santo. Trató de interesar al niño en sus libros favoritos, las *Cartas* de Rutherford, la *Abundante Gracia*, de Scougal, y otros por el estilo[6]. Era en ella una costumbre (extraña, al recordarla ahora), irse con el niño al Brezal del Diablo, sentarse con él en la losa del Tejedor Orante y hablar de los *covenanters* hasta que se le saltaban las lágrimas. Su visión de la historia no era más que un dibujo ingenuo hecho de nieve y tinta: de un lado, tiernísimos inocentes con salmos en los labios; de otro, los perseguidores, calzados con botas, sanguinarios, congestionados de vino: un Cristo que sufría y un Belcebú rabiando. *Perseguidor* era una palabra que le oprimía el corazón; le parecía la representación de la maldad y era el estandarte de su propia casa. Su tatarabuelo había desenvainado la espada contra el ungido de Dios en los campos de Rullion Green y había exhalado su último suspiro (según la tradición) en los brazos del detestable Dalyell. Y no estaba tan ciega como para no ver que, si hubieran vivido en aquel tiempo, el mismo Hermiston habría tomado partido por el sanguinario MacKenzie y los políticos Landerdale y Rothes, en el bando en que luchaban los enemigos de Dios[7]. Sólo pensarlo le infundía fervor. Cuando hablaba de *perseguidores* le cambiaba la voz y estremecía al niño hasta la médula. Y cuando el populacho les abucheó a todos ellos un día, yendo en el carruaje de *milord*, y les silbó y gritó: «¡Abajo el perseguidor! ¡Muera el verdugo Hermiston!», y mamá se cubrió los ojos y sollozó y papá bajó el cristal, sacó la cabeza y miró a la chusma con su cara imponente y divertida, sonriente y amarga, como decían que miraba a veces cuando dictaba sentencia, Archie, por un instante, lo encontró todo bastante divertido para no alarmarse, pero, cuando se quedó a solas con su madre, le faltó tiempo para alzar su vocecilla aguda y preguntarle: «¿Por qué han llamado perseguidor a papá?»

—«¡Déjame, tesoro! —exclamó ella—. ¡Déjame, cariño! Son cosas de la política y no debes preguntarme nunca nada de eso, Archie. Tu padre es un gran hombre, mi amor, y yo no soy quién, ni tú tampoco, para juzgarle. Ojalá nos comportásemos en nuestras propias misiones en la vida como tu

padre lo hace en posición tan alta. ¡Que no vuelva yo a oírte esas preguntas indebidas e irrespetuosas! No es que tú quieras ser desobediente, alma mía; tu madre lo comprende, ¡lo comprende muy bien, amor mío!», y así se refugiaba en temas más seguros y dejaba en la mente del niño una impresión borrosa pero inolvidable de algo mal hecho.

La filosofía vital de la señora Weir podía resumirse en una palabra: ternura. En su visión del universo, iluminado todo por el resplandor del infierno, los buenos debían pasearse en una especie de éxtasis de ternura. Los animales y las plantas no tenían alma. Estaban aquí por un solo día y había que dejárselo vivir con tranquilidad. En cuanto a los hombres, que eran inmortales, ¡por qué sendero negro y cuesta abajo se dirigían muchos de ellos y hacia qué inmortalidad tan horrorosa! «¿No se venden dos pájaros…?», «A aquél que te golpee…», «Dios envió la lluvia…», «No juzgues y no serás juzgado», éstos eran los textos sustanciales de su creencia; se los ponía con los vestidos por la mañana y se acostaba y dormía con ellos por las noches. La hechizaban como un aire suave, la impregnaban como un perfume favorito. El capellán de la casa analizaba la Ley hasta el tuétano y *milord* se sentaba a oírle con gusto; pero la señora Weir prefería respetarle de lejos; le escuchaba (como al cañón de una ciudad sitiada) tronando fuera con eficacia en las murallas del dogma y, entretanto, ella, fuera de tiro y al alcance de él, meditaba lo que oía entre sus plantas, que regaba con lágrimas agradecidas. Parece extraño en una mujer así, incolora e inútil, pero su entusiasmo era auténtico y hubiera sido la gloria y la luz de un claustro. Quizá nadie sabía, excepto Archie, que podía ser elocuente. Quizá sólo él la había visto —subido el color, las manos crispadas o temblorosas— brillar con suave ardor. Había un recodo en la finca de Hermiston donde se encontraba uno de pronto con la cumbre del Brezal Negro, sólo hierba a veces en lo alto de la colina, y otras veces (es lo que ella decía) como una valiosa joya del Paraíso. En esos días, cuando veía el Brezal de repente, su mano apretaba los dedos del niño y su voz parecía entonar un canto: «¡Yo a las montañas!», repetía, y «Oh, Archie, ¿no son como las cumbres de Neftalí?», y fluían sus lágrimas a las que propendía tanto[8].

Para un niño impresionable, el efecto de esta compañía delicada y continua, era profundo. La compunción y quietud de la mujer pasaban sin mengua a su naturaleza distinta, pero, mientras en ella era un sentimiento original, en él no era otra cosa que un dogma inculcado. La naturaleza y agresividad del niño se rebelaban a veces. En una ocasión, un golfante de Potterrow le dio un golpe en la boca; él le devolvió el revés, los dos lucharon en el callejón que va a los campos de heno, donde las cuadras traseras, y Archie volvió con una mella notable en los dientes delanteros, aunque jactándose sin parar de las pérdidas del enemigo. Fue un día doloroso para la señora Weir. Sollozó y rezó para que no volviera a ocurrir, hasta la hora en que *milord* llegó del Tribunal y, entonces, volvió a adoptar el aire de compostura trémula con el que siempre le recibía. El juez se encontraba ese día observador y se fijó en los dientes que faltaban.

—Me temo que Archie ha estado peleando con algún golfo —dijo la señora Weir.

La voz de *milord* retumbó como no solía hacerlo en la intimidad de la casa.

—¡No lo toleraré! —gritó—. ¿Me oyes? ¡Eso sí que no! Un hijo mío no va a revolcarse en el barro con un canalla piojoso.

La angustiada madre se mostró agradecida por tanto apoyo; había temido incluso lo contrario. Y esa noche, cuando arropaba al niño en la cama, le dijo:

—Bueno, ¿lo ves, cariño? Ya te advertí lo que pensaría tu padre si llegaba a enterarse de tu horrible pecado. Tú y yo vamos a rezar a Dios para que aparte de tu camino esa tentación o te fortalezca para resistirla.

La argucia femenina saltaba a la vista. Hielo y hierro no pueden soldarse y los puntos de vista del Justicia Mayor y de la señora Weir eran no menos opuestos.

El carácter y la posición de su padre fueron para Archie, durante mucho tiempo, un grave obstáculo y con los años la dificultad se volvió más evidente. El hombre solía permanecer callado. Si hablaba, era para referirse a las cosas del mundo, con infalible espíritu mundano, a menudo en un lenguaje que al niño le habían enseñado a considerar grosero y, a veces, con palabras que sabía pecaminosas. Su primer deber era la ternura, y *milord*,

invariablemente, se mostraba duro. Dios era amor, pero el nombre de *milord* infundía miedo al que le conocía. En el mundo había sitios reservados para seres así, según el esquema de Archie aprendido de su madre; había gente a la que compadecer y por los que era bueno pedirle a Dios, aunque quizá resultara inútil. Se les llamaba réprobos, chivos expiatorios, enemigos de Dios, leños para la hoguera, y Archie comprobó todos los rasgos de identificación y llegó a la conclusión, personal e inevitable, de que el pecador número uno era el Justicia Mayor.

La honestidad de la madre tampoco aparecía sin mácula. Había una influencia sobre el niño que ella temía y minaba solapadamente: la de *milord*. Medio inconsciente y a ciegas, pero resuelta, no dejaba de contrarrestarla en su hijo. Mientras Archie no decía nada, ella llevaba a cabo esa lucha sin piedad y sin tener en cuenta otra cosa que el Cielo y la salvación del hijo. Pero Archie rompió un día el silencio. Fue en 1801, tenía siete años y era un niño avanzado en curiosidad y lógica para su edad. Se encaró abiertamente con el asunto. Si juzgar era pecado y estaba prohibido, ¿cómo el padre se había convertido en juez?, ¿cómo podía hacer negocio del pecado?, ¿por qué era distinguido llamarse juez?

—No veo cómo —dijo el pequeño rabino moviendo la cabeza.

La señora Weir le replicó con un sin fin de tópicos.

—No, continúo sin verlo —reiteró Archie—. Y voy a decirte otra cosa, mamá: no creo que tengamos justificación alguna, ni tú ni yo, para vivir con él.

Se despertaron en ella remordimientos. Se consideró desleal a su hombre, a su soberano, a quien ganaba el pan que ellos comían, por el que sentía un mediano orgullo con lo que le quedaba aún de mundano. Se volcó en alabanzas de la grandeza y honores de *milord*; de sus servicios tan útiles en este valle de lágrimas y del alto puesto que ocupaba, demasiado alto para que niños y gente sin malicia pudieran siquiera alcanzar a verlo o criticarlo. Pero ella había sembrado demasiado a fondo y en Archie se acumulaban otras preguntas: ¿no eran niños e inocentes los que iban al Cielo?, ¿no eran grandezas y honores lo que se pedía en el mundo? Y, en todo caso, ¿por qué la chusma aquella se había enfurecido alrededor del coche?

—Muy bien —terminó diciendo—. Pero, en mi opinión, papá no tiene derecho a ser eso. Y hay algo más. Creo que le conocen por «el juez ahorcador»; según parece es *cruel*. Te lo explicaré, mamá; es un tema que voy entendiendo: es mejor que ese hombre se ate una piedra al cuello y se hunda en lo más profundo de lo más hondo del mar.

—¡Corderito mío, no digas eso! —gritó ella—. Hay que honrar padre y madre, cariño, para que nuestros días se prolonguen en la tierra. Los que gritan contra él son ateos, ¡ateos franceses, Archie![7]. Tú no puedes caer tan bajo como para decir lo que dicen ellos, los ateos franceses, ¿no? Pensar eso de ti me partiría el corazón. Oh, Archie, ¿estás preparado tú para juzgar? ¿Has olvidado el mandamiento explícito de Dios, el primero de la Tierra Prometida, cielo mío? ¡Cuidado con la viga que no ves en tu propio ojo!

Había llevado la guerra al campo enemigo y la aterrada dama respiró de nuevo. No cabía duda de que era fácil burlarse de un niño así con tópicos, pero ¿cuánto dura el efecto de hacer eso? El instinto detecta el sofisma en el pecho infantil y una voz interior lo condena. Se someterá al instante, pero mantendrá su opinión cuando esté a solas. Porque en esa simple y antigua relación de madre e hijo también se multiplican las hipocresías.

Cuando el Tribunal se cerró ese año y la familia volvió a Hermiston todos coincidieron en que la señora había decaído penosamente. Parecía perder y reanudar luego su contacto con la realidad, sentada inerte en una especie de desconcierto continuo, despertándose poco después para entregarse a una actividad tenue y febril. Deambulaba entre las muchachas de la casa mirándolas con aire estúpido; le daba por revolver todo en alacenas y armarios empotrados, amontonaba la ropa y, cuando estaba casi todo fuera, desistía de continuar. Comenzaba una frase animadamente y la dejaba en el aire sin hacer el menor esfuerzo por acabarla. Era como si hubiera olvidado algo y tratara continuamente de acordarse. Y cuando rememoraba, uno tras otro, los ratos emocionantes e inútiles de su juventud, quizá buscara la clave de ese recuerdo perdido. En aquel tiempo, hizo muchos regalos a los vecinos y a las muchachas de la casa, dándolos tan apenada que azaraba a los que los recibían.

La noche anterior a su muerte estuvo entregada a su labor y se afanó en ella con devoción tan trabajosa y manifiesta que *milord* —que no solía ser

curioso—, preguntó de qué se trataba.

Ella enrojeció hasta las orejas.

—Oh, Edom, es para ti —dijo—. Son zapatillas… Nunca, nunca te las he hecho.

—¡Qué tonta eres! —respondió *milord*—. ¡Bonita figura tendría yo bamboleándome por ahí en babuchas!

Al día siguiente, a la hora en que solía darse un paseo, Kirstie se opuso. Se tomaba el deterioro de su ama muy en serio. Le mostraba inquina, se quejaba de ella y le regañaba; la angustia de un afecto real disfrazado de mal genio. Ese día, compendio de todos lo demás, insistió irrespetuosamente, con furia rústica, en que la señora Weir tenía que quedarse en casa. «No, no», dijo el ama; «cumplo órdenes de mi señor», y echó a andar como siempre. Archie estaba a la vista en un campo encenagado, concentrado en alguna empresa pueril cuyo instrumento era el lodo, y ella se paró y le miró un rato como si estuviera a punto de llamarle. Luego, pensó otra cosa, suspiró, movió la cabeza y continuó sola dando el paseo. Las chicas de la casa estaban lavando en el arroyo y observaron sus pasos desgarbados, débiles, sin norte.

—Es terrible lo consumida que está la señora —dijo una de ellas.

—¡Qué horror! —contestó la otra—. Esa mujer está enferma.

—No hay de qué asustarse en realidad —observó la primera—. A moza endeble, vieja sin fuerzas.

La frágil criatura objeto de la discusión deambuló un rato por el campo sin finalidad alguna. La marea subía y bajaba en su mente y la mecía de un lado para otro como un alga. Cogió un sendero, hizo luego una pausa, volvió atrás y probó otro camino buscando algo que olvidó enseguida, extinto su poder de elección o carente de continuidad. Dio la impresión, de pronto, de haber recordado algo o de haber tomado una resolución; se dio la vuelta, volvió con pasos apresurados y se plantó en el comedor, donde Kirstie limpiaba afanosamente.

—¡Kirstie! —comenzó a decir, e hizo una pausa. Y después, convencida —: Al señor Weir no le importa mucho lo espiritual, pero ha sido un buen hombre para mí.

Desde que su esposo había subido de categoría era la primera vez que olvidaba referirse al título, del cual no estaba poco orgullosa la tierna e inconsistente mujer. Y cuando Kirstie la miró a la cara, se dio cuenta del cambio.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué le ocurre, señora? —gritó el ama soltando la alfombra.

—No lo sé —respondió la señora, moviendo la cabeza—. Pero no piensa en lo espiritual, hija mía.

—¡Venga! Siéntese de una vez. ¡Por Dios! ¿Qué le pasa, señora? —gritó Kirstie, y la ayudó y la obligó a sentarse en el sillón de *milord* junto a la chimenea.

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? —dijo sofocada—. ¿Qué es esto, Kirstie? Tengo miedo.

Ésas fueron sus últimas palabras.

Atardecía cuando volvió *milord*. Tenía la puesta de sol a sus espaldas, todo nubes y gloria. Y frente a él, al borde del camino, esperaba Kirstie Elliott. Deshecha en lágrimas, se dirigió a él con el aullido agudo de un lamento bárbaro como el que persiste aún, atenuado, en los brezales de Escocia.

—¡Qué Dios le compadezca, señor Hermiston! ¡Que el Señor le ayude! —dijo desahogando sus penas—. ¡Ay de mí, que tengo que decírselo!

Él tiró de las riendas de su caballo y la miró con su gesto de ahorcar.

—¿Han desembarcado los franceses? —gritó.

—¡Qué cosas, señor, qué cosas! —le apostrofó ella—. ¿Es eso lo único que se le ocurre? ¡El Señor le prepare, y le conforte, y le sostenga!

—¿Se ha muerto alguien? —dijo Su Señoría—. No será Archie…

—¡Gracias a Dios, no! —exclamó la mujer, alarmada hasta el punto de cambiar a un tono más natural—. No, no. No ha sido la desgracia tan grande. Ha sido la señora, *milord*. Sencillamente, se desvaneció ante mis ojos. Un sollozo y se acabó. ¡Ay, mi preciosa señorita Jeannie, a quien yo quería tanto! Y volvió otra vez a una marejada de lamentos, en los que sobresalen y abundan las de su clase.

Lord Hermiston, a caballo, la contemplaba, hasta que recobró el dominio de sí mismo.

—Bueno, ¡ha sido tan de repente! —dijo—. Aunque ella fue siempre enfermiza.

Y echó a cabalgar hacia la casa precipitadamente, con Kirstie siguiendo al caballo.

Habían puesto a la señora en la cama vestida como en el último paseo. Nunca había sido interesante en vida. Muerta, tampoco impresionaba. Y cuando el marido permaneció de pie frente a ella con las manos cruzadas a la espalda, lo que estaba mirando era la verdadera imagen de lo insignificante.

—No éramos el uno para el otro —comentó al fin—. Fue una boda sin sentido —y con un tono más suave, desacostumbrado en él, dijo—: ¡Pobre lerda!, ¡Pobre lerda! —y luego, de repente—: ¿Dónde está Archie?

Kirstie había conseguido llevarlo a su habitación y le había dado una rebanada de pan con jalea.

—Tú también tienes tu sentido común —observó el juez examinando severamente al ama—. Para decirlo todo —añadió—, yo podía haber actuado aún peor. ¡Podía haberme casado con una Jezabel chillona como tú!

—¡Nadie piensa en usted, Hermiston! —gritó ella ofendida—. Pensamos en la que está libre de penas. ¿Y ella? ¿Podía haberlo hecho aún peor? Dígamelo, Hermiston, dígalo delante de ese cuerpo de tierra que está ya helado.

—Bueno, algunas son muy difíciles de complacer —contestó él.

Capítulo II

Padre e hijo

El Justicia Mayor era conocido por muchos, pero el hombre, Adam Weir, quizá por nadie. No tenía necesidad de dar explicaciones ni de esconder nada y, callado, se bastaba a sí mismo. Ese aspecto de la naturaleza humana que busca amor o gloria (falseándolos demasiadas veces), parecía faltarle. No pretendía ser amado ni le importaba serlo y es probable que incluso pensarlo fuera inusitado para él. Se le admiraba como abogado y nadie le quería como juez, y él miraba por encima del hombro a los que eran inferiores suyos en una de las dos categorías: a los abogados menos capaces, o a los jueces menos odiados que él. En sus hechos no aparecían trazas de vanidad y pasó la vida mecánicamente, como en un sueño casi augusto.

Veía poco a su hijo. En las enfermedades propias de la infancia por las que pasó el niño, preguntaba a diario por él y le hacía una visita; entraba en la habitación del enfermo con semblante entre consternado y festivo, soltando alguna broma superficial y marchándose a toda prisa para consuelo del paciente. En una ocasión, aprovechando la oportunidad de una fiesta en los Tribunales, *milord* hizo sacar el carruaje y él mismo condujo al niño hasta Hermiston, lugar acostumbrado de convalecencia. Es posible que el Juez se sintiera aquel día más angustiado que de costumbre, porque aquel viaje permaneció siempre en la memoria de Archie como algo aparte: su padre le había relatado, de principio a fin, y sin omitir detalles, tres casos auténticos de asesinato. Archie siguió la ruta habitual de otros muchachos de Edimburgo: el instituto y la Universidad, y Hermiston miraba por él o, mejor dicho, miraba hacia otra parte, sin molestarse apenas en fingir interés

por sus progresos. De hecho, todos los días después de la cena, a una señal del padre, le llevaban a la mesa y le daban nueces y una copa de oporto, mientras él le miraba sardónicamente y le interrogaba con sarcasmo. «Bien, señor mío, y hoy, ¿qué es lo que ha hecho usted con su libro?», así podía comenzar *milord* para hacerle después difíciles preguntas en latín de leguleyo, que para un niño que andaba a trompicones con Corderius, Papiniano y Paulo, resultaban enteramente imposibles. Pero el padre no recordaba a otros. No era severo con el colegial incipiente, teniendo como tenía una sólida base de paciencia adquirida en los tribunales, y no se tomaba el trabajo de esconder o expresar su desilusión. «¡Bien, todavía hay que andar mucho camino!», observaba bostezando y volvía o no volvía a sus propias ideas, hasta que llegaba el momento de separarse y *milord* cogía la jarra y el vaso y se marchaba al despacho trasero, que daba a la vega, donde trabajaba en los casos pendientes hasta altas horas de la madrugada. No había un hombre más competente en la judicatura; su memoria era maravillosa sobre lo prescrito por la Ley. Si tenía que aconsejar de improviso, nadie lo hacía mejor y, sin embargo, nadie se preparaba tan a conciencia. Mientras velaba de noche, o cuando, sentado a la mesa, olvidaba la presencia de su hijo, saboreaba en lo profundo placeres recónditos. Entregarse totalmente a cualquier ejercicio intelectual es haber triunfado en la vida. Y quizá sólo en las leyes y las altas matemáticas pueda ser mantenida tal dedicación, bastándose a sí misma sin consecuencias externas, y hallando satisfacciones continuas sin desequilibrios. Ese ambiente en el que el padre se esmeraba en el trabajo supuso lo mejor de la educación de Archie. No le atraía esa labor; más bien, seguramente, le alejaba y deprimía. Y, sin embargo, allí estaba presente, sin ser observada, como el tictac de un reloj; un ideal árido, un insípido estimulante en la vida del joven.

Pero Hermiston no era de una sola pieza; también era un borrachín redomado. Podía sentarse y beber hasta el amanecer y pasar de la mesa al Tribunal con mano segura y cabeza clara. Tras la tercera botella le salía claramente el plebeyo. El acento bajo y grosero y la alegría rastrera y sucia se hacían más bajos y frecuentes. Entonces, impresionaba menos y se volvía más desagradable. Ahora bien, el muchacho había heredado de Jean

Rutherford una delicadeza a flor de piel unida a una violencia potencial exagerada. En el campo de juego y entre sus propios compañeros, él devolvía una expresión soez con un puñetazo. Con su padre, en la mesa (cuando le llegaba la hora de incorporarse a aquellos deleites), se le revolvía el cuerpo y estaba pálido y silencioso. Entre todos los invitados que se encontraban allí sólo aguantaba a uno: David Keith Carnegie, lord Glenalmond. Lord Glenalmond era demacrado y alto, de rasgos alargados y manos también largas y delicadas. A menudo se le comparaba con la estatua de Forbes de Culloden en el Parlamento[9]. Sus ojos azules, cumplidos los sesenta, conservaban el rescoldo del fuego juvenil. Su exquisita distinción comparada con la de otros invitados, su aspecto de artista y aristócrata desamparado en aquella ruda compañía, atrajo la atención del muchacho poderosamente. Y como la curiosidad y el interés son las dos cosas más rápida e infaliblemente recompensadas en el mundo, lord Glenalmond se fijó también en el muchacho.

—¿Así que éste es tu hijo, Hermiston? —dijo poniendo una mano sobre el hombro de Archie—. Se está haciendo ya un hombre.

—¡Huy! —respondió jocoso el padre—. No es más que la viva estampa de su madre. No se atreve a decirle ni «mu» a un ganso.

Pero el visitante no dejó al muchacho; le habló y le animó a hablar, encontró en él gusto por las letras y un alma joven, hermosa, apasionada y modesta. Y le invitó a que pasara con él los domingos por la tarde en su comedor sobrio, frío, solitario, donde se sentaba a leer en soledad; la soledad del soltero envejecido entre refinamientos. La gracia y la amabilidad de aquel viejo juez, la delicadeza de su persona, sus ideas y la forma de expresarlas, hablaban al corazón de Archie en su propia lengua. Archie concibió la ambición de ser igual que él. Y, cuando le llegó el día de elegir su futuro, fue la emulación de lord Glenalmond, no la de lord Hermiston, la que le hizo escoger la abogacía. Hermiston veía aquella amistad con reserva y orgullo, pero se explayaba abiertamente en la intolerancia de sus burlas. Rara vez dejó pasar la ocasión de rebajarlos con una broma grosera. Y, a decir verdad, no le resultaba difícil, porque ni Archie ni lord Glenalmond eran vivos de ingenio. Siempre tenía una palabra de desprecio para esa muchedumbre de poetas, pintores, violinistas

y sus admiradores, la raza ilegítima de los aficionados, y no se le caía nunca de los labios. «¡Signor violinístico! —exclamaba—. ¡Por todos los santos, ya está bien de Signor!»

—Usted y mi padre son grandes amigos, ¿no? —le preguntó una vez Archie.

—No hay hombre que yo respete más —replicó lord Glenalmond—. Tiene dos cosas de gran valor: es un gran abogado y es recto como una vela.

—Usted y él, ¡son tan diferentes! —dijo el muchacho, con los ojos clavados en los de su amigo como los de un amante en los de la amada.

—¡En verdad lo somos! —replicó el juez—. Muy diferentes. Y me temo que él y tú sois también diferentes. Sin embargo, me parecería mal que mi amiguito juzgara a su padre erróneamente. Tiene todas las virtudes romanas. Catón y Bruto eran así también[10]. Creo que el corazón de un hijo debería estar orgulloso de un padre como él.

—¡Preferiría que fuera un ser gregario! —dijo Archie alzando la voz con repentina amargura.

—Eso no es muy prudente ni lo creo del todo —le contestó Glenalmond —. Un día encontrarás que algunas de esas expresiones harán nacer en ti el remordimiento. Sólo son literarias y decorativas. No expresan tu pensamiento con propiedad ni el pensamiento está captado claramente y tu padre diría sin duda (si estuviera aquí): «¡Signor violinístico!»

Con el delicado olfato de los jóvenes, Archie soslayó el tema desde aquel momento. Quizá fuera una lástima. Si hubiera hablado —hablado con libertad—, si hubiera lanzado el chorro de sus palabras a borbotones (como gustan y deben hacer los jóvenes), es posible que la historia de los Weir de Hermiston no se hubiera escrito. Pero le bastó la sombra de una amenaza de ridículo. En la aspereza ligera de esas palabras leyó una prohibición. Y es posible que Glenalmond las dijera para eso.

Aparte de aquel anciano, no tenía el muchacho ni confidente ni amigo. Serio e impaciente, pasó por el instituto y la universidad y, en el retraimiento de su timidez, le rodeó una gran indiferencia. Creció guapo, con un semblante limpio y expresivo y maneras graciosas y juveniles. Era inteligente, ganó premios y brilló en los debates de la Sociedad Especulativa. Podría creerse que su destino sería aglutinar a multitud de

amigos, pero algo que era en parte la delicadeza de su madre y en parte la austeridad del padre, le mantuvo apartado de todos ellos. Es un hecho, y un hecho extraño, que las gentes de su tiempo creían que el hijo de Hermiston era una astilla del viejo palo. «¿Eres amigo de Archie Weir?», le dijo uno a Frank Innes. Y éste respondió con su ligereza habitual y más agudeza de la habitual en él: «Conozco a Weir, pero nunca me he topado con Archie». Nadie conocía a Archie; un problema de hijos únicos demasiado frecuente. Cuando lanzó al aire su intimidad, nadie prestó atención. Parecía forastero en un mundo en el que estaba proscrita la más simple esperanza de intimidad. Y miraba a su alrededor, al grupo de sus compañeros de estudio, y al mañana, a los días triviales y a los conocidos que habían de llegar, sin ninguna esperanza ni interés.

Con el tiempo, el viejo pecador duro y áspero se sintió atraído por el hijo de sus entrañas, único continuador de su estirpe, con una blandura de sentimientos a la que difícilmente podía dar crédito y se sentía impotente de expresar. Con cara, voz y maneras adiestradas durante cuarenta años para inspirar repulsión y terror, Rhadamanthus puede ser grande, pero poco atractivo[11]. Es verdad que trató de propiciarse a Archie, lo que no era poco, ni mucho menos. Realizó el intento de forma imperceptible y soportó el fracaso con estoicismo. Las naturalezas férreas y tenaces no inspiran simpatías. Aunque fracasaba en la amistad de su hijo o en conseguir, al menos, su tolerancia, él no dejaría de subir por eso, la cuesta grandiosa y recta de su deber, ni deprimido ni entusiasta. Si hubiera disfrutado más de sus relaciones con Archie, éstas podrían haberse normalizado en algún momento, pero el placer era un producto secundario de la química particular de la vida y no lo esperaban más que los tontos.

La actitud de Archie —ya hemos crecido todos y olvidamos los días de nuestra juventud—, es más difícil de explicar. No intentó jamás entender al hombre con el que desayunaba y comía. Sobriedad en el dolor, exceso en el placer, son los dos rostros que se turnan en la juventud, y Archie era de los sobrios. Cuando en algún aspecto soplaba viento frío, se volvía de espaldas: permanecía lo menos posible en presencia de su padre y, cuando estaba con él, dejaba de mirarle cuanto lo permitían los buenos modales. El quinqué de la mesa les alumbró cientos de días: *milord* hostil, oscuro e irreverente;

Archie con su brillantez en ciernes oscurecida y velada en aquella compañía. Quizá no hubiera en toda la cristiandad dos hombres más radicalmente opuestos entre sí. El padre, sin sofisticación alguna, hablaba de lo único que le interesaba, o mantenía un silencio indiferente. El hijo, se devanaba los sesos buscando un tema seguro que no le aportara nuevas evidencias de la innata grosería de *milord* o de su falta de humanidad en total inocencia, avanzando con tiento en el camino de su relación como la dama que se recoge las faldas al cruzar un sendero. Si cometía una falta y *milord* se lanzaba a la carga de sus ofensas, Archie se erguía con la frente ofuscada y sin poder hablar. Pero *milord*, constante y animoso, seguía volcando lo peor de sí mismo ante su hijo callado y ofendido.

—El que nunca está alegre es un pobre diablo —decía para dar fin al tormento de sus palabras—. Pero ahora tengo que empuñar mi arado. —Y se recluía como de costumbre en su cuarto de atrás mientras Archie se adentraba en la noche y en la ciudad temblando de rencor y de desprecio.

Capítulo III

Sobre la ejecución de Duncan Jopp

En 1813, Archie entró un día, por casualidad, en el Tribunal de Justicia. El macero abrió paso al hijo del presidente. En el banquillo, centro de todas las miradas, estaba en pie Duncan Jopp, un preso desgraciado del mismo color del suero, luchando por su vida. Su historia, según ahondaban ante él en ella públicamente, abundaba en cobardía, vicio, vergüenza y puro delito. Y aquella criatura escuchaba y parecía como si comprendiera a ratos, como si, a veces, olvidara el horror del lugar donde estaba y tuviera conciencia de la indignidad que allí le había llevado. Mantenía la cabeza baja y las manos aferrando la barandilla. El pelo le caía sobre los ojos y se lo echaba, a veces, para atrás. Y ora miraba al público con un sentimiento de terror fugaz, ora tragaba saliva y miraba al juez. Para abrigarse la garganta, se había puesto con alfileres un pedazo de franela sucia, y eso fue quizá lo que decidió la balanza entre la compasión y el asco en la mente de Archie. Aquel ser se alzaba en un contorno sin líneas: unas horas más y sería todavía un hombre con ojos y percepción; pocas horas después, en un acto de boato postrero y sórdido, dejaría de existir. Pero aquí, mientras tanto, en un impulso de la naturaleza humana que hacía contener la respiración al que lo veía, andaba cuidándose un dolor de garganta.

Enfrente y por encima de él, ocupaba el sillón *milord* Hermiston en toga roja, prescrita por la jurisdicción criminal, y con la cara enmarcada por la peluca blanca. Honrado en todo, no fingía poseer la virtud de la imparcialidad. No era éste un caso de refinamiento. Había que ahorcar a un hombre —habría dicho—, y allí estaba él para colgarlo. No era posible tampoco ver a *milord* y, al verle, exculparle del gusto en la tarea. Estaba

claro que disfrutaba con el ejercicio de sus facultades bien probadas, con su clara visión, que se centraba enseguida en lo esencial del hecho; con las pullas rudas y descarnadas con las que demolía cualquier quimera de la defensa. Se encontraba a gusto y gastaba bromas con cierta libertad tabernaria, inflexible en su sitial solemne. Y ese andrajo de hombre con la franela al cuello iba reculando entre mofas hacia la horca.

Duncan tenía una querida, poco menos desamparada y mucho más vieja que él, que estaba allí presente, gimoteando y haciendo reverencias para aumentar el peso de su traición. *Milord* le tomó juramento con su voz más rugiente y añadió, agresivo, una advertencia:

—Cuidado con lo que dices ahora, Janet. Te estoy observando bien y no te conviene bromear conmigo.

Y después, cuando ella, temblorosa, se había embarcado en su historia:

—¿Qué es lo que te impulsó a hacer eso, vieja inmunda? —le interrumpió el Tribunal—. ¿Tratas de decir que eres la querida del acusado?

—Lo dije sin ánimo de molestar, *milord* —lloriqueó la mujer.

—¡Por los clavos de Cristo que hacíais buena pareja! —observó el juez.

Y había algo tan formidable y feroz en su desprecio que ni siquiera la chusma de la galería se rió.

El sumario contenía algunas perlas:

«Estos dos seres lamentables parecen haber nacido el uno para el otro, y nosotros no somos quiénes para explicar por qué». «El acusado, que, además de cualquier otra cosa, nos parece tan deficiente de mente como de cuerpo…» «Ni el acusado, ni siquiera su vieja compañera, parecen tener el sentido común necesario hasta para contar mentiras…» A lo largo de la sentencia, *milord* desplegó este *obiter dictum*: «Yo he sido el medio del que Dios se ha valido para ahorcar a bastantes hombres, pero nunca a un granuja tan empedernido como tú». Las palabras eran en sí brutales, pero el fogonazo, y el calor, y el ruido de su dicción, y el placer salvaje en la tarea del que las pronunciaba, hacían estremecerse los oídos.

Cuando todo acabó, Archie regresó a un mundo ya distinto. Si hubiera habido la más mínima grandeza para redimir la culpa, alguna zona en sombra, alguna duda, quizá hubiera comprendido. Pero el culpable permaneció allí, con su dolor de garganta, en el sudor de su agonía mortal,

sin defensa ni excusa; un objeto para ser cubierto de sonrojo; un ser tan hundido más allá de toda compasión, que sentir compasión por él era inútil. Y el juez le perseguía con un regocijo monstruoso y glotón tan horrible como una pesadilla. Una cosa es matar a un tigre y otra aplastar a un sapo. Incluso en un matadero hay estética, y lo asqueroso de Duncan Jopp envolvía e infectaba la imagen del juez.

Archie pasó junto a sus amigos por la Calle Mayor con palabras y gestos incoherentes. Vio como en un sueño Holyrood; los amores legendarios de aquel palacio pasaron por su mente y se esfumaron. Tenía su propia visión de las historias viejas y radiantes: de la reina María y el príncipe Charlie, del ciervo encapuchado[12], de asesinatos y opulencia, de terciopelo y hierro refulgente en el pasado. Y lo rechazó todo con un quejido de pena. Se tumbó y gimió en el Campo del Cazador y los cielos eran sombríos por encima de él y la hierba del campo le ofendía. «Ese es mi padre», se dijo. «Mi vida procede de él; la carne que cubre mis huesos es suya, el pan con que me alimento viene de esos horrores». Recordó a su madre y apoyó la frente en la tierra. Pensó huir, pero ¿a dónde iba a marcharse?; pensó en otra forma de vivir, pero ¿había alguna vida que valiera la pena en esta guarida de animales sarcásticos y salvajes?

La espera hasta la ejecución fue como un sueño de sangre. Vio a su padre. No le miró; no podía hablarle. Era imposible que ningún ser vivo dejara de notar al punto esa animosidad tan cercana. Pero la máscara del Alto Juez de Justicia permaneció impenetrable. Si se hubiera mostrado hablador, se habría roto la tregua. Pero se encontraba, por fortuna, con ganas de guardar un hosco silencio. Y bajo los mismos cañones de su padre, Archie alimentaba el entusiasmo de la rebelión. En la atalaya de sus diecinueve años, le parecía estar marcado desde la cuna para llevar a cabo alguna acción elevada, reinstaurar la Piedad caída o destronar al demonio usurpador que se aposentaba, con pezuñas y cuernos, en su trono. Quimeras seductoras de los jacobinos, que había refutado en el Club Especulativo con frecuencia, volvían a su cerebro y le sobrecogían con sus voces. Y se veía caminar acompañado de una presencia casi tangible de nuevos deberes y creencias.

La mañana de autos, estuvo en el lugar de la ejecución. Vio a la canalla burlona y vio cómo exhibían al pobre desgraciado encogido de miedo. Presenció durante un rato algo así como una parodia de devoción, que parecía privar al reo del último derecho a ser hombre. Después llegó el momento brutal de la extinción y allí quedó el minúsculo colgajo de los restos como un pelele roto. Archie iba preparado para ver algo terrible, pero no esa trágica vileza. Permaneció un momento en silencio y luego gritó: «¡Este asesinato desafía la palabra de Dios y lo denuncio!». Y su padre, si hubiera rechazado el sentimiento del hijo, lo habría hecho con la misma voz estentórea con la que gritó Archie.

Frank Innes se lo llevó de allí. Los dos tenían buena presencia, habían coincidido en estudios y diversiones y sentían cierta atracción el uno por el otro, fundada sobre todo en su apariencia agradable. Nunca esa atracción había sido profunda. Por naturaleza, Frank era una criatura ligera y sarcástica que, en realidad, ni inspiraba amistad ni la sentía. Y la relación entre los dos era superficial, cosa de saberes y gustos comunes que surgían de un conocimiento mutuo. Había que sumar en el haber de Frank su horror por la explosión de cólera de Archie y que, por lo menos, se propusiera no perderle de vista y, si era posible, no dejarle solo durante todo el día. Pero Archie, que acababa de desafiar —¿a Dios o al Diablo?—, no oía las palabras de su compañero de estudios.

—No voy a ir contigo —le dijo—. No me gusta tu compañía y quiero estar solo.

—Ven aquí Weir, hombre; no seas absurdo —le dijo Innes, agarrándole de la manga—. No te dejaré marchar hasta que no sepa qué es lo que vas a hacer con tu persona. Me da igual que te pongas agresivo —porque, en aquel momento, Archie hizo un movimiento brusco, que podía ser hostil—. Ha sido una inmensa locura y tú lo sabes. Y sabes muy bien que yo ejerzo de buen samaritano. Lo único que pretendo es que no pierdas la calma.

—Si todo lo que quieres es tranquilidad —le dijo Archie—, y me prometes dejarme completamente solo, te diré en recompensa que voy a pasearme por el campo y a admirar las bellezas naturales.

—¿Palabra de honor? —inquirió Frank.

—No tengo la costumbre de mentir —le contestó Archie—. Y es un placer para mí decirte adiós.

—¿No te olvidarás del Espec? —preguntó Innes.

—¿El Espec? ¡Ah, no! No lo olvidaré.

Y un hombre joven arrastró la tortura de su espíritu por los alrededores de la ciudad todo el día, de un camino a otro, en una peregrinación de tristeza sin fin. El otro, mientras, se apresuraba a divulgar sonriente la nueva de la locura de Weir y a procurar que esa noche hubiera público en el Club Especulativo, donde podía uno encontrarse con excentricidades de mayor calibre. Dudo mucho que Innes creyera lo más mínimo en la locura de Archie. Todo provenía, tal vez, del afán de redondear la historia en lo posible y de agrandar el escándalo. Y no por mala voluntad hacia su amigo, sino por el sencillo placer de ver caras interesadas a su alrededor. Pero, fuera lo que fuera, sus palabras resultaron proféticas. Archie no se olvidó del Espec. Apareció allí puntualmente y, antes de que llegara la noche, había causado en sus compañeros una conmoción memorable[13]. Dio la casualidad de que le correspondía esa tarde ser presidente; se sentó en la misma sala donde se reúnen todavía los socios; sólo los retratos no estaban aún allí, porque los hombres que después posaron para ellos empezaban entonces sus carreras. El mismo resplandor de infinitas bujías derramó su luz sobre la reunión y quizá él ocupara el mismo estrado que hemos ocupado luego tantos de nosotros. A ratos, parecía olvidarse de los asuntos del día, pero, aun así, su apariencia denotaba gran energía y determinación. Alguna vez se entrometía sañudo en los temas y, desafiante, imponía esas multas que son la artillería preciosa y rara vez usada del presidente. Cuando lo estaba haciendo, no pensó en lo mucho que recordaba a su padre, pero lo comentaron sus amigos, riéndose entre ellos. De momento, parecía muy lejos del propósito de armar escándalo en aquel alto sitial entre sus compañeros de estudios, pero estaba resuelto y había determinado llevar su ofensa hasta el final. Hizo una señal, para que le reemplazara como presidente, a Innes (que acababa de censurar la forma en que presidía y a quien había multado), se bajó de la tarima y ocupó un sitio junto al fuego, donde el fulgor de las bujías de cera iluminaba desde lo alto su cara pálida y la incandescencia de la chimenea encendida dibujaba a su espalda su figura

esbelta. Como sustitución al tema siguiente, iba a proponer «si la pena capital se adecuaba a la política del hombre o a la voluntad de Dios».

Un soplo de azoramiento, parecido a la alarma, recorrió la sala, tan osadas les parecieron aquellas palabras en labios del hijo único de Hermiston. Pero nadie secundó la sustitución o enmienda propuesta. El asunto previsto se trató rápidamente, fue votado por unanimidad y, al escándalo momentáneo, se le echó tierra encima. Innes había triunfado en su veredicto. Él y Archie eran los héroes de la tarde, pero mientras todos rodeaban a Innes al terminar la asamblea, sólo uno de sus compañeros se acercó a hablar con Archie.

—¡Weir, hombre! Lo que has hecho es ir demasiado lejos —observó aquel socio valeroso, cogiéndole confiado del brazo cuando salían.

—No creo que sólo fuera una incursión peligrosa —contestó Archie con severidad—. Era más bien una guerra. He visto a ese pobre animal colgado esta mañana y aún siento bascas.

—¡Vamos, vamos! —exclamó el compañero y, soltándole el brazo como si se quemara, buscó la compañía de los demás, menos comprometida.

Archie se encontró solo. El último de los fíeles —o, quizá, el más atrevido de los curiosos— había huido. Vio la piña oscura de sus compañeros disgregándose calle arriba o abajo, en grupos que susurraban o iban armando escándalo. Y la soledad del momento le pesó como un siniestro presagio y como el signo de su destino en la vida. Criado en el temor constante de sí mismo, entre sirvientes temblorosos, y en una casa que se estremecía a la más mínima irritación en la voz del amo, se vio a sí mismo al borde de la zanja sangrienta de la guerra y calculó su duración y peligro con espanto. Dio un rodeo por las calles, sombrías o iluminadas con luz trémula, llegó, por fin, al callejón trasero de las cuadras y miró largo rato la luz que ardía tranquila en la habitación del juez. Cuanto más miraba esa persiana con luz, más borrosa le parecía la imagen del hombre sentado detrás de ella, el hombre que repasaba hojas de procesos interminablemente, parándose solamente a dar un sorbo en un vaso de oporto, o para levantarse con torpeza a constatar una referencia en las paredes cubiertas por estanterías de libros. No encontraba relación entre el juez brutal y el estudiante trabajador y objetivo. La conexión se le escapaba.

Predecir el comportamiento de una naturaleza como ésa, dual, era imposible, y se preguntó sí estaba en lo cierto al zambullirse en aquel asunto cuyo final no podía prever. Y luego, con pérdida agobiante de confianza, si había sido leal atacando a su padre. Porque eso era lo que había hecho: desafiarle dos veces ante un turbión de testigos, abofetearle en público ante la muchedumbre. ¿Quién le llamaba a juzgar a su padre en asuntos supremos e inciertos? Podía haber cambiado los papeles. Podía haber inducido a un extraño a que lo hiciera, pero en un hijo —era imposible no verlo así—, eso, en un hijo, era desleal. Y ahora, entre esas dos naturalezas tan opuestas, que se repelían entre sí, pendía una afrenta imperdonable y sólo la providencia de Dios podía anticipar la reacción de lord Hermiston.

Aquellas dudas le torturaron toda la noche y con él se levantaron en la mañana fría de invierno. Le persiguieron de clase en clase, le hacían encogerse, sensible, al menor cambio en el comportamiento de sus compañeros, resonaban en sus oídos en la voz conocida del profesor y volvieron con él a casa por la noche no iguales, sino aumentadas. La causa de que aumentaran sus dudas fue el encuentro casual con el afamado doctor Gregory[14]. Archie estaba distraído mirando el escaparate iluminado de una librería, procurando calmarse en previsión de lo que vendría luego. *Milord* y él se habían visto y separado por la mañana sin los saludos de rigor entre seres civilizados (como ocurría tantas veces), y era evidente que el padre no sabía nada todavía. De hecho, cuando recordaba el semblante horrible de *milord*, abrigaba, con timidez, la esperanza de que nadie se atreviera a irle con el cuento. Si fuera ése el caso —se preguntaba—, ¿haría de nuevo lo que ya había hecho? No encontraba respuesta. Y, en ese momento, una mano le agarró del brazo y una voz cercana a su oído le dijo:

—Querido Archie, sería bueno que vinieras a verme.

Se volvió sorprendido y se encontró de cara con el doctor Gregory.

—¿Y por qué tengo que verle? —preguntó con el aire de reto de los tristes.

—Porque pareces muy enfermo —dijo el médico—. Y es evidente, mi buen amigo, que necesitas cuidarte. La gente buena no abunda, ¿sabes? Y no a todo el mundo se le iba a echar de menos tanto como a ti. Hermiston

no echaría de menos a cualquiera. Y con una inclinación y una sonrisa se marchó. Poco después, Archie le seguía y, a su vez, pero con más aspereza, le agarraba del brazo.

—¿Qué me quiere decir? ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Qué le hace pensar que Hermis…, mi padre, me echaría de menos?

El médico se volvió y le miró intensamente. Un hombre menos penetrante que él habría adivinado la verdad, pero el noventa y nueve por ciento de ellos, aunque hubieran estado dispuestos también a ser amables, habrían caído en alguna forma de atenuación por simple caridad. La inspiración del médico fue mejor. Conocía bien al padre. En aquella cara blanca, inteligente y llena de dolor, adivinó algo de lo que le pasaba al hijo, y soltó la verdad a secas, sin disculpas ni adornos:

—Cuando tuviste el sarampión, Archibald, estuviste muy grave, y yo creía que te ibas de mis manos —dijo—. Bien, pues tu padre estaba angustiado. Tú me dirás ¿cómo puede saberlo? Sencillamente, porque soy un buen observador. Lo que él hizo le habría pasado desapercibido a diez mil personas y tal vez —digo *tal vez* porque él es un hombre difícil de juzgar, no lo haya vuelto a hacer nunca. ¡Es difícil saberlo! Pero fue así. Un día fui a verle: «Hermiston —le dije—, se está produciendo un cambio». Permaneció en silencio, pero sus ojos despidieron un fulgor (si me permites la comparación) como podrían despedir los de una bestia salvaje. «Hay una mejoría», le dije, y vi con claridad que se aliviaba de una gran pesadumbre.

El médico no le dio oportunidad de romper el encanto. Se levantó el sombrero de tres picos —una antigualla a la que seguía fiel—, repitió *con claridad* alzando las cejas y se separó de Archie, dejándole sin saber qué decir.

La anécdota podía tildarse de nimia y, sin embargo, su significado fue inmenso para Archie. «No sospechaba que el viejo no tuviera sangre de horchata», se dijo. Nunca habría soñado que su progenitor, ese antiguo aborigen, aquel Adán sin piedad, tuviera suficiente corazón para conmoverse por otro lo más mínimo, y ese otro, ¡era el mismo que le había insultado! Con la generosidad de los jóvenes, Archie se entregó inmediatamente a pensar lo contrario. Creó enseguida una imagen nueva de lord Hermiston: la del hombre férreo por fuera y sensible por dentro. La

mente del bufón envilecido, la lengua que perseguía a Duncan Jopp con insultos cobardes, el semblante odioso que había conocido y temido tanto tiempo, todo lo olvidó. Y se dio prisa por llegar a casa, impaciente por confesar sus faltas, por someterse a la clemencia de aquel ser imaginario.

No pasó mucho tiempo antes de que despertara bruscamente del sueño. Fue al caer de la tarde, cuando llegó a la puerta de la casa encendida y vio la figura del padre que se acercaba también por el lado opuesto. Apenas quedaba luz diurna pero, al abrirse la puerta, el fulgor amarillo intenso de la lámpara se esparció por el suelo y envolvió a Archie, mientras esperaba a que su padre pasara antes que él, en observancia de un respeto ya pasado de moda. El padre avanzó sin prisa, acompasado y firme; la barbilla en alto, la cara —al llegar a la luz— fuertemente encendida, la boca duramente apretada. No cambió de expresión lo más mínimo. Sin mirar a derecha ni a izquierda subió el peldaño, pasó junto a Archie y se adentró en la casa. Al verle venir, el muchacho había hecho un movimiento instintivo para acercarse a él e, instintivamente también, retrocedió a la baranda cuando el viejo pasó con aire indignado y brusco. No hacían falta palabras. Lo sabía todo —quizá más de la cuenta—, y la hora del juicio estaba al caer.

Es posible que después de aquel súbito renacer de la esperanza y antes de aquellos síntomas de peligro inminente, Archie pudiera haber huido. Pero ni eso le quedaba ahora. *Milord*, después de colgar la capa y el sombrero, se volvió hacia la entrada, le hizo con el pulgar una seña imperativa sin decir palabra y Archie, con el instinto extraño de la obediencia, se adentró en la casa con él.

Durante toda la cena reinó en la mesa del juez un palpable silencio y, tan pronto como dieron fin a los platos, éste se levantó.

—McKillop, lleva el vino a mi cuarto —dijo. Y a su hijo, después—: Archie, tú y yo tenemos que hablar.

En ese instante de angustia fue cuando a Archie, por primera y última vez, le falló completamente el ánimo.

—Tengo una cita —le dijo.

—Pues tendrás que faltar a ella —le contestó Hermiston, y le mostró el camino hacia el estudio.

La lámpara era de pantalla, el fuego estaba en su punto, la mesa parecía cubierta con documentos en orden, el lomo de los tratados de derecho formaban un marco por todos lados sólo interrumpido en la ventana y las puertas. Durante un rato, Hermiston se calentó las manos en el fuego, dando la espalda a Archie. Luego, de pronto, le mostró la fiereza de su cara de verdugo:

—¿Qué es eso que he oído de ti? —le preguntó. No había respuesta posible para Archie—. Tendré que decirlo yo, entonces —siguió Hermiston —. Parece que has estado gritando contra el padre que te engendró y contra uno de los jueces de Su Majestad en el país. Y en mitad de la calle y mientras se ejecutaba una orden del Tribunal. Y, por si fuera poco, parece también que has estado aireando tus opiniones en la Sociedad de Debates de la Universidad —hizo una pausa y luego, con extraordinaria amargura, añadió—: ¡Despreciable idiota!

—Mi intención era decírselo —tartamudeó Archie—. Pero veo que está bien informado.

—Te estoy muy agradecido —dijo su señoría y se sentó en su sillón—. ¿Así que tú rechazas la pena capital? —preguntó después.

—Sí, señor. Lo siento —contestó Archie.

—Yo también lo siento —dijo su señoría—. Y ahora, si no es molestia, nos ocuparemos de este asunto pormenorizando algo más. He oído que, ante el patíbulo de Duncan Jopp —¡qué buen cliente te habías echado, hombre! — mezclado con la gentuza de la ciudad, te pareció oportuno gritar: «Éste es un maldito crimen y el hombre que lo cuelga me asquea».

—No, señor. Esas no fueron mis palabras —vociferó Archie.

—¿Cuáles fueron tus palabras, entonces? —preguntó el juez.

—Creo que dije: «Denuncio este hecho como un asesinato» —contestó el hijo—. No, perdóneme: «Este asesinato desafía al Cielo». No tengo ningún deseo de ocultar la verdad —añadió. Y por un momento, miró a su padre a la cara.

—¡Dios! Sólo era preciso que añadieras eso —gritó Hermiston— ¿No hablaste entonces de vomitar o de estómagos revueltos?

—Eso ocurrió después, señor, cuando me marchaba del Club Especulativo. Dije que había visto ahorcar a esa pobre criatura y que me

daban náuseas.

—¿Eso dijiste? —preguntó Hermiston—. Supongo que tú sabías quién lo colgaba.

—Presencié el juicio. Tengo que decírselo; tengo que explicarme. Le pido perdón de antemano por cualquier expresión que le parezca indebida. La posición en que ahora me encuentro es penosa —dijo el héroe sin ventura, a punto de afrontar el asunto en el que se había metido—. He estado leyendo algunos de sus casos y presencié el juicio de Jopp. Fue algo espantoso. ¡Fue algo horrible, padre! Admito que Jopp era un malvado, pero, si lo era, ¿por qué tenía que perseguirle usted con tanta maldad como la suya? Lo hizo usted con regocijo —ésa es la palabra—; lo hizo con regocijo y yo lo estaba viendo, ¡Dios me ampare!, con horror.

—Tú eres un jovenzuelo que no acepta la pena capital —dijo Hermiston —. ¡Muy bien! Yo soy un hombre viejo que la acepta. Me alegré de llevar al patíbulo a Jopp, no voy a pretender otra cosa. Tú pareces todo honradez. Ni siquiera pudiste cerrar la boca en medio de la calle. ¿Por qué iba yo a cerrar la mía en el Tribunal, siendo el representante del Rey, usando espada, horrorizando a malhechores como he hecho desde que empecé y haré hasta que me muera? ¡Esto ya pasa de la raya! ¡Espantoso! Aunque nunca he tenido tiempo de pensar dos veces en lo que es espantoso. No necesito *fiorituras*. Soy un hombre que atiende a sus asuntos todos los días y eso me basta.

Según hablaba iba desapareciendo de su voz el tono sarcástico. Su palabra llana se investía de la dignidad del impartidor de justicia.

—Sería bueno que tú pudieras decir otro tanto —finalizó—. Pero no puedes. Dices que has leído algunos de mis casos, pero no buscabas lo legal en ellos; sólo espiabas la desnudez de tu padre, una tarea digna de un hijo. Tú no tienes control. Estás huyendo de la vida como una oveja negra salvaje. Ser abogado es imposible para ti. No estás en condiciones. Ningún descarriado lo está. Y otra cosa: hijo mío o no, has abominado en público contra un senador del Colegio de Justicia y yo me encargaré de que jamás seas admitido en él. Tenemos que observar un poco de decencia. Pero lo que importa ahora es: ¿qué voy a hacer contigo de momento? Tendrás que encontrar algún trabajo, porque no te voy a mantener sin hacer nada.

¿Puedes pensar que sirves para algo? ¿El púlpito? No, nunca van a meter teología en esa calabaza. Al que le espanta la ley del hombre no va a ocurrirle menos con la ley de Dios. ¿Qué te parecería el infierno? ¿No vomitarías pensándolo? No, no hay sitio para descarriados bajo el palio de Calvino. ¿Qué puedes hacer, entonces? Habla. ¿No se te ocurre nada?

—¡Déjeme ir a la Península[15], padre! —respondió Archie—. Es para lo único que sirvo: para luchar.

—Para lo único, ¿eh? —le preguntó el juez—. Sería el colmo que pensara yo en eso. No me fiaría de ti tan cerca de los franceses. Tú, tan afrancesado…

—En eso no me hace justicia, señor —dijo Archie—. Yo soy leal, aunque no blasone de ello, sea el que sea el interés que haya sentido alguna vez por los franceses.

—¿Has sido tan leal conmigo? —interrumpió el padre.

No hubo respuesta.

—Creo que no —siguió Hermiston—. Y no voy a mandar a servir al Rey (¡Dios le bendiga!) a un hijo tan rastrero con su propio padre. Puedes seguir echando salpicaduras por aquí, por las calles de Edimburgo. ¿A quién vas a dañar? A mí no me harás pasar por tonto. Y si hubiera veinte mil idiotas como tú compadeciendo a Duncan Jopp, no colgaría ni a un Duncan Jopp menos. Pero en campaña no hay difamación posible. Si te fueras allí, descubrirías por ti mismo si lord Wellington aprueba la pena capital o no. ¡Tú, soldado! —gritó estallando de desprecio— ¡Tú, vejestorio! ¡Los soldados se reirían a carcajadas de ti! ¡Rebuznarían como asnos!

Como si un velo se descorriera ante él, Archie fue consciente de la falta de lógica de su posición y permaneció allí confuso. Tenía la impresión, además, de lo esencialmente valioso que era el viejo que estaba frente a él, aunque resultara difícil entender cómo lo percibía.

—Bueno, ¿se te ocurre alguna otra cosa? —volvió a preguntar *milord*.

—Lo ha tomado usted con tanta calma, señor, que lo único que puedo hacer es estar aquí avergonzado… —comenzó Archie.

—Aunque estoy más cerca de vomitar de lo que tú puedes pensar —le interrumpió *milord*.

La sangre se le subió a Archie a la cabeza.

—Lo siento. Lo que yo tenía que haber dicho es que asumía usted mi afrenta. Admito que lo era. No pensaba pedir disculpas, pero ahora lo hago: le pido perdón. No volverá a ocurrir; doy mi palabra de honor. Tengo que decir también que me admira su magnanimidad con este… culpable —concluyó Archie tragando saliva.

—No tengo otro hijo, ¿comprendes? —contestó Hermiston—. ¡Y menudo hijo! Pero debo comportarme con él lo mejor que pueda, y ¿qué voy a hacer? Si hubieras sido más joven, te habría dado de azotes por esa exhibición grotesca; considerando las cosas, tengo que poner a mal tiempo buena cara. Pero esto debe de quedar bien claro, sin embargo: como padre, puedo sonreír y resignarme, pero si hubiera sido el Acusador Público en lugar del Justicia Mayor, hijo o no hijo, don Archibald Weir habría pasado la noche en la cárcel.

Archie se sentía avasallado. Lord Hermiston aparecía a sus ojos grosero y cruel y, sin embargo, el hijo era consciente en aquel hombre de una imperfecta nobleza, de una abnegación sin ornatos en el cumplimiento del deber. A cada palabra, la sensación de la grandeza de espíritu de lord Hermiston lo iba llenando todo y, con ella, la de la impotencia del hijo, que había asestado un golpe —quizás en lo más hondo— a su padre y no había conseguido ni siquiera irritarle.

—Estoy, sin la menor reserva, en sus manos —dijo.

—Esas son las primeras palabras sensatas que he oído esta noche de ti —aseveró Hermiston—. Te aseguro que así iba a acabar todo, en cualquier caso. Pero es mejor que lo hayas dicho tú por ti mismo, que lo que yo hubiera hecho para forzarte. Bien, según lo veo —y lo que yo veo es lo mejor—, sólo puedes ser una cosa con decencia: terrateniente. Por lo menos te irás a vivir donde no puedas hacerle daño a nadie. Si tienes que graznar, lo harás entre rebaños. Y lo más cerca de la pena de muerte que vas a estar es cuando veas pescar las truchas con las manos. Ahora bien, los terratenientes vagos no me convencen. Todo hombre tiene que trabajar, aunque sólo sea divulgando chismes. Trabajar, o ser azotado, o ser ahorcado. Si yo te mando a Hermiston, quiero ver trabajado aquel lugar como no lo ha estado antes. Tú tienes que entender de ovejas como un

pastor y vas a ser mi aperador allí y yo estaré al tanto de lo que gano contigo. ¿Está claro?

—Lo haré lo mejor que pueda —afirmó Archie.

—Bien, entonces le enviaré un recado a Kirstie por la mañana y tú te puedes marchar al día siguiente —dijo Hermiston—. ¡Y procura ser menos idiota! —finalizó con una sonrisa fría, y se marchó enseguida a atender los papeles en su escritorio.

Capítulo IV

Opiniones de los jueces

Más tarde, esa misma noche, después de un paseo agitado, Archie encontró refugio en el comedor de lord Glenalmond, donde éste solía sentarse con un libro en las rodillas junto al calor frugal de tres trozos de carbón. Glenalmond tenía aire fornido en el Tribunal con la toga; sin ella, era un hombre enteco como un palo, que se levantaba inseguro de la butaca para saludar al visitante. Archie había sufrido mucho los últimos días y aquella tarde también. Su cara estaba cansada y pálida, sus ojos tormentosos y oscuros. Pero lord Glenalmond lo saludó sin exteriorizar sorpresa o curiosidad.

—Pasa, pasa —le dijo—. Pasa y siéntate. Carstairs —dijo al criado—, atiza el fuego y puedes traernos luego algo de cena —y de nuevo a Archie, con aire muy trivial—: Casi te esperaba.

—Cena, no —dijo Archie—. No podría ni probarla.

—Sí podrás —dijo el viejo, poniéndole una mano en el hombro—. Y además, créeme, la necesitas.

—¿Sabe usted lo que me trae aquí? —dijo Archie cuando el criado salió de la habitación.

—Sospecho, sospecho algo —replicó Glenalmond—. Charlaremos de eso enseguida, cuando Carstairs venga y se vaya y tú hayas comido un pedazo de mi buen queso Cheddar y hayas bebido un buen trago del *bock*. Antes, no.

—Me sería imposible comer —repitió Archie.

—¡Vamos, vamos! —dijo lord Glenalmond—. Hoy no has comido nada y me atrevo a decir que ayer tampoco. No hay nada peor que eso. Quizá lo

que te pase sea desagradable, pero si caes enfermo y te mueres, lo será mucho más, y para todos aquellos a quienes nos importas.

—Parece que está al tanto de lo que ha pasado —dijo Archie—. ¿Dónde lo ha oído?

—En el mercado del escándalo, en el Parlamento —respondió Glenalmond—. La noticia se extendió como el aceite entre los abogados y el público, pero se coló también hasta nosotros, en la magistratura, e incluso se dijo que las opiniones estaban divididas.

Carstairs volvió en ese momento y, con rapidez, dispuso en la mesa una cena ligera. Lord Glenalmond, mientras tanto, esbozó temas diferentes, con vaguedad y en términos generales, de forma que parecía emitir ruidos animados más que darse a conversación humana. Archie se sentó aparte dándole vueltas a sus errores, sin prestarle atención.

Pero, al marcharse el criado, volvió al tema enseguida.

—¿Quién se lo ha dicho a mi padre? ¿Quién ha osado contárselo? ¿Pudo ser usted?

—No, no fui yo —dijo el juez—. Aunque, para serte del todo franco, después de haberte visto y haberte prevenido, podía haber sido yo. Creo que fue Glenkindie.

—¡Ese rastrero! —gritó Archie.

—Ese rastrero, como tú dices —declaró lord Glenalmond—. Aunque, en realidad, no es una expresión muy adecuada para un senador del Colegio de Abogados. Estábamos oyendo las partes, delante de los quince, en un caso largo y crucial. Creech llevaba un buen rato tratando de proponer una investidura, cuando vi a Glenkindie inclinarse hacia Hermiston y, haciendo pantalla con la mano en la boca, transmitirle un secreto. Por tu padre, nadie hubiera podido adivinar lo que le dijo, pero sí por Glenkindie, con su malicia llenándole la cara más de la cuenta. Pero tu padre, nada. Un hombre de mármol. Enseguida, tu padre atacó a Creech. «Míster Creech», le dijo, «yo le echaré un vistazo a ese acta». Y, a partir de ese instante, durante media hora —dijo Glenalmond sonriendo—, los señores Creech y Compañía se batieron en una batalla llena de obstáculos que acabó, no hace falta decirlo, con su retirada total. Se desestimó el caso. Dudo que jamás

haya visto a Hermiston con más inspiración. Estaba regocijándose, literalmente, *in apicibus juris*[16].

Archie no aguantó más. Apartó el plato e interrumpió el curso irrelevante y pausado de la charla.

—Basta —dijo—. Me he comportado como un idiota, si no como algo peor. Juzgue usted entre nosotros. Juzgue entre el padre y el hijo. Yo puedo hablar con usted. No es lo mismo que… Le contaré lo que siento y lo que intento hacer, y usted juzgará.

—Declino esa jurisdicción —dijo Glenalmond, extremadamente serio —. Pero, querido Archie, si hablar te hace bien y si, de algún modo, te interesa oír lo que se me ocurra decirte, estoy enteramente a tus órdenes. Permite a un hombre viejo que, por una vez, te diga sin necesidad de avergonzarse: te quiero como a un hijo.

La garganta de Archie emitió, de pronto, un sonido ahogado.

—¡Ay! —se lamentó—. ¡Ésa es la cosa! ¡Querer! ¡Como a un hijo! ¿Y cómo cree usted que yo quiero a mi padre?

—Tranquilo, cálmate —dijo *milord*.

—Me calmaré —respondió Archie—. Y le seré totalmente franco: yo no quiero a mi padre. A veces me pregunto si no le odio. Esa es mi vergüenza y quizá mi pecado. Por lo menos no es culpa mía y Dios es testigo. ¿Cómo le iba a querer? Nunca me ha hablado, nunca ha sonreído por algo mío; no creo que ni siquiera me haya rozado. Ya sabe usted cómo habla. Usted no habla así y, sin embargo, le oye sin alterarse; yo, no. Mi alma siente mareos cuando empieza a hablar. Podría partirle la boca. Y eso no es nada. Estuve en el juicio de ese tal Jopp. Usted no estaba ese día, pero habrá oído a mi padre con frecuencia; el hombre es célebre por eso, por ser (¡mire en qué situación me encuentro! Es mi padre y tengo que hablar así) un animal; un animal cruel y cobarde. Lord Glenalmond, le doy mi palabra: cuando salí de aquel juicio, quise morirme; la vergüenza que sentía era superior a mis fuerzas, pero yo…, yo…

Se levantó y empezó a pasearse por la habitación de un lado para otro.

—¡Bueno! ¿Quién soy yo? Un muchacho sin experiencia que no ha hecho nada, aparte de esta locura inútil, que no vale dos reales, contra mi padre. Pero le aseguro, y me conozco bien, que soy de esa clase de hombres

—o de esa clase de jóvenes, si lo prefiere—, que se dejaría torturar hasta la muerte antes de que alguien sufra como sufrió ese canalla. ¡Bueno!, pero ¿qué es lo que he hecho? Ahora lo veo claro. Me he comportado lo mismo que un idiota, como he dicho antes. Y me he echado atrás, y le he pedido perdón a mi padre y me he puesto totalmente en sus manos, y él me ha enviado a Hermiston —y, con una sonrisa amarga—, a cumplir cadena perpetua, supongo. ¿Qué puedo decir? Tengo la impresión de que he tenido suerte y de que he escapado mejor de lo que merezco.

—Querido muchacho —dijo Glenalmond—. Mi querido, pobre y, si me lo permites, imprudente muchacho. Lo único que estás descubriendo ahora es tu situación. Para una persona de tu temperamento, o del mío, es un descubrimiento muy doloroso. El mundo no ha sido hecho en exclusiva para nosotros; fue hecho para mil millones de hombres, todos diferentes de nosotros y diferentes entre sí. No hay camino llano; lo único que podemos hacer es gatear y dar tumbos. No creas que estoy dispuesto a sorprenderme en absoluto. No creas que se me va a pasar por la cabeza culparte. Al contrario, más bien te admiro. Pero puedo ofrecerte una o dos ideas que se me ocurren sobre tu caso, las cuales (si las escuchas sin apasionarte) pueden ayudarte a ver el asunto con más calma. Primero, no puedo absolverte de una gran dosis de eso que se conoce por intolerancia. Pareces darte por ofendido porque tu padre, después de cenar, suelta un poco la lengua, lo cual es, en él, perfectamente lícito, y parece ser, sin más (aunque a mí no me guste demasiado tampoco), una cuestión de gusto. Tu padre, casi me molesta recordártelo, ya que se trata de un lugar común, es mayor que tú. Por lo menos, es *major* y *sui juris*[17] y puede complacerse charlando como se le antoje. Y me pregunto si él no tendrá también sus buenas razones contra ti y contra mí. Decimos que le encontramos, a veces, *zafio*, pero sospecho que podría devolvernos la pelota diciendo que él nos encuentra siempre aburridos.

Miró a Archie sonriendo, pero no pudo hacerle sonreír.

—Y ahora —continuó el Juez—, pasemos a «Archibald y la pena de muerte». Esa opinión es ilustrada y plausible. Ni la mantengo ni puedo mantenerla, por supuesto, pero eso no quiere decir que muchas personas capaces y excelentes no hayan pensado como tú en el pasado. En otro

tiempo, *quizá*, yo habría incurrido un poco en la misma herejía. Mi tercer cliente, o quizá el cuarto, fue la causa de que mis opiniones cambiaran. Nunca he visto a un hombre en el que yo tuviera más fe; por él habría puesto la mano en el fuego, me habría dejado crucificar y, cuando llegó el juicio, fue apareciendo gradualmente ante mí, con pruebas innegables, como un villano tan grosero, de tanta sangre fría y corazón tan negro, que se me pasó por la cabeza dejar mi informe sobre la mesa y marcharme. Yo bufaba entonces contra aquel hombre acaloradamente, con mucho más calor que antes le defendía. Pero me dije: No, has aceptado su caso y, por haber cambiado de idea, no tienes derecho a abandonarle. Toda esa rica oleada de elocuencia que preparaste anoche con tanto entusiasmo, no viene ahora a cuento y, sin embargo, no debes abandonarle, tienes que hablar. Así que dije algo y le absolvieron. De esa forma creé mi reputación. Pero una experiencia así te marca para siempre. Un hombre no debe llevar sus pasiones a un tribunal de justicia.

Esa historia había reavivado ligeramente el interés de Archie.

—No podría negar nunca… —comenzó—, quiero decir, que entiendo que haya hombres que estarían mejor muertos. Pero ¿quiénes somos nosotros para entender las razones de las criaturas dejadas de la mano de Dios? ¿Quiénes somos para confiar en lo que hacemos, cuando parece que el mismo Dios lo piensa muy bien dos veces antes de pisotearlos, y encima hacerlo con gusto? Sí, con gusto. *Tigris ut aspera*[18].

—Quizá no sea un espectáculo agradable —dijo Glenalmond—. Y, sin embargo, de algún modo, ¿sabes?, me parece grandioso.

—He tenido una larga conversación con él esta tarde —afirmó Archie.

—Lo suponía —dijo Glenalmond.

—Y me impresionó. No puedo negar que me impresionó como algo muy grande —continuó el hijo—. Sí, es grande. No se refirió nunca a sí mismo; sólo habló de mí. Supongo que lo que yo sentía por él era admiración. Lo más horrible…

—¿Y si no habláramos de eso? —interrumpió Glenalmond—. Lo sabes perfectamente: que te obsesiones no puede ayudarte en ningún sentido y a veces me pregunto si tú y yo —un par de sentimentales— somos, en realidad, buenos jueces de los hombres capaces de hablar claro.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Archie.

—Quiero decir jueces justos —replicó Glenalmond—. ¿Somos justos con ellos? ¿No les pedimos demasiado? Hace un momento dijiste algo que me llamó la atención, cuando me preguntaste quiénes somos nosotros para saber los resortes que mueven a los desgraciados. Creo que sólo lo aplicaste a los casos de pena capital. Pero me pregunto si eso no puede aplicarse a todo. ¿Es más fácil juzgar a un hombre bueno, o medio bueno, que al peor criminal? Y, ¿no pueden abrigar todos ellos excusas dignas de consideración?

—¡Pero no hablamos de castigar a los buenos! —exclamó Archie.

—No, no hablamos de eso —dijo Glenalmond—. Pero sospecho que sí lo hacemos. Tu padre, por ejemplo.

—¿Cree usted que le he tratado mal? —preguntó Archie.

Lord Glenalmond bajó la cabeza.

—Me parece que sí —dijo Archie—. Y lo peor es que creo que él lo siente. ¿Cuánto…? ¿Quién puede decirlo de una persona así? Pero creo que lo siente.

—Estoy seguro de ello —afirmó Glenalmond.

—Entonces, es que ha hablado con usted…

—¡Oh, no! —replicó el juez.

—Se lo digo sinceramente —continuó Archie—. Quiero hacer las cosas como él las disponga. Ya he prometido ir a Hermiston. Eso, a él. Y ahora le prometo a usted, y pongo a Dios por testigo, que callaré la boca sobre la pena de muerte y otros temas en que pueda chocar nuestro parecer, durante… digamos, ¿cuánto tiempo? ¿Cuándo voy a tener sentido común?… Diez años… ¿Está bien?

—Sí, está bien —contestó *milord*.

—De momento —dijo Archie—, por lo que a mí respecta es bastante; me sitúo muy por debajo de mi soberbia. Pero en lo que se refiere a él, al que he insultado en público, ¿qué voy a hacer por él? ¿Cómo va a prestar atención a un ser como yo, tan insignificante?

—Sólo de un modo —replicó Glenalmond—. Sólo con obediencia; escrupulosa, puntual, rápida.

—Y yo le prometo que la tendrá —respondió Archie—. Y, en señal de que voy a cumplirlo, aquí está mi mano.

—Que yo estrecho en prueba de solemne promesa —replicó el juez—. Que Dios te bendiga y te dé fuerzas para cumplirla, que te lleve por el buen camino y aumente tus días y te conserve el corazón limpio.

En ese momento, besó al muchacho en la frente de manera grácil, distante y anticuada, y pasó enseguida a otro tema con un cambio patente en la voz.

—Y ahora vamos a proveernos de bebida y creo que si saboreas otra vez mi queso encontrarás que tu apetito aumenta. El Tribunal ha hablado y el caso está absuelto.

—No, hay algo más que tengo que decir —respondió Archie—. Tengo que decirlo para hacerle justicia. Sé —y lo sé fielmente y a ciegas después de nuestra charla—, que él nunca me pedirá nada que sea injusto. Me enorgullece sentirlo, decirlo aquí y que compartamos esa idea los dos.

El juez, con los ojos brillantes, alzó su *bock*.

—Y creo que podemos permitirnos un brindis —dijo—. Me gustaría brindar por la salud de un hombre muy diferente y superior a mí, un hombre con el que he disentido a menudo y que, con frecuencia (para decirlo vulgarmente), me ha hecho morder el polvo cuando me equivocaba, pero al que no he dejado nunca de respetar ni de tener, si es que puedo decirlo, algo de miedo. ¿Necesito nombrártelo?

—Lord Hermiston, el Justicia Mayor —dijo Archie, casi con alborozo. Y la pareja apuró su bebida de un trago.

Después de esos instantes de emoción no era tan fácil restablecer la natural soltura de la charla, pero el juez suplió la deficiencia con algo que andaba mirando con deseo y sacó su caja de rapé —que rara vez se veía—, para llenar así la pausa y, al fin, desconfiando de lograr con ella mejores resultados, estaba a punto de coger un libro y leer uno de sus pasajes favoritos, cuando se oyó en la puerta principal una llamada vehemente y Carstairs introdujo a lord Glenkindie, arrebolado por una cena tardía. No consta que Glenkindie fuera jamás apuesto, siendo, como era, bajo de estatura, de cuerpo grueso y con una expresión de sensualidad equiparable a la de un oso. En aquel momento, silbando al impulso de muchas libaciones,

con cara encendida y ojos obnubilados, su contraste con la figura regia, alta y pálida, de Glenalmond, era chocante. Una corriente de pensamientos confusos invadió a Archie; de vergüenza, porque ése era uno de los amigos íntimos de su padre; de orgullo, porque su padre, por lo menos, sabía aguantar la bebida; y, por último, de rabia, por tener ahí, ante sus ojos, al hombre que le había traicionado. Pero eso también lo olvidó enseguida; se sentó en silencio y esperó el momento oportuno.

El senador achispado comenzó al punto a dar explicaciones a Glenalmond. Había ayer una cuestión pendiente, no pudo encontrar una solución plausible y, al ver luz en la casa, había entrado para tomar un vaso con él, sólo un vaso, de cerveza negra. Y, en ese momento, se fijó en que había otra persona. Archie vio frente a él la boca de bacalao entreabierta, los labios embotados de Glenkindie y el chispazo de reconocimiento en sus ojos.

—¿Quién es éste? —dijo—. ¿Cómo? ¿Es posible que seas tú, don Quijote? ¿Qué tal? ¿Cómo está tu padre? ¿Y qué es todo eso que se cuenta de ti? Parece que eres el más extraordinario de los comuneros, según dicen. ¡Ni rey, ni Parlamento! ¡Y los maceros también te repugnan, esos hombres de pro! ¡Vaya, vaya! ¡Madre mía! ¡Y, por si aún fuera poco, eres también hijo de tu padre! ¡Es de lo más ridículo!

Archie se había levantado, un poco encendido por la resurrección del malhadado tema, pero con dominio perfecto de sí mismo.

—Señor mío, y usted, lord Glenalmond, mi querido amigo —comenzó —. Esta es una buena oportunidad para confesarme y pedir disculpas a los dos a la vez.

—¡Ah! ¡Yo de eso no sé nada…! ¿Confesión? Será jurídica, jovencito —chilló el festivo Glenkindie—. Y tengo miedo de escucharte. ¡Piensa que a lo mejor me convences!

—Si *milord* me lo permite —respondió Archie—, lo que tengo que decir es muy importante para mí. ¡Y, por favor, guárdese su humor hasta que yo me marche!

—¡Recuerda que no voy a permitirte decir ni una palabra contra los maceros! —repitió Glenkindie, incorregible.

Pero Archie continuó como si no le hubiera oído.

—Ayer y hoy, representé un papel, por el que sólo puedo ofrecer la excusa de ser joven. Fui tan imprudente que me fui a presenciar una ejecución. Parece que monté una escena ante el cadalso y, no contento con eso, hablé esa misma noche en una sociedad estudiantil contra la pena de muerte. Eso es todo lo que he hecho y, en caso de que llegue a sus oídos algún alegato más contra mí, protesto en nombre de mi inocencia. He expresado mi pesar a mi padre, y él es tan bueno que pasa por alto mi conducta, con una condición: que deje mi carrera de Derecho…

Capítulo V

Invierno en los páramos

1. En Hermiston

El camino a Hermiston sube a lo largo de un gran trecho por el valle de un riachuelo, muy frecuentado por pescadores y mosquitos, lleno de cascadillas y pozas y sombreado por sauces y bosques naturales de abedul. Aquí y allá, aunque a gran distancia, se bifurca un camino y una granja borrosa se divisa en lo alto en la ondulación de una colina. Pero, en general, el camino aparece sin tránsito y las alturas deshabitadas. La aldea de Hermiston es una de las menos pobladas de Escocia y, después de recorrer tal distancia, el viajero se sorprenderá a duras penas de la pequeñez sin par de la iglesia, un local diminuto y viejo concebido para cincuenta personas como máximo, que se alza en una pradera al borde del arroyo, entre unas cuarenta lápidas. La morada contigua del párroco, aunque no es más que una casita campestre, está rodeada del esplendor de un jardín de flores y las techumbres de paja donde laboran las abejas, y toda la colonia, iglesia y casita, jardín y cementerio, se ampara en un bosquecillo de serbales y permanece todo el año en un silencio profundo, profanado sólo por el zumbido de las abejas, el gotear del arroyo y la campana dominical. Una milla más allá de la iglesia, el camino se aparta del valle por una cuesta muy empinada y, poco después, conduce a la finca de Hermiston, donde muere en el patio de atrás, frente a las cocheras. Desde allí, no hay más que el inmenso campo de las colinas; el chorlito, el zarapito y la alondra pían a su antojo; el viento sopla como en las jarcias de un barco, fuerte, frío y

puro; las cumbres de las colinas se acurrucan una tras otra como un rebaño de ganado a la puesta del sol.

La vivienda tenía sesenta años y era fea y cómoda. Un patio y una huerta a la izquierda, con una pared de árboles frutales donde unas peras pequeñitas, duras, maduraban hacia finales de octubre.

Los jardines (más o menos un parque), eran de alguna extensión, pero muy mal empleada. El brezo y las gallinas habían rebasado la pared del cerco, extendiéndose y aposentándose dentro. Habría sido difícil para un diseñador de jardines saber dónde comenzaba lo silvestre y terminaba el cultivo. Por influencia del *sheriff* Scott[19], *milord* había emprendido un vasto proyecto de plantaciones. Como consecuencia, se habían plantado abetos en muchos acres de tierra y los pequeños brotes, como plumas, daban allí una nota falsa, prestando a los páramos una extraña apariencia de tienda de juguetes. Flotaba en el aire la profunda dulzura de la tierra húmeda y, en cualquier estación, se oía en las colinas el piar indefectiblemente melancólico de los pájaros. Por estar situada en lugar tan alto y con tan poco refugio, la casa era fría y expuesta, rociada por chaparrones, empapada siempre por la lluvia, que hacía rebosar las alcantarillas, y batida y aireada por todos los vendavales de los cielos; y, con frecuencia, la perspectiva era negra de tormentas o blanca de nieves en el invierno. Pero la casa estaba hecha a prueba de viento y agua; las chimeneas permanecían encendidas y los cuartos acogedores con fuego de turba. Y Archie podía sentarse toda una tarde y oír el turbión chapoteando en los páramos y ver las llamas subir en el combustible terroso y el humo elevándose por la chimenea y saborear a fondo el goce del refugio.

Aunque el lugar era solitario, no le faltaban vecinos. Si Archie quería, podía bajar cualquier tarde a compartir un *toddy*[20] con el párroco —un señor viejo con cerebro de liebre, alto, ligero y aún activo, aunque sus rodillas se iban entorpeciendo con la edad y su voz de tiple se quebraba de continuo puerilmente— y con su señora esposa, dama gruesa y gentil incapaz de decir otra cosa que ¡Dios mío! y ¡Buenas tardes! Los señoritos tarambanas de la vecindad le hacían el cumplido de una visita. El joven Hay de Romanes subió una vez a hacerle una visita en su *poney* de crines opulentas. El joven Pringle de Drumanno llegó montando su caballo

huesudo y canoso. Hay se quedó en aquel clima hospitalario y hubo que llevarle a dormir.

Pringle consiguió subirse a la montura hacia las tres de la mañana y, dando un tumbo (mientras Archie alumbraba con una lámpara en el escalón más alto de la entrada), murmuró una despedida incoherente y se esfumó fuera del pequeño círculo de luz como un fantasma. Uno o dos minutos después, aún se oía el desesperado galope del caballo que luego cesó en la cuesta a mitad de la colina y se reanudó un buen rato más tarde. El batir renovado de fantasmales cascos de caballo en el valle de Hermiston, a lo lejos, mostraba que, si no el jinete, el caballo, al menos, continuaba su camino a casa.

Había reunión los martes en el Club Crosskeys de Crossmichael, donde los muchachos del campo se reunían, bebían a fondo y pagaban todos por igual, de forma que salía ganando el que empinaba más el codo. A Archie no le interesaba gran cosa esa diversión, pero lo tomaba como un deber y acudía allí con suficiente regularidad, bebía lo mismo que los otros, participaba en las chanzas de la aldea y regresaba a casa todavía capaz de bajar del caballo en condiciones, ante la admiración de Kirstie y de la chica que la asistía. Comía en Driffel y cenaba en Windielaws. Era bien recibido en el baile de Año Nuevo de Huntsfield y, después de la fiesta, se iba de caza a caballo con *milord* Muirfell, ante cuyo nombre, el de un lord de derecho en el Parlamento, en un ambiente tan lleno de lores transitorios, mi pluma se para con reverencia. Sin embargo, el mismo sino le esperaba allí que en Edimburgo. El hábito de la soledad tiende a perpetuarse y una austeridad de la que no era del todo consciente, y un orgullo que parecía arrogancia y quizá era timidez más que nada, desanimaban y ofendían a sus compañeros recientes. Hay no volvió más que un par de veces; Pringle no volvió jamás, y llegó el momento en que Archie desistió incluso del club de los martes y se convirtió para todo y para todos en lo que desde el principio le habían llamado: el recluso de Hermiston. Se decía que la altiva señorita Pringle de Drumanno y la ambiciosa señorita Marshall de Mains habían diferido en su opinión sobre él el día después del baile, pero él no se había enterado, no podía pensar que se fijaran en él esas cautivadoras damiselas. En aquel baile, la hija de *milord* Muirfell, lady Flora, le habló un par de

veces, y la segunda vez con algo de interés, de forma que su color rosado se alteró y su voz tembló un poquito en su oído, como un gracioso pasaje musical. Él declinó darse por enterado con el corazón ardiendo y, distanciándose no sin gracia, se excusó a sí mismo. Poco después, la vio bailar con el joven Drumanno, el de la risa vacua, se horrorizó al verlo y se dijo que, en este mundo, Drumanno sabía complacer y él sólo permanecer aparte y envidiar. Archie parecía, por derecho propio, excluido del favor de aquella sociedad, parecía matar la alegría dondequiera que llegaba y se resentía pronto, desistía y se apartaba a su soledad. Si al menos hubiera sido consciente de su figura y de la impresión que hacía en esos ojos brillantes y esos corazones tiernos; si hubiera adivinado, al menos, que el recluso de Hermiston, joven, gracioso, bien hablado, pero siempre frío, seducía a las doncellas de los contornos con su encanto byroniano, cuando lo byroniano era novedad, podría uno preguntarse si su destino no habría podido modificarse aún. Podría preguntárselo y también ponerlo en duda. En su horóscopo estaba ser rumiador de penas, o de la ocasión de tenerlas, hasta soslayar, incluso, la oportunidad del placer; tener el sentido del deber de un romano y un gusto y unas maneras instintivamente aristocráticas; ser el hijo de Adam Weir y de Jean Rutherford.

2. Kirstie

Kirstie había rebasado ahora los cincuenta y podía posar para un escultor. De largos miembros y pies todavía ligeros, senos erguidos, caderas robustas, con el pelo de oro sin mezclar aún con la menor traza de plata, los años no habían hecho otra cosa que embellecerla y arrullarla. Por su silueta, de una maternidad rica y vigorosa, parecía destinada a ser novia de héroes y madre de sus vástagos, y, sin embargo, por la iniquidad del destino, había pasado la juventud sola y, casi en los confines de la edad, era una mujer sin hijos. Las tiernas ambiciones que habían nacido con ella, habían dado paso, con el tiempo y la desilusión, a un celo estéril por el trabajo y a intervalos de furia. Sus ardores frustrados los saciaba en la casa, fregando suelos con el corazón vacío. Si no conseguía con amor el amor de nadie, debía dominar

a todos los demás con su mal genio. Impaciente, prolija y colérica, mantenía una discrepancia inacabable con la mayoría de los vecinos y, con el resto, no mucho más que una neutralidad armada. La mujer del aperador había estado con ella desdeñosa, la hermana y ama de casa del jardinero se había mostrado con ella impertinente, y ella escribía a lord Hermiston una vez al año solicitando el despido de los ofensores, y justificando su demanda con gran abundancia de detalles. Porque no hay que suponer que la disputa era sólo con la esposa y no incluía al marido, o con la hermana del jardinero sin incluirle a él. Como resultado de aquellas discusiones nimias y de su acalorada verborrea se veía excluida prácticamente (como el farero en su faro) de las ventajas de la compañía humana, exceptuando a la sirvienta de la casa, que era una muchachilla enteramente a sus órdenes y tenía que someterse a la volubilidad del genio de su ama sin quejarse y estar dispuesta a aceptar bufidos o caricias según el humor del momento. En ese estado, y en el veranillo de San Martín de aquel corazón remiso a doblegarse a su edad, le enviaron los dioses a Kirstie el regalo ambiguo de la presencia de Archie. Le había conocido en la cuna y le había dado azotes cuando era travieso y, sin embargo, como le había visto poco desde que padeciera su última enfermedad grave cuando tenía once años, el alto, delgado, distinguido y bastante melancólico caballerete de veinte años le llegó con el sobresalto de un nuevo conocimiento. Era «el joven Hermiston», «el terrateniente mismo», tenía aire de superioridad inequívoca y, en los ojos negros, una mirada directa y fría que la embrollaba al iniciar sus rabietas y, por lo tanto, excluía toda posibilidad de disputa. Era algo nuevo y, por consiguiente, incitó enseguida su curiosidad, y la reserva de Archie la mantuvo despierta. Por último, él era moreno y ella rubia, él varón y ella hembra, la fuente siempre viva del interés.

Sus sentimientos abarcaban la lealtad de una mujer del clan, la adoración al héroe de una tía soltera y la idolatría que se debe a un dios. No importaba lo que le hubiera pedido él, cómico o trágico, porque ella se lo habría dado con alegría. Su pasión, porque no era otra cosa, la llenaba de arriba abajo. Era un hondo placer físico hacer su cama o encender su lámpara, cuando él estaba ausente, quitarle las botas mojadas o esperar para servirle la cena cuando volvía. Un muchacho con esa adoración moral y

física hacia cualquier mujer podría ser tenido por enamorado de pies a cabeza y se hubiera comportado de esa forma. Pero Kirstie —aunque le saltaba el corazón al oír sus pasos, aunque si él le ponía una mano en la espalda su cara se alegraba todo el santo día— no tenía otra idea o esperanza más allá del presente y de perpetuarlo hasta el infinito. Hasta el fin del mundo no alteraría nada; continuaría con placer sirviendo a su ídolo para ser resarcida (dos veces al mes, digamos) con una palmadita en la espalda.

He dicho que saltaba su corazón; es lo que suele decirse. Pero mejor sería decir que, cuando estaba sola en cualquier habitación de la casa y le oía pasar por el pasillo, algo en su seno se alzaba lentamente hasta que le faltaba la respiración y lentamente descendía de nuevo, con un profundo suspiro, cuando los pasos se alejaban y el afán de verle de sus ojos había sido burlado. Esta sed y hambre sempiternas de su presencia la mantenían alerta todo el día. Cuando él se marchaba por las mañanas, ella permanecía en pie y le seguía con admiración en los ojos. Cuando se hacía tarde y pasaba la hora de su vuelta, se iba a una esquina de la tapia del parque y se quedaba allí de pie, toda una hora a veces, esperando, con ojos sombríos, el placer simple y exquisito de verle aparecer a una milla de distancia sobre las montañas. Por la noche, cuando había atizado y recogido el fuego, abierto su cama y puesto en ella la ropa de dormir —cuando no había otra cosa que hacer para complacer al rey sino recordarle con fervor en sus oraciones, muy tibias de ordinario, y marcharse a la cama pensando y repensando en las perfecciones de Archie, en su carrera futura y en lo que iba a darle al día siguiente de comer—, aún le quedaba una oportunidad más: podía llevarle todavía la bandeja y darle las buenas noches. A veces Archie echaba un vistazo por encima del libro que leía con un meneo de cabeza y un saludo a la ligera, que era una despedida. A veces, cada vez con más frecuencia, dejaba el libro a un lado, la veía venir con satisfacción y se enzarzaba con ella hasta que entraba la madrugada en prolija charla de sobremesa mientras se extinguía el fuego. No era extraordinario que Archie fuera tan aficionado a buscar compañía después de sus días solitarios, y Kirstie, a su lado, ejercía todas las artes de su naturaleza vigorosa para atrapar su atención. Ella se reservaba siempre alguna noticia para soltarla

por la noche, al entrar con la bandeja de la cena, y levantar así una especie de telón al entretenimiento vesperal. Una vez que él la había oído mover la lengua, estaba segura del resultado. Saltaba de un tema a otro con transiciones insidiosas, temiendo el menor silencio, casi con miedo de que él tuviera tiempo de contestar, por sí insinuaba que le dejara solo. Era una narradora impulsiva, como tanta gente de su clase. Su sitio era la alfombra ante la chimenea y lo convertía en su *rostrum*, gesticulando mientras contaba las historias, alimentándolas con pormenores vitales, alargándolas con inacabables «él dijo» y «dijo ella», bajando la voz hasta el susurro cuando mencionaba lo sobrenatural o lo espantoso. Hasta que, de repente, con sorpresa afectada, daba un salto y, señalando el reloj, decía «¡Perdón, *mister* Archie! ¿Qué horas de la noche son éstas para contar ahora eso? ¡Que Dios me perdone, como a las mujeres tontas!» Por su buen sentido, no sólo era ella la que empezaba estas conversaciones nocturnas, sino que era siempre la primera en terminarlas y se las arreglaba así para retirarse sin que tuvieran que decírselo.

3. Una familia escocesa

Una intimidad tan desigual nunca ha sido rara en Escocia, donde el espíritu de clan sobrevive, donde la criada suele pasar la vida sirviendo al mismo amo, una ayuda al principio, más tarde una déspota y pensionista por último; donde, además, no se le priva necesariamente de su orgullo, sino que, tal vez, como Kirstie, tiene algún parentesco con el amo y, al menos, conoce la historia de su propia familia y puede estar emparentada con algún muerto ilustre. Porque es eso lo que caracteriza al escocés de cualquier clase, algo impensable para un inglés: su actitud hacia el pasado, que recuerda y aprecia la memoria de sus antecesores, malos o buenos, y arde en él, vivo, un sentido de identidad con los muertos que llega, a veces, hasta la vigésima generación. No podríamos hallar un ejemplo más característico que la familia de Kirstie Elliott. Todos, y Kirstie la primera, se mostraban dispuestos a poner por delante las particularidades de su genealogía, embellecida con cualquier detalle que viniera a la memoria o la

fantasía fabricara y, préstese atención, porque, de cada rama del árbol genealógico, colgaba un dogal. Los Elliott habían tenido una historia accidentada y, además, provenían de tres de los clanes más desdichados de la frontera con los ingleses: los Nickson, los Ellwald y los Crozer. Se podía ver a un antepasado tras otro, un instante, entre la lluvia o la niebla de las colinas, apresurándose en dirección a sus negocios furtivos, quizá camino de su casa con un botín exiguo de caballos cojos y vacas flacas, o gritando e impartiendo la muerte en alguna riña de páramo entre hurones y gatos monteses. Uno tras otro habían acabado sus aventuras sombrías al aire libre en un santiamén, colgados en la horca real o en el árbol de un barón fronterizo. Porque el trabuco oxidado de la justicia escocesa, que por lo general no dañaba a nadie sino a los mismos jueces, se convirtió en arma de precisión para los Nickson, los Ellwald y los Crozer. Sólo el efecto vigorizante de sus hazañas parecía hechizar la memoria de sus descendientes, que olvidaban las vergüenzas. Renacía en sus pechos el rescoldo del orgullo cuando declaraban su parentesco con «Andrew Ellwald de Laverockstanes, llamado Dand El Desdichado, que fue ajusticiado en Jeddart con otros siete del mismo nombre, en los días del rey Jaime VI». En todo este embrollo de crimen y desgracia, los Elliott de Cauldstaneslap se jactaban de algo legítimo: los varones eran carne de horca, infractores de la ley desde la cuna, ladronzuelos y pendencieros a muerte, *pero* según idéntica tradición, las hembras eran todas castas y fieles. El poder del linaje sobre el carácter no se reduce a la herencia de células. Si compro antepasados al peso con el permiso del jefe de la corte heráldica de Escocia, mi nieto (si es escocés), sentirá la misma emulación de sus hazañas con pasión. Entre los Elliott, los hombres que asumían y continuaban la tradición eran orgullosos, sin ley, tan violentos como si tuvieran derecho a serlo. Y las mujeres lo mismo. Y la mujer de naturaleza apasionada e inquieta que se acurrucaba en la alfombra al resplandor del fuego contando estas leyendas, había atesorado toda su vida una integridad salvaje en la virtud.

Su padre, Gilbert, había sido un fanático de la disciplina a la antigua, profundamente devoto, aunque se dedicaba con éxito al contrabando. «Recuerdo que, cuando yo era pequeña, me daba cachetes a menudo y me

iba azuzando hacia la cama como a un pollito», contaba ella. «Eso era cuando los muchachos y sus grandes barriles estaban en camino. De doce a tres de la madrugada hemos tenido en la cocina muchas veces a la gentuza de dos o tres condados. Y sus linternas colgadas en el corral; sí, una veintena de ellas a la vez. Pero en Cauldstaneslap no se permitía hablar de forma irreverente. Mi padre era un hombre razonable en su conversación y en su conducta. Si a alguien se le escapaba un juramento, le señalaba la puerta. Tenía ese fervor por Dios, Nuestro Señor; oírle rezar era maravilloso, pero la familia siempre tuvo ese don». Ese padre se casó dos veces; una, con una morena de la vieja estirpe de Ellwald, con la que tuvo a Gilbert, ahora en Cauldstaneslap; y la segunda vez con la madre de Kirstie. «Cuando se casó con ella, era ya un viejo, un viejo déspota con una voz potente; podías oírle gritar desde todo lo alto del establo», contaba ella. «Pero su mujer era una perfecta maravilla. Era de sangre noble, Archie, puesto que era de tu sangre. Todos en la comarca se volvían locos por ella y por su pelo rubio. El mío no puede compararse con el de ella, y pocas mujeres lo tienen más abundante que yo, ni de color más hermoso. Con frecuencia, le decía yo a mi querida Miss Jeannie, a tu madre —¡ay!, andaba enojada siempre con su pelo, porque era muy delicado y fino, ¿sabes?—, "¡Vamos, miss Jeannie!", le decía yo, "tire sus jabones y mejunjes franceses al fuego de la chimenea, porque ése es su sitio; váyase a un arroyo, lávese en el agua fría de las montañas, y seque su hermoso pelo al viento fresco de los brezales, como mi madre hacía con el suyo y yo he hecho siempre con el mío. Haga lo que le digo, señora, y me dará buenas nuevas de su pelo. Lo tendrá abundante y una trenza tan gruesa como mi brazo", le decía, "y el color más bonito que el de las guineas de oro limpias, ¡y los muchachos en la iglesia no le quitarán ojo!". Bueno, le duró el tiempo que vivió, ¡pobrecita! Le corté un mechón del cadáver, que estaba ahí ¡tan frío! Un día de éstos te lo enseñaré, si eres bueno. Pero, como te decía, mi madre…»

Al morir el padre, quedaron la Kirstie del cabello de oro, que entró al servicio de los Rutherford, parientes lejanos, y el Gilbert de faz oscura (moreno como su madre), veinte años mayor, que se dedicó a la agricultura en Cauldstaneslap, se casó y tuvo cuatro hijos, de 1773 a 1784, y una hija,

como una postdata, en 1797, el año de Camperdown y el Cabo de San Vicente[21]. Parece que era tradición en la familia finalizar con una hija tardía. En 1804, a los sesenta años, Gilbert tuvo un fin que podría calificarse de heroico. Solía llegar del mercado a su casa a una hora cualquiera entre las ocho de la tarde y las cinco de la mañana, y llegaba de cualquier humor, entre lo pendenciero y lo brusco, porque mantuvo hasta esos años las buenas costumbres del campesino escocés. Se sabía que, en aquella ocasión, iba a casa con bastante dinero y había corrido la voz como la pólvora. El señor había aireado sus guineas y, sí alguien hubiera estado atento, habría visto a una panda de mal jaez, vagabundos, gentuza de Edimburgo, que salía del mercado mucho tiempo antes del anochecer y cogía el camino del monte por el lado de Hermiston, en donde no era de creer que fueran a un asunto legal. A uno de la comarca llamado Dickieson, se lo llevaron de guía, ¡y lo pagó bien caro! En el vado de Broken Dykes, aquel clan de parásitos se echó de golpe sobre el señor, seis contra uno, y él tres partes dormido por exceso de alcohol. Pero tratar de atrapar a un Elliott no es de sentido común. Durante un buen rato, de noche y con el agua embarrada que le llegaba a las cinchas de la silla, luchó con el bastón como un herrero en el yunque, y el clamor de las blasfemias y los golpes infundía miedo. Así acabó la emboscada y continuó a caballo hasta su casa con una bala en el cuerpo, tres cuchilladas, una costilla rota, sin dientes, la brida en dos pedazos y el caballo moribundo. En la negrura de la noche, con las riendas rotas y la cabeza débil, clavó las espuelas en los ijares y el pobre caballo, que estaba peor que él, relinchaba dando grandes alaridos, mientras corría, como una persona, y el eco en los montes repetía su dolor y la gente de Cauldstaneslap se levantaba de la mesa y se miraba con la cara pálida de miedo. El caballo cayó muerto a la entrada del patio; el señor alcanzó la casa y se cayó en el umbral. Al hijo que le incorporó le dio la bolsa del dinero. «Toma», dijo. Todo el camino le había parecido que los bandidos le andaban pisando los talones, pero la alucinación desapareció entonces; volvió a verlos en el lugar de la emboscada y la sed de venganza se apoderó de su agonía. Se levantó y, señalando con gesto imperioso hacia el negror de la noche de donde había venido, sólo pronunció una orden, *Broken Dykes*, y cayó muerto. Nunca le habían tenido afecto, pero sí le habían

temido y honrado. Al ver aquello, y oír esas palabras, que fueron dichas con voz entrecortada y una boca sangrante y sin dientes, el viejo espíritu de los Elliott se alzó en los cuatro hijos con un grito. «Sin ponerse el sombrero», sigue mi narradora Kirstie, a quien transcribo vacilante, porque me lo contó con gran inspiración, «sin fusiles, porque no había dos briznas de pólvora en la casa; sin otra arma que el bastón en sus manos, se lanzaron al camino los cuatro». Sólo Hob, el mayor, se agachó en el umbral donde había corrido la sangre de su padre, se manchó una mano con ella y la levantó al cielo con el antiguo juramento de la región: «¡Esta noche volverá otra vez al infierno lo que es suyo!», rugió feroz y se marchó a caballo a cumplirlo. Había tres millas cuesta abajo hasta Broken Dykes y era un camino difícil. Kirstie ha visto a hombres de Edimburgo desmontar de sus cabalgaduras en pleno día para guiar los caballos. Pero los cuatro hermanos cabalgaban como si el demonio les siguiera y tuvieran el cielo delante. Llegaron al vado y allí encontraron a Dickieson. Aún no estaba muerto, según cuentan; aún respiraba, y se incorporó sobre un codo, y les llamó pidiendo auxilio, pero le pedía piedad a una cara sin la gracia de Dios. Cuando Hob le alumbró con la linterna y vio el brillo de sus ojos y la blancura de sus dientes, «¡Maldito seas!», dijo. «Aún conservas los dientes, ¿verdad?», y paseó su caballo a un lado y otro y repetidas veces sobre aquel resto humano. Más allá, Dandie tuvo que desmontar de su cabalgadura y hacer de guía con la linterna; él era el hijo menor; apenas si tenía entonces veinte años. Anduvieron toda la noche calados entre enebros y brezales, sin saber ni importarles a dónde iban, rastreando sólo las manchas de la sangre y las huellas de los que habían matado a su padre. Y toda la noche Dandie olfateó el terreno como un perro y los otros le siguieron sin decir nada, ni bueno ni malo. No se oía ningún ruido; sólo el rumor de los arroyos crecidos, y el rechinar de dientes del taciturno Hob, mientras andaba. Con la primera luz del día se vieron en la senda del ganado y allí los cuatro hicieron alto y desayunaron con un trago, porque sabían que Dandie, sin duda, les guiaba bien, y que los malhechores no podían andar muy lejos por delante de ellos, apresurándose hacia Edimburgo por los montes Pentland. A las ocho, averiguaron algo: una hora antes, un pastor había visto pasar a cuatro hombres maltrechos. «Nos toca uno por barba», dijo Clem con el garrote en

alto. «¡Eran cinco!», exclamó Hob. «¡Vive Dios! Pero padre era todo un hombre y, además, ¡borracho!» Y entonces sufrieron lo que mi narradora llamaba «una gran desilusión», porque les alcanzó un grupo de vecinos a caballo, que venían a ayudarles en la caza. Cuatro rostros hostiles miraron los refuerzos. «¡El demonio os trae!», dijo Clem y desde entonces cabalgaron a la retaguardia del grupo con la cabeza gacha. Antes de las diez habían alcanzado y atado a los criminales y, hacia las tres de la tarde, cuando iban por el Vennel con sus presos, divisaron a un concurso de gente que llevaba consigo algo que goteaba. «Porque el cadáver del sexto», continuó Kirstie, «con la cabeza hecha añicos como una avellana, había estado toda la noche a cargo de la represa de Hermiston, que lo golpeaba sobre las piedras y lo zarandeaba en las aguas poco profundas y echó patas arriba el bulto muerto por las cataratas de Spango. Y, al amanecer, el río Tweed, que iba crecido, lo agarró y se lo llevó como el viento, y corrió con él, haciéndolo girar en los remansos, y jugó mucho tiempo con la criatura en las cataratas oscuras bajo el castillo, y lo arrojó, por fin, sobre un estribo del puente de Crossmichael. Así que, al fin, todos estuvieron juntos (hacía ya tiempo que habían llevado a Dickieson en una tartana) y la gente pudo darse cuenta de la clase de hombre que había sido mi hermano, que había peleado contra seis, sin que le quitaran el dinero, y, además, ¡borracho!». De esa manera murió de sus heridas con honra y en olor de fama Gilbert Elliott de Cauldstaneslap; pero sus hijos no alcanzaron menos gloria por aquella hazaña. Su celeridad salvaje, la destreza con la que Dandie había encontrado y seguido la pista, la bestialidad con la que habían rematado a Dickieson (que era un secreto a voces en el condado), y la muerte que la gente suponía que habían tramado para los otros, impresionó y estimuló la imaginación del pueblo. El último juglar, un siglo antes, podría haber compuesto la última balada con esa lucha y persecución homéricas. Pero el espíritu había muerto, o ya se había reencarnado en el *sheriff Scott*, y los hombres decadentes de los brezales tenían bastante con contar la historia de «Los cuatro hermanos negros», al estilo de los *Doce Apóstoles o de Los tres mosqueteros*.

Esos héroes de balada, Robert, Gilbert, Clement y Andrew —Hob, Gib, Clem y Dand Elliott, en los diminutivos típicos de la región fronteriza—,

tenían mucho en común; en particular, su idea de la familia y la honra familiar, pero todos fueron por distintos caminos y prosperaron y fracasaron en negocios diversos. Según Kirstie, «todos, menos Hob, padecían de alguna obsesión». Hob, el mayorazgo, era, en esencia, un hombre decente. Consejero de la Iglesia de Escocia, nadie había oído en sus labios una blasfemia, salvo en tres ocasiones quizá, cuando limpiaba las ovejas, después de dar caza a los asesinos de su padre. La imagen que había exteriorizado de sí mismo aquella noche azarosa desapareció como por ensalmo. El que había humedecido su mano en la sangre fresca de su padre con éxtasis, el que había rematado a Dickieson con los cascos de su caballo, se volvió, a partir de entonces, un modelo estirado y sin gracia de idiosincrasia rústica. Crecían con moderación sus ganancias, debido a los altos precios que había traído la guerra, y cada año ingresaba en el banco una pequeña cantidad para salir al paso de cualquier infortunio. Señores con más tierras que él aprobaban su conducta y le consultaban, a veces, y, si conseguían que dijera algo, era de ver la serenidad y solidez con que les hablaba. El capellán, el señor Torrance, le tenía en alta estima y le consideraba modelo de padres y hombre de confianza en los asuntos de la parroquia. Pero la transformación no fue permanente. Algún Barbarroja o antiguo Adán entre nuestros antepasados duerme dentro de nosotros hasta que la ocasión le despierta y, por moderado que Hob pareciera entonces, ya había dado la medida del demonio que llevaba dentro. Estaba casado y su mujer le adoraba gracias al brío que derrochó aquella noche de leyenda. Tenía una patulea de niños fuertes, de corta edad, que andaban descalzos y recorrían en carricoche las muchas millas hasta la escuela. Las etapas del trayecto se caracterizaban por diabluras y actos de pillaje y, en toda la comarca, los consideraban «una peste». Pero en su casa, cuando «estaba padre», andaban más silenciosos que los ratones. Resumiendo, Hob vivía en paz, que es la recompensa del que mata al hombre que lleva dentro por alguna circunstancia eminente, real o figurada, en un país oscurecido y amordazado por la civilización.

Solían decir que los Elliott eran «buenos y malos, como los bocadillos», y es cierto que se daba en ellos un rasgo curioso, porque se alternaban soñadores y hombres de negocios. Gib, el segundo hermano, era tejedor de

oficio. Había volado muy joven a Edimburgo, y había regresado a casa con las alas quemadas. El ímpetu de su naturaleza le llevó a abrazar los principios de la Revolución Francesa con entusiasmo, y acabó sometido al poder de lord Hermiston durante el furioso ataque de éste contra los liberales, en el que envió a Muir y Palmer[22] al exilio y redujo al Partido a escombros. Corrió la voz de que lord Hermiston, por su gran desprecio hacia los liberales y en consideración también a la buena vecindad, le había *insinuado* algo a Gib. Se encontraron un día en Potterrow y *milord* se paró ante él y le dijo: «¿Qué pasa, Gib, idiota? ¿Qué es lo que oigo de ti? ¡Política, política y política! Política de tejedor, eso es lo que pasa, según me dicen. Si aún no te ha pasmado la idiotez, vuelve a Cauldstaneslap y pon a funcionar el telar. ¡Hazlo funcionar!», y Gib acató su orden y volvió a casa de su padre a una velocidad que podría calificarse de fuga. Lo más claro de su herencia era el don de la familia para rezar, del que presumía Kirstie, y aquel político aturdido se concentró en quehaceres religiosos o, como otros decían, heréticos y cismáticos. Todos los domingos por la mañana se iba a Crossmichael, donde había reunido, uno por uno, a una secta de unas doce personas, que se llamaban a sí mismas «El Remanente de Dios de los Fieles Auténticos» o «El Remanente de Dios», para abreviar. Los profanos les llamaban «Los demonios de Gib». Sweedie, el concejal, que era un humorista conocido por todos en el pueblo, juraba que las ceremonias se iniciaban siempre con la melodía de «El Diablo Vuela Con El Recaudador De Impuestos», y que los sacramentos se dispensaban con *whisky*; eran ataques malévolos al evangelizador que había sido sospechoso de contrabando en su juventud y a quien habían cogido de improviso (según suele decirse) un día de feria en las calles de Crossmichael. Se sabía que todos los domingos pedía la bendición para las armas de Bonaparte. Por eso, «El Remanente de Dios» fue apedreado repetidas veces por los muchachos cuando salían los fieles de la casita que utilizaban de templo y de Gib, incluso, se había mofado un escuadrón de voluntarios, en el que su propio hermano, Dand, iba de uniforme y con la espada en mano. Se creía también que «El Remanente» era, en principio, antinómico[23], y ésa podía haber sido una acusación grave, pero, para la opinión pública de aquel momento, eso estaba digerido y olvidado, debido al escándalo de lo de

Bonaparte. En cuanto al resto, Gib había montado su telar en un cobertizo de Cauldstaneslap, y en él trabajaba asiduamente seis días a la semana. Sus hermanos, espantados por sus ideas políticas, le hablaban poco para evitar las discrepancias en casa, y él a ellos todavía menos, absorto siempre en el estudio de la Biblia y en oración constante. El tejedor flaco hacía de niñero en Cauldstaneslap, y los chiquillos le querían mucho. Pocas veces se le veía sonreír, excepto cuando llevaba un niño en brazos, pero, con su familia, se sonreía poco. Cuando su cuñada bromeaba con él y le proponía que se casara y tuviera hijos, ya que los niños le gustaban tanto, le respondía: «No veo muy claro ese asunto». Si nadie le llamaba a comer, él no acudía. La mujer de Hob, dura y poco simpática, hizo una vez la prueba. Gib se pasó el día sin comer, pero al atardecer, cuando notó que veía menos, entró en la casa por su cuenta con aire perplejo. «Han llovido oraciones sin fin en mi espíritu», dijo. «Ni siquiera me acuerdo de lo que he comido». Las creencias del «Remanente de Dios» se justificaban por la vida de su fundador. «Y, sin embargo, no sé», decía Kirstie. «Quizá no fuera mejor que sus vecinos. Con sus hermanos, no le faltó valor para vengarse, según me han dicho. ¡Remanente de Dios! ¡Intrigas del demonio! A mí no me parece muy cristiana la forma en que trató Hob a Johnny Dickieson, pero ¡quién sabe! ¿Será incluso cristiano? Por lo que sé de él, podría ser mahometano, o un demonio, o adorador del fuego».

El tercer hermano vio su nombre escrito nada menos que en la placa de una puerta de Glasgow. «Clement Elliott», así, como un brazo de largo. El espíritu de innovación, que se había revelado tímidamente en Hob al introducir nuevos abonos, y se había desperdiciado en Gilbert con políticas subversivas y religiones heréticas, dio en su caso el fruto de varias mejoras mecánicas de gran ingenio. Se le había considerado de muchacho el más excéntrico de la familia por su afición a extraños aparatos de palos y cuerdas, pero eso ya se había olvidado; ahora era uno de los socios de su compañía, y creían todos que acabaría sus días de concejal. También se había casado, y estaba criando a una familia numerosa entre el humo y el hervidero de Glasgow; era rico, y decían que podría comprar seis veces el negocio de su hermano mayor. Cuando escapaba a Cauldstaneslap para pasar unos días de merecido descanso, que era siempre que podía,

deslumbraba a los vecinos con el paño negro de su abrigo, tupido y lustroso, el sombrero de castor y los pliegues amplios de su plastrón. Aunque fue un hombre siempre corpulento, al estilo de Hob, había adquirido cierta energía típica de Glasgow y un aplomo que le distinguían. Los demás Elliott eran delgados como una estaca, pero Clement iba engordando, y jadeaba sin parar al ponerse las botas. Dand dijo, riéndose: «Clem lleva consigo todo lo que se pide a un buen Ayuntamiento». «Sí, alcaldía y panza», replicó Clem, y celebraron mucho su agudeza[24].

El cuarto hermano, Dand, era pastor y las veces que conseguía concentrarse era esmerado en su oficio. Nadie entrenaba a un perro como Dandie, nadie era más valiente en los peligros de las grandes tormentas del invierno. Pero si su destreza era excelente, a su diligencia le faltaba constancia. Servía a su hermano por la cama y la comida y algo de dinero cuando se lo pedía. El dinero no le gustaba poco; sabía muy bien gastarlo y conseguía buenas gangas, cuando las buscaba. Pero prefería sentir vagamente que vivía a su aire, libre, a tener cuartos en el bolsillo; se sentía así más rico. Hob trataba de convencerle: «De esta manera, no eres más que un ganadero aficionado». Dand respondía: «Cuidaré de tus ovejas cuando tenga ganas, pero también tendré en cuenta mi libertad. Nadie tiene idea de lo que yo valgo». Clem le explicaba los resultados portentosos del interés compuesto y le recomendaba invertir. «¡Sí, hombre!», le decía Dand. «¿Tú crees que si yo cojo el dinero que tú tienes no me lo voy a gastar en beber y en zagalas? Digas lo que quieras, mi reino no es de este mundo. O soy poeta o no soy nada». Clem le reconvenía recordándole la vejez. «Yo moriré joven, como Robbie Burns[25]», decía resuelto. No cabía duda de que poseía talento de poeta menor. Su *Arroyo de Hermiston*, tenía un hermoso estribillo:

«Me enamora ir pensado por donde tú vas corriendo,
arroyo de Hermiston: en nuestro hogar».

Su «Viejos, antiguos Elliotts, Elliotts fríos de arcilla, resueltos, valientes Elliotts de antaño», y su fascinante poema «A la losa del Tejedor Orante», le ganaron fama de bardo en los alrededores, y quizá en toda Escocia y,

aunque no publicó nada, fue reconocido por otros que habían publicado y eran famosos. Walter Scott le debía a Dandie el texto del «Raid of Wearie», que incluyó en el *Minstrelsy*, y estimaba en lo que valía su talento, y le recibía en su casa con su conocida generosidad. James Hogg, llamado «El Pastor de Ettrick», era su sempiterno compinche[26]. Se reunían, bebían en exceso, se gritaban cara a cara los versos el uno al otro, y discutían y hacían las paces hasta que se iban a dormir. Y además de disfrutar de ese reconocimiento, que podría llamarse oficial, Dandie era bien acogido en las granjas de varios valles contiguos, y en ellas se exponía a no pocas tentaciones que más bien buscaba que huía. Había figurado una vez en el banquillo del arrepentimiento[27] por seguir, al pie de la letra, la tradición de su héroe y modelo, Robbie Burns. En esa ocasión, sus versos humorísticos dedicados al señor Torrance —«Conspicuo, permanezco aquí solo»—, demasiado crudos, por desgracia, para citar más, corrieron por toda la región como reguero de pólvora. Los parafraseaban, los citaban y recitaban, y se reían con ellos hasta Dumfries, en una dirección, y Dunbar en otra.

Los cuatro hermanos permanecían unidos por un estrecho vínculo: el de la admiración mutua —o veneración a la heroicidad mutua—, tan fuerte entre familias que viven aisladas con recursos económicos y poca cultura. Los más opuestos incluso, se admiraban entre sí. Hob, que tenía de poeta lo que unas tenazas, decía que encontraba placer en los versos de Dand. Clem, que no era más religioso que Claverhouse, denotaba una admiración sincera, o al menos boquiabierta, por los rezos de Gib. Y Dandie veía crecer con gusto la fortuna de Clem. La tolerancia seguía de cerca los talones a la admiración. El mayorazgo, Clem y Dand, que eran *tories* y patriotas de los más ardientes, excusaban, con alguna vergüenza en el fondo, las herejías radicales y revolucionarias de Gib. Por otra parte, el mayorazgo, Clem y Gib, que eran de gran exigencia en la virtud, se tragaban la dosis de las calaveradas de Dand, como un inconveniente propio de poetas en la misteriosa Providencia de Dios, que revelaba el genio lírico de su hermano sin lugar a dudas. Para valuar lo inocente que resultaba su admiración mutua, bastaba con oír hablar a Clem en tono de constante ironía, cuando iba a visitarles, de asuntos y personalidades de la gran ciudad de Glasgow, donde vivía y negociaba. Los variopintos personajes, pastores de la Iglesia,

empleados municipales, comerciantes de relieve de los que les hablaba en cada ocasión, eran desacreditados todos por igual y no servían más que para arrojar una luz lisonjera, de rechazo, sobre la muy ilustre casa de Cauldstaneslap. Al alcalde, al que Clem, por excepción, respetaba un poco, le comparaba con Hob. «Me recuerda a nuestro jefe», decía. «Tiene algo de la sensatez pétrea de Hob, y tuerce la boca como él cuando no está contento». Y Hob, sin querer, bajaba el labio superior y hacía más fácil la comparación, con el gesto al que Clem se refería. Del beneficiado incompetente de la iglesia de St. Enoch, decía, sin más: «Con sólo dos dedos de Gib que tuviera despertaría a los fieles». Y Gib, ¡hombre honrado!, miraba hacia abajo y sonreía para sí. Clem era un espía que habían enviado al mundo de los hombres y había vuelto con la buena nueva de que nadie se podía comparar con los Cuatro Hermanos Negros; ningún puesto había que no pudieran ellos honrar, ningún funcionario que no pudieran reemplazar con ventaja, ninguna vocación del género humano que no floreciera, seglar o espiritual, si ellos la supervisaban. La excusa para tanta estupidez se resume en dos palabras: no les separaba de la gente del campo ni el grosor de un pelo. Y da la medida de su juicio que estos simposios de vanidad rústica se quedaban enteramente en familia, como una práctica ancestral secreta. Para los demás, no alteraban la gravedad de sus caras ni exhibían la menor sonrisa ingenua de autosatisfacción Y, sin embargo, se sabía. «¡Qué orgullosos están de sí mismos!», se decía en la comarca.

Por último, en una historia de la región fronteriza, había que incluir algún añadido ilustre: Hob era el señor. «*Roy nepuis, prince ne daigne*»; él era el propietario, *ipsis-simus*[28], de Cauldstaneslap —unos cincuenta acres —. Clem era el señor Elliott, como constaba en la placa de su puerta, ya que ahora, habían descartado por fuera de lugar, el anterior calificativo de «tonto», el cual sólo era una prueba de la imbecilidad y carencia de juicio de la gente. Y al más joven, por sus correrías perpetuas, se le conocía por Dand el Lascivo.

Es de notar que no toda esta información la facilitó la tía, que había sacado demasiados defectos de la familia como para apreciarlos

enteramente en los otros. Pero, con el paso del tiempo, Archie empezó a darse cuenta de una omisión en la crónica familiar.

—¿No hay ninguna muchacha? —preguntó.

—Sí, Kirstie. Le pusieron el nombre por mí o, quizá, por mi abuela, da igual —replicó la tía, y continuó hablando de Dand, al que ella prefería en secreto por sus galanterías.

—¿Cómo es tu sobrina? —volvió a la carga Archie cuando tuvo ocasión.

—¿Ésa? ¡Es tan negra como tu sombrero! Pero supongo que no pueden decir de ella que es mal parecida. No, es algo así como un jade hermoso, una especie de gitana —dijo la tía, que tenía una balanza para los hombres y otra para las mujeres. O tal vez sería más exacto decir que tenía tres, y la tercera, y más cargada, era para las jóvenes.

—¿Cómo es que nunca la veo en la iglesia? —le preguntó Archie.

—Me parece que está en Glasgow, con Clem y su mujer. ¡Mucho va a sacar de eso! De los hombres, me callo, pero donde nacen las mujeres, allí deben quedarse. Loado sea Dios, que nunca he ido más lejos de Crossmichael.

Entre tanto, a Archie comenzó a extrañarle que, mientras ella alababa a sus parientes y se regocijaba con sus virtudes, y (bien puedo decirlo) con sus vicios, como si fueran mérito de ella, no apareciera en su charla el menor asomo de cordialidad entre la casa de Hermiston y la de Cauldstaneslap. Cuando la señora ama de llaves iba el domingo a la iglesia, con las faldas recogidas y luciendo por debajo tres volantes de sus enaguas blanquísimas y (cuando hacía buen tiempo) su mejor chal de la India, de tintes resplandecientes, sobre los hombros, adelantaba a veces a sus parientes que iban en la misma dirección andando más despacio. Ni que decir tiene que Gib estaba ausente; con la primera luz del día se iba hacia Crossmichael a estar con sus compañeros de secta. Pero, el resto de la familia, caminaba hacia la iglesia en orden. Hob y Dand, que medían casi dos metros, con el cuello rígido, la espalda recta, la cara oscura, el gesto grave y las mantas escocesas por los hombros; la patulea de niños esparcida (en estado de suprema limpieza) por el camino, y agrupada, de vez en cuando, por la llamada estridente de la madre; y la misma madre, envuelta

en un chal casi idéntico al de Kirstie, algo más llamativo y mucho más nuevo, por una coincidencia sugerente, que habría dado que pensar a un observador más avezado que Archie. Kirstie, al ver el chal, se enderezaba, afluía a las mejillas la sangre pura, de un vivo rosa delicado, y mostraba su perfil clásico, con la nariz al aire, venteadora.

—Buenos días, señora Elliott —decía, y hostilidad y gentileza se mezclaban finamente en sus tonos.

—Buenos días, señora —contestaba la mujer del señor, con una reverencia desusada, en la que desplegaba sus plumajes o, lo que es lo mismo, lucía el dibujo de su chal de la India con arte desconocido para cualquier hombre común y corriente.

Detrás de Kirstie, toda la tropa de Cauldstaneslap apretaba las filas y adoptaba ese aire indescriptible de estar en presencia del enemigo y, mientras Dandie saludaba a su tía con cierta soltura y familiaridad, Hob continuaba terriblemente inmóvil. Lo que esa actitud de la familia exteriorizaba eran las consecuencias de alguna enemistad espantosa. Quizá las dos mujeres habían sido protagonistas de la primera agarrada y es posible que forzaran al señor, a tomar partido en la pelea, demasiado tarde, y ahora él quedara excluido de la aparente reconciliación.

—Kirstie —le dijo un día Archie—. ¿Qué es lo que tienes contra tu familia?

—No me quejo de nada —contestó Kirstie ruborizándose—. No digo nada.

—Eso ya lo veo. Ni a tu sobrino das los buenos días —le dijo.

—No tengo de qué avergonzarme —contestó ella—. Puedo rezar el Padre Nuestro con la conciencia tranquila. Si Hob estuviera enfermo, o en la cárcel, o viviendo en la miseria, le atendería de buena gana, pero charlar y hacer reverencias y cumplidos, ¡eso, no!

Archie esbozó una sonrisa y se recostó en el sillón.

—Me parece que la mujer de Robert y tú sois menos amigas cuando os ponéis los chales indios —soltó de forma casual.

Ella le miró en silencio, con ojos chispeantes y una expresión indefinible, y eso fue todo lo que averiguó Archie de la batalla de los chales.

—¿Ninguno de ellos viene a verte aquí? —le preguntó.

—Archie —dijo ella—. Espero ser lo bastante respetuosa para que eso no pase. Sería muy extraño, creo, que llenara yo la casa de tu padre hasta arriba, ¡que tenga que decirlo!, de un clan de cara sucia y oscura. Ni uno solo merece que gastemos jabón en ellos, ¡sólo yo! No, todos están condenados, lo mismo que los Ellwalds, que son tan morenos como ellos. No tengo paciencia con la gente oscura. Aunque en los hombres no importa tanto —se apresuró a añadir, al darse cuenta, de pronto, de la morenez de Archie—, pero nadie puede negar que es poco femenino. El pelo largo es ornato de la mujer en cualquier caso. La prueba la tenemos en la Biblia. ¿Qué duda cabe que el Apóstol tuvo en sus pensamientos a alguna joven rubia? Apóstol y todo, ¿no fue un hombre, como tú?

Capitulo VI

Una hoja del salterio de Christina

Archie iba asiduamente a la iglesia. Domingo tras domingo, se sentaba y levantaba con el pequeño grupo de fieles, oía la voz del señor Torrance saltando de llave en llave, como un mal toque de corneta, y tenía tiempo de observar su toga apolillada y los mitones de hilo negro que juntaba para rezar y levantaba con solemnidad reverente al dar la bendición. El compartimento que pertenecía a Hermiston era un pequeño espacio cuadrado, minúsculo en comparación con la iglesia, en torno a un pupitre no mucho más grande que un escabel. Allí se sentaba Archie como un príncipe, el único señor innegable y el único gran heredero en toda la parroquia, a sus anchas en la caja familiar, ya que ningún otro banco de la iglesia tenía puertas. Desde allí dominaba a aquella feligresía compuesta de hombres sólidos, con su manta escocesa; esposas e hijas robustas, niños oprimidos y perros pastores meneando el rabo. Archie echaba en falta, curiosamente, la marca de la raza; menos los perros, con sus refinadas caras de zorro y sus colas inimitablemente enroscadas, no había nadie allí con el menor aire de elegancia. El grupo de Cauldstaneslap casi no era excepción. Quizá Dandie destacara algo por su viveza de cuerpo, cierta animación de cara y el brillo de los ojos, mientras pasaba el rato haciendo versos para aliviar la lenta ceremonia, pero, incluso Dandie, se repantigaba como un palurdo. El resto de los feligreses le oprimían, como las ovejas, con la impresión de su rutina bien establecida, día tras día de trabajo físico al aire libre, gachas de avena, galletas de harina de guisantes, modorra en la chimenea por las tardes y, por las noches, el rezongar nasal durante el sueño en una cama de cajón. Y, sin embargo, no se le ocultaba que, muchos de

ellos, eran hombres astutos y divertidos, hombres de carácter; mujeres valiosas, capaces de mover el mundo e irradiar influencia desde sus puertas bajas de dintel. Sabía también que no eran distintos de los demás hombres y que bajo la costra de la costumbre el entusiasmo se abría camino en ellos.

Les había oído vocear y divertirse ante su ponche de *whisky*, y, hasta el más cauto y severo entre ellos, y los ancianos más graves, eran capaces de jugueteos si se avistaba el amor. Hombres que se acercaban al final de la gran aventura de la vida, mozas estremecidas de miedo y curiosidad en el umbral de la puerta, mujeres que habían parido y quizá enterrado hijos, y recordaban sus manitas muertas y los pasos torpes de sus piececitos ahora inmóviles. Se maravillaba de que no hubiera expectativa en ninguna de esas caras, ninguna animada, ninguna con el ritmo y la poesía de la vida.

«Cuánto daría por ver una cara viva», pensaba. Y, a veces, le llegaba el aroma de los campos y, a veces, observaba con desesperación la galería de tipos que tenía ante él, y se veía a sí mismo desperdiciando sus días en aquel sitio gregal, sin alegría, y cómo le llegaba la muerte, y era enterrado bajo los serbales, y le recibía el Espíritu de la Tierra con la risotada de un trueno por el tremendo fiasco.

Aquel domingo, en particular, era evidente que había llegado, por fin, la primavera. Hacía calor, con un relente en el aire que volvía más deseable la tibieza del día. Las aguas del arroyo brillaban y borboteaban entre las flores silvestres. Fragancias errantes detuvieron a Archie en el camino, con momentos de embriaguez etérea. El valle gris, de sobriedad cuáquera, sólo se había despojado parcialmente de sus colores de invierno. Le maravillaba su belleza; una belleza esencial de la tierra, que no residía en particularidades y llegaba hasta él, con toda su entereza, envuelta en un aire suave. Le sorprendió un impulso repentino de escribir versos; los hacía algunas veces: romances galopantes al estilo de Scott. Y, cuando se sentó en una roca, junto a una pequeña cascada y a la sombra de un árbol que estaba ya radiante de hojas nuevas, le sorprendió mucho más no saber qué escribir. Quizá su corazón latiera al compás de algún vasto e innato ritmo del universo. Cuando llegó, por fin, a un recodo del valle y vio la iglesia, había tardado tanto en el camino que estaba acabando el primer salmo. La salmodia nasal, llena de giros y trinos y gracias insulsas, parecía la voz de

la misma iglesia, alzada en acción de gracias. «Todo está vivo», se dijo, y lo repitió de nuevo en voz alta: «Gracias a Dios, ¡todo está vivo!» Permaneció aún un rato en el cementerio de la iglesia. Vio una mata de primaveras en flor junto a un soporte de una tumba ennegrecida y vieja en forma de mesa, y se paró a contemplar aquel apólogo fortuito que formaba, en la tierra fría, un contraste mordaz. Sintió que el día, la estación y la belleza que le rodeaban no eran completos: el frío que se percibía en el calor; los gruesos terrones negros asediando a las flores que se abrían; el olor húmedo de la tierra que se mezclaba a la fragancia por todas partes. Dentro de la iglesia, la voz del viejo Torrance se alzó en éxtasis. Y Archie se preguntó si también Torrance sentiría en sus gastados huesos la influencia alegre de la mañana primaveral. Torrance, o la sombra de lo que fue una vez Torrance, que yacería pronto allí fuera, con el sol y la lluvia y todos sus reumatismos, mientras un nuevo pastor ocupaba su cuarto y tronaba desde el púlpito que le era familiar. La tristeza de pensar en esto y algo, quizá, del frío de la tumba le hizo estremecerse un instante y se apresuró a entrar.

Avanzó por la nave con respeto y ocupó su sitio con los ojos bajos, porque temía haber ofendido ya al bondadoso anciano que hablaba en el púlpito, y no quería molestarle más. No podía concentrarse en la oración ni en averiguar qué oración era. Un cielo azul, unas nubes fragantes, un tintineo de agua que caía y pájaros cantando, se alzaron en él como exhalaciones de otra memoria más profunda, aborigen, que, más que suya, pertenecía a la carne de sus huesos. Su cuerpo recordaba, y no le parecía en modo alguno grosero, sino etéreo y transitorio como una nota de música; y sentía por él una ternura exquisita, como hacia un niño, un inocente pleno de bellos instintos destinado a morir pronto. Y sintió por el viejo Torrance —el de las muchas súplicas y los pocos días— una compasión muy cercana a las lágrimas. La oración acabó. Por encima de él había, en la pared, una lápida, único adorno en la capilla rústica de piedra mal cortada, porque sólo era eso. La lápida perpetuaba, iba a decir las virtudes, pero mejor es decir la existencia de un antepasado Rutherford de Hermiston, y Archie, bajo ese trofeo de su grandeza local y larga genealogía, se recostó en el banco y miró al vacío con un asomo de sonrisa entre juguetona y triste que, curiosamente, le favorecía. La hermana de Dandie estaba sentada al lado de Clem con su

nueva y fina ropa de Glasgow y escogió ese momento para observar al joven. Le había oído entrar en la capilla, pero se había quedado con los ojos fijos y la cara graciosamente compuesta en oración. No era hipocresía, no había nadie menos hipócrita que ella, pero le habían enseñado a portarse bien: a alzar los ojos, a bajarlos, a mostrarse ajena a las circunstancias, a adoptar aire de devoción ferviente en la iglesia y a exhibirse siempre en todo su esplendor. Ese era el juego de la vida para la mujer y ella lo jugaba con sinceridad. Archie era la única persona de interés en la iglesia, un hombre desconocido con cierta fama de excéntrico, joven y propietario, al que Christina no había visto aún, y no era de extrañar que sus pensamientos volaran hacia él, mientras permanecía allí en guisa de impecable decencia. Si él miraba hacia ella, sabría que era una señorita formal que había estado en Glasgow. Parecía razonable que admirara su ropa y quizá la considerara guapa. Su corazón se alteró un poco y, para corregirse, comenzó a idear y rechazar una serie de imágenes del joven que ahora, ciertamente, debía de estar mirándola. Decidió interesarse por un muchacho corriente, un joven carente de atractivo, sonrosado, bajo, de cara redonda, ante cuya admiración podía arriesgar muy bien una sonrisa. Pero la conciencia de que la miraba el otro (que, en realidad, miraba con fijeza a Torrance y sus mitones), la tuvo en vilo hasta que sonó el amén. Su educación, aun entonces, le impidió satisfacer su curiosidad con un gesto de impaciencia, y volvió a sentarse con languidez —una actitud típica de Glasgow—; se compuso el vestido, arregló su ramillete de flores, miró primero hacia delante, luego hacia atrás en dirección opuesta a Archie y, por último, permitió que sus ojos se movieran, sin prisa, hacia el banco de Hermiston. Por un momento los dejó allí clavados. Luego, recogió su mirada de nuevo, como un pájaro doméstico que hubiera pensado huir. Las posibilidades le venían en tropel: imaginó el futuro y sintió vahídos. La imagen de aquel agraciado joven de sonrisa enigmática, delgado, moreno, le atraía y atemorizaba como un abismo. «¿Habré encontrado mi destino?», se dijo, y sintió cómo se le dilataba el corazón. Antes de que Archie dejara vagar su mirada, hacía ya rato que Torrance predicaba, intercalando, en lugares apropiados, una densa capa de textos que fundamentaban su discurso sobre algún punto interesante de la teología. Cayó primero sobre Clem, que parecía insoportablemente

próspero y concedía a Torrance el favor de su atención de pasada, como hombre acostumbrado a mejores cosas en Glasgow. Aunque nunca le había visto, Archie le identificó sin dificultad y no vaciló en calificarle de grosero; le pareció el peor de la familia. Clem se inclinaba hacia delante con pereza cuando Archie le vio por primera vez, pero pronto se echó hacia atrás y ese instrumento mortal, la muchacha, apareció de perfil. Aunque no dictara, exactamente, la moda (¿le hubiera importado a alguien?), alguna modista en Glasgow que cosía al estilo de Mantua, y su propio buen gusto, la habían ataviado primorosamente. De hecho, su indumentaria causaba resquemor, casi escándalo, en aquella congregación de iglesia tan poco numerosa. La esposa de Hob había dado su parecer en Cauldstaneslap: «¡Tonterías! ¡Una chaqueta que no se cierra! ¿Para qué sirve una chaqueta que no se abrocha si llueve? Y, ¿cómo llaman a esto? ¿*Demmy-brokens*, dices[29]?. ¿Y van a romperse de verdad o tienes tiempo de llegar a casa? ¡Bueno! Haz lo que quieras, pero es de mal gusto». Clem, cuya cartera había transformado a su hermana de esa forma, la rescató diciendo: «Tonterías, mujer. Si nunca has ido a la ciudad, ¿qué sabrás tú de buen gusto?». Y mientras ella enseñaba su traje, con timidez, en la oscuridad de la cocina, Hob había terminado la discusión, con una sonrisa complacida: «Está muy bien la moza y no parece que esté para llover. Anda, póntelo hoy, pero no te acostumbres a llevarlo». En el pecho de sus rivales, que iban a la iglesia muy conscientes de su ropa interior de hilo blanco y de sus caras espléndidas bien lavadas, el atavío de Christina había levantado una tormenta de múltiples emociones, desde la simple admiración sin envidia, expresada en un prolongado «¡Oh!», al enojo que se desataba en un altisonante «¡Descarada!». Su vestido era de muselina color crema, escotado y hasta los tobillos, para que se vieran sus *demi-broquins* color violeta, con muchas correas cruzadas sobre las medias de malla amarillas. El vestido se recogía para resaltar el contorno de los pechos y, en la cavidad intermedia, lo sujetaba un broche de topacio según la moda que usaban, a veces, nuestras abuelas y que servía de arma a nuestras tías-abuelas para la caza y captura de los tíos-abuelos.

Allí también, en una posición envidiable, temblaba el ramillete de primaveras. Llevaba sobre los hombros —o, más bien, sobre la espalda y no

en los hombros, a los que apenas rozaba—, una chaqueta francesa de seda del mismo color violeta que sus zapatos, sujeta por delante con cintas de Márgate. Enmarcaba su cara un seductor desorden de tirabuzones oscuros, y coronaba la frente una pequeña guirnalda de rosas francesas amarillas, todo rematado, graciosamente, por un sombrero de paja. Entre las caras rosadas o curtidas que la rodeaban en la iglesia, brillaba toda ella como una flor abierta: su indumentaria y ella, y el broche de topacio que recogía la luz y la devolvía con un destello ardiente, y los hilos de cobre y oro que jugaban en su pelo.

A Archie le atrajo aquel brillo como a un niño. La miró una y otra vez, y cruzaron sus miradas. Ella entreabrió los labios y dejó ver sus pequeños dientes. Vio él que la sangre joven de Christina bullía intensamente bajo la piel leonada. Sus ojos grandes de gacela alcanzaron y mantuvieron su mirada. El supuso quién era: Kirstie, la sobrina del ama, la hermana de Gib, el poeta rústico, y vio en ella la culminación de su esperanza.

Christina experimentó el choque de sus miradas cruzadas y le pareció que se elevaba, vestida de sonrisas, a una región etérea y deslumbrante. Pero el placer fue tan delicioso como breve. Apartó su mirada bruscamente y comenzó a culparse enseguida por su brusquedad. Sabía lo que debía de haber hecho, pero ya era tarde: haberse vuelto despacio con la cabeza erguida. Él, mientras, no dejó de mirarla; continuó haciéndolo sin respiro como una batería de cañones en acción, y unas veces sentía que ella estaba a solas con él y otras que podía ponerla en la picota ante los feligreses. Porque Archie continuaba absorbiéndola con los ojos como el viajero que llega a un manantial de montaña, mete la cara en el agua y bebe con una sed infinita. En la hendidura entre sus pechos breves, el ojo ardiente del topacio y las primaveras pálidas le fascinaban. Vio los pechos alzarse y las flores temblar con el movimiento y se preguntó por la causa de aquel sofoco. Christina era consciente de su mirada —la percibió, quizá, con la oreja grácil, como un juguete, que asomaba por los tirabuzones—, y era consciente de que estaba cambiando de color y de su aliento inestable. Como una criatura sitiada, perseguida, arrollada, buscó maneras de no desconcertarse. Sacó su pañuelo —era de encaje— e, inmediatamente, con pánico, lo volvió a guardar: «Él sólo pensará que tengo mucho calor».

Comenzó a leer versos en el salterio cuando el ministro estaba predicando. Por último, se metió en la boca un caramelo y se arrepintió enseguida. ¡Era tan vulgar! El señor Archie nunca chuparía en la iglesia un caramelo y, haciendo un esfuerzo evidente, se lo tragó entero y se ruborizó. Ante aquella señal de malestar, Archie se recriminó su falta de educación. ¿Qué estaba haciendo? Se había portado con malísima educación en la iglesia con la sobrina de su ama de llaves: había mirado con descaro a una joven bella y pudorosa, como si fuera un lacayo o un libertino. Era, incluso, posible que se la presentaran después en el patio de la iglesia y, entonces, ¿qué iba a pasar? No tenía excusa. Había observado la vergüenza de la muchacha, su indignación creciente y era tan tonto que no lo había entendido. Bajó la cabeza avergonzado y miró al señor Torrance con resolución. El buen ministro continuaba con su perorata justificando la fe y no podía sospechar cuál era su verdadero papel: desviar la atención de una pareja de niños en el viejo juego del amor.

Christina, al principio, sintió alivio. Le pareció que estaba otra vez vestida y repasó lo que había ocurrido. Si ella no se hubiera ruborizado, todo habría sido perfecto. ¡Qué tonta!, no tenía por qué sonrojarse, ni por tomar un caramelo. La señora McTaggart, esposa del consejero de la iglesia de St. Enoch, los tomaba con frecuencia. Y si él la había mirado, no hay nada más natural que un hombre joven mire a la muchacha mejor vestida de la iglesia. Pero, al mismo tiempo, sabía más que de sobra que no era así. Se daba cuenta de que en la mirada de él no había nada corriente ni casual, y se valoraba a sí misma recordándola como una condecoración. Bueno, ¡menos mal que había encontrado otra cosa que mirar! Y, a poco, comenzó a pensar de otra manera. Era preciso corregir lo ocurrido con una repetición del incidente, pero mejor nevado. Si el deseo era padre del pensamiento, ella no lo sabía o no lo reconocía. Era una maniobra decorosa, sencillamente; algo necesario para dulcificar el entendimiento de lo que había pasado: por segunda vez tenía que encontrar su mirada, pero sin ruborizarse ahora. Y, recordando el rubor de antes, se sonrojó de nuevo, y todo su cuerpo ardía, de la cabeza a los pies. ¿Habría hecho antes alguna chica algo tan franco y poco delicado? Y allí estaba ella, ¡poniéndose en ridículo ante todo el mundo por nada! Echó un vistazo a los que la rodeaban y, ¡lo que hay que

ver!, estaban del todo indiferentes y Clem se había dormido. Y la idea se afianzó en ella de que, aunque sólo fuera por una prudencia elemental, tenía que mirar otra vez antes de terminar el acto. Algo muy parecido pasaba por la mente de Archie, mientras se debatía con su carga de penitencia. Y así, en el revoloteo del momento, cuando se anunciaba el último salmo y Torrance leía el versículo y, en la iglesia, las hojas de los libros de salmos crujían bajo dedos expertos, dos miradas furtivas se colaron como antenas entre los bancos y entre sus ocupantes indiferentes o absortos, y se acercaron tímidamente a la línea recta entre Archie y Christina. Se encontraron, permanecieron juntas por la más mínima fracción de tiempo, y eso fue suficiente. Una carga eléctrica atravesó a Christina y, ¡qué cosas!, rasgó una hoja de su libro de salmos.

Archie se quedó fuera, junto a la puerta del cementerio, hablando con Hob y con el pastor y dando la mano a la feligresía que iba saliendo, cuando llamaron a Clem y a Christina para presentárselos. Archie, como señor, se quitó el sombrero y se inclinó hacia ella con cortesía y gracia. Christina hizo su reverencia al señor como se estilaba en Glasgow y emprendió su camino hacia Hermiston y Cauldstaneslap, con paso rápido, respirando aprisa y con sofoco, y en tal estado de ánimo que, caminando sola, se sentía feliz y le parecía una contrariedad que le hablara alguien. La acompañaron, parte del camino, algunas chicas vecinas y un joven vulgar; nunca le habían parecido tan insípidos, ni se había mostrado tan antipática. Pero todos cogieron su sendero, o quedaron rezagados y, después de rechazar bruscamente la compañía que le ofrecieron algunos de sus sobrinos, se quedó libre para subir a solas la cuesta de Hermiston, bañada en agua de rosas, embriagada en nubes de felicidad. Ya cerca de la cima oyó pasos detrás de ella, pasos de hombre, ligeros y rápidos. Los reconoció enseguida. «Si quiere alcanzarme, que corra», pensó sonriente.

Archie, la alcanzó resuelto.

—Señorita Kirstie —dijo.

—Señorita Christina, por favor, señor Weir —le cortó ella—. No aguanto que me llamen Kirstie.

—Olvida usted que Kirstie suena a amistad para mí. Su tía ha sido toda la vida buena amiga mía y espero que venga usted a vernos con frecuencia a

Hermiston.

—Mi tía y mi cuñada no se entienden bien y, aunque no tiene que ver conmigo, si visitara a mi tía mientras vivo en su casa, sería una falta de consideración.

—Lo lamento mucho —dijo Archie.

—Y yo se lo agradezco, señor Weir —respondió ella—. A mí también me parece una lástima.

—¡Ah, estoy seguro de que su voz impartirá siempre paz! —dijo él exaltado.

—No estoy tan segura de eso —rectificó ella—. Yo tengo mis días como los demás, supongo.

—En serio, entre aquellas ancianas bondadosas y grises de nuestra iglesia, usted parecía la luz del sol.

—¡Ah, pero eso es por mi ropa de Glasgow!

—No creo que influyan tanto en mí los vestidos bonitos.

Ella se sonrió y le miró de soslayo.

—¡No es usted el único! —dijo—. Pero ¿ve usted?, soy sólo la Cenicienta. Tengo que guardar todo esto en un baúl. El domingo que viene seré tan gris como las otras. Esta es ropa de Glasgow, ¿sabe?, y no conviene acostumbrarse a ella. Lo notaría todo el mundo.

En eso iban, cuando llegó cada uno a su camino. Les rodeaban los viejos páramos grises, donde pastaban algunas ovejas. A un lado veían el tropel de gente dispersa subiendo las cuestas por delante de ellos hacia Cauldstaneslap, y al otro el personal de Hermiston desviándose y comenzando a desaparecer por separado en la puerta de la finca. En esa situación, se volvieron para despedirse y, mientras se estrechaban la mano, se miraron deliberadamente. Todo lo hicieron como es debido, con suavidad y, en la mente de Christina, cuando subía la primera cuesta hacia Cauldstanoslap, un sentimiento grato de triunfo prevaleció sobre el recuerdo de las faltas y errores de menor cuantía. Se había recogido el vestido, como solía hacer en esa cuesta empinada, pero, cuando advirtió que Archie la estaba mirando, todavía parado, sus faldas volvieron a bajarse como por encanto. Esa era una loable sutileza para aquella gente de las colinas, donde las señoras mayores se recogían el abrigo cuando llovía y las

muchachas iban descalzas a la iglesia pisando el polvo del verano, y bajaban con decisión al arroyo, y allí se sentaban sobre las piedras para lavarse en público antes de entrar en ella. Lo suyo provenía, quizá, de las costumbres de Glasgow o, tal vez, marcó una etapa de ese vértigo de vanidad satisfecha, en la que el acto instintivo pasó sin ser percibido. ¡Él la estaba mirando! Descargó su pecho de un hondo suspiro que era sólo contento, y echó a correr. Cuando alcanzó a los últimos de su familia, cogió a la sobrina, a la que había rechazado un momento antes, y la besó, le dio un cachetito y la despidió otra vez, corriendo detrás de ella entre risas y exclamaciones graciosas. ¡Quizá pensara que el señor aún la estaba mirando! Pero lo que ocurrió fue que la escenita la vieron ojos menos favorables, los de la esposa de Hob, que iba acompañada de Clem y Dand.

—¡Te veo cara de muerta, niña! ¡Te encuentro rara! —le dijo Dandie.

—¡Avergonzada tenías que estar! —exclamó, estridente, la mujer de Hob—. ¿Son esas maneras de comportarse cuando se vuelve de la iglesia? Hoy, desde luego, has perdido el juicio. Y, en cualquier caso, yo cuidaría, por lo menos, la buena ropa.

—¡Bobadas! —exclamó Christina, y siguió su camino delante de ellos, con la cabeza alta y pisando el suelo escabroso como una cierva salvaje.

Se sentía enamorada de sí misma, de su destino, del aire de las montañas, de la bendición del sol y le duró el efecto de esa embriaguez purísima todo el camino hasta llegar a casa. En la mesa podía hablar libremente del joven Hermiston y opinó sobre él con aire ligero y en voz alta. Dijo que era un muchacho guapo, muy educado y sensato, pero que era una pena que pareciera algo triste. Un momento después, sólo el recuerdo de los ojos de él en la iglesia la hizo ruborizarse pero, aparte de esa contrariedad sin importancia, comió con buen apetito y les hizo reír a todos, hasta que Gib (que había regresado de su culto especial en Crossmichael antes que ellos) les echó un rapapolvo por su ligereza insensata.

Con sus pensamientos revoloteando aún, confusos y alegres, ella se levantó y, canturreando entre dientes, trepó la escalera de un pequeño desván, alumbrado por un ventanuco de cuatro hojas, donde dormía con una de sus sobrinas. La sobrina se fue tras ella, atraída por la alegría de la tía, pero ésta la despidió sin miramientos y la niña se marchó, ofendida y

llorosa, a esconder su pena en el montón de heno de la cuadra. Aún canturreando, Christina se despojó de sus galas y metió aquellos tesoros, uno por uno, en su gran baúl verde. El último de ellos fue el libro de los salmos, un ejemplar primoroso, regalo de la mujer de Clem, de letra antigua y clara, en un papel que ya había empezado a amarillear en la tienda por la falta de uso. Ella, después de servirse de él, solía envolverlo en un pañuelo todos los domingos y lo colocaba, de pie, a la cabecera del baúl. Al cogerlo, el libro se abrió por la hoja rota, y ella se quedó mirando aquella evidencia de su confusión pasada. Le volvió otra vez la escena de los ojos castaños mirándola fijamente desde el rincón oscuro de la iglesia, resueltos y vivos. La actitud y apariencia de él, su sonrisa, el gesto sinuoso del joven Hermiston, se le pusieron delante como un relámpago al ver la hoja rota. «¡Claro que estaba rara!», se dijo a sí misma, recordando las palabras de Dandie, y su alegría la abandonó con aquellas ominosas palabras. Se tumbó en la cama boca abajo y allí se quedó varias horas con el salterio en la mano, sumida casi constantemente en un mero estupor de miedo irracional y placer contenido. El miedo era superstición: recordaba una y otra vez las palabras de mal agüero de Dandie y cien historias macabras y horripilantes de la vecindad inmediata le daban la medida de su fuerza. El placer nunca se realizó. Podría decirse que todos los resquicios de su cuerpo pensaban, recordaban, se alegraban, pero su ser esencial, en el inmediato escenario de la conciencia, hablaba febrilmente de algo distinto, como una persona nerviosa que presenciara un fuego. La imagen que veía con más satisfacción era la de la señorita Christina en su papel de Hermosa Doncella de Cauldstaneslap, con su vestido color paja, el manto color violeta y las medias de malla amarillas. La imagen de Archie, cuando se presentaba, no era bien recibida —y aún menos si aparecía con ardor—, y a ratos estaba expuesta a críticas sin piedad. En los diálogos imprecisos que entrechocaban en su mente, con interlocutores imaginarios o irreales, Archie, si es que de alguna manera se referían a él, recibía un tratamiento brutal. Se le describía «mirando como un novillo», «mirando como un ternero», «con cara de fantasma». «¿Le parece eso de buena educación?», le preguntaba, o «No tardé en ponerle en su sitio», se decía. «¡Señorita Christina, por favor, señor Weir!», le solté, haciendo girar la falda

ligeramente. Hablando así, se entretuvo mucho tiempo, pero luego veía, quizá, la hoja rota del salterio, y los ojos de Archie surgían de nuevo del hueco oscuro de la pared y las palabras volubles se le iban y se quedaba aturdida e inmóvil, sin concentrarse en nada y, a veces, suspiraba profundamente en silencio. Si hubiera entrado un médico en el desván, habría diagnosticado salud, viveza eminente, buen desarrollo en una muchacha enojada tumbada boca abajo; no que acabara de contraer, o que estuviera a punto de contraer, una enfermedad mental que podría llevarla a la desesperación y la muerte. Si hubiera entrado un psicólogo, podríamos perdonarle por adivinar en ella una buena dosis de vanidad pueril, amor propio *in excelsis* y nada más. Hay que entender que he tratado de pintar un caos y expresar lo inexpresable. Cada silueta o perfil que aparece es demasiado exacto, casi todas las palabras que he usado son demasiado fuertes. Piensa en un poste indicativo en las montañas en un día trémulo de niebla; sólo he copiado los nombres que aparecen en el poste, los nombres de ciudades específicas, lejanas, famosas, ahora quizá bajo el sol. Pero Christina estuvo todo ese tiempo, por decirlo así, inmóvil al pie del poste y envuelta en oleadas de niebla inestables y densas.

El día avanzaba y los rayos del sol rozaban los campos cuando se incorporó de pronto y envolvió en el pañuelo su libro de salmos y lo metió en el baúl, ese libro que había hecho un papel tan decisivo en el primer capítulo de su historia amorosa. Dicen hoy que, a falta de hipnotizador, la cabeza de un clavo brillante, si la miramos con fijeza, puede sustituirle. Del mismo modo la hoja rota había centrado con fuerza su atención en lo que, de otra manera, habría sido poca cosa, quizá fácil de olvidar. Y las palabras siniestras de Dandie —que había oído sin darles importancia y aún recordaba—, dieron a sus pensamientos o a su estado de ánimo un aire de solemnidad, y esa sensación de Destino —un Destino pagano, que ninguna deidad cristiana puede controlar; augusto, oscuro, fuera de la ley—, que actúa sin remedio en las empresas del hombre cristiano. Así que ese fenómeno del amor a primera vista, que es tan raro y parece tan elemental y violento como un corte en la pulpa de la vida, se puede descomponer también en una serie de sucesos que han concurrido felizmente.

Se puso un vestido gris y un pañuelo rosa, se miró un instante con complacencia en el espejito cuadrado que le servía para arreglarse, bajó la escalera sin hacer ruido y atravesó la casa dormida que retumbaba con los ronquidos de la tarde. Fuera, junto a la puerta, Dandie estaba sentado con un libro en la mano, sin leer, honrando sólo la fiesta dominical con un sagrado vacío en la mente. Ella se acercó.

—Me voy al páramo, Dandie —dijo.

Había una dulzura insólita en su voz y Dandie levantó la mirada. La vio pálida, con los ojos oscuros, brillantes. No le quedaba rasgo de ligereza.

—¿Qué hay, muchacha? Me parece que tú padeces también tus altibajos, igual que yo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó ella.

—¡Por nada! Sólo pienso que te pareces más a mí que los otros. Tienes algo de temperamento poético, aunque Dios sabrá qué es eso del talento poético. Es un don desgraciado en el mejor de los casos. Y, si no, mírate bien. Durante la comida eras toda sol, flores y risas y ahora apareces como la estrella de la tarde sobre un lago.

Ella absorbió el piropo como si fuera vino, y rebrilló en sus venas.

—Pero lo que digo, Dand —y se acercó a él—, es que me voy a los páramos. Tengo que respirar aire puro. Si Clem pregunta por mí, procura tranquilizarle, ¿quieres?

—¿Cómo? —preguntó Dandie—. No sé hacerlo más que de una manera, y es mentir. Le diré que te dolía la cabeza.

—Pero no me duele —objetó ella.

—Supongo que no —contestó él—. Lo que digo es que voy a decirle que te duele y si quieres negarlo cuando vengas no importará gran cosa, porque mi reputación está ya por los suelos.

—¡Oh, Dand! ¿Tú eres mentiroso? —preguntó, demorándose.

—Eso dice la gente —replicó el poeta.

—¿Quién lo dice?

—Los que deben saberlo mejor —respondió él—. Las muchachas, por ejemplo.

—Pero nunca me mentirías a mí, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Eso te lo dejo a ti, criatura —contestó él—. Tú me vas a mentir enseguida, en cuanto tengas novio. Lo que te digo es cierto: en cuanto tengas novio, señorita Kirstie, va a ser para bien y para mal. ¡Lo sé! Yo también soy así, pero ¡a mí me tocó el demonio en suerte! Vamos, lárgate a tu páramo y déjame en paz: estoy en plena inspiración, ¡tonta latosa!

Pero ella no podía desprenderse de la compañía de su hermano, no sabía por qué.

—¿No me das un beso, Dand? —dijo—. Siempre te he querido mucho.

La besó y la observó un momento y encontró en ella algo extraño. Pero era un libertino y sentía desprecio y desconfianza hacia todas las mujeres por igual, y acostumbraba a pagar lo que lograba de ellas con piropos frívolos.

—¡Márchate! —le dijo—. Eres muy bonita. Anda, ¡conténtate con eso!

Así era Dandie: un beso y un caramelo para Jenny; la bendición y un céntimo para Jill y ¡abur a todo el clan, queridas! Cuando algo se aproximaba a lo serio, pensaba y decía que era asunto de hombres. Las mujeres, cuando no te atraían, eran sólo niñas que había que ahuyentar. No obstante, en su papel de *connaisseur*, le echó un vistazo de pasada a su hermana mientras cruzaba el prado. «¡La niña no está del todo mal!», pensó con sorpresa, porque, aunque acababa de piropearla, ni la había mirado. «¡Hombre! Pero eso, ¿qué es?» El vestido tenía las mangas y la falda cortas y veía la fortaleza y esbeltez de sus piernas con medias color de rosa, como el pañuelo que llevaba a los hombros, que relucía con sus movimientos al andar.

Así no se marchaba ella de trapillo: él sabía sus costumbres y las de todas las hembras de alrededor, nadie mejor que él. Cuando no iban descalzas, usaban medias de lana gorda, por lo general de un azul muy oscuro, o completamente negras. Y Dandie, viendo aquella delicadeza, se puso a atar cabos. Si era un pañuelo de seda, las medias serían de seda, y si hacían juego, sería todo el traje un regalo de Clem, un regalo caro, no para llevarlo entre barro y zarzas, o para ponérselo una tarde, avanzada ya, de domingo. Silbó para sí. «Mi bella muchacha, o te has vuelto loca o algo pasa», pensó, y se olvidó del tema.

Ella anduvo muy despacio al principio, y luego cada vez más rápida y derecha hacia el puerto montañoso de Cauldstaneslap, que daba nombre a la finca. El Slap se abría como una puerta entre dos colinas redondas y, entremedias, se veía el atajo a Hermiston, que bajaba enseguida, al otro lado, por el Brezal del Diablo, un cenagal que se nutría de los montes, lleno de enebros agazapados, manantiales y charcos donde dormía el agua ennegrecida por la turba. Desde allí no se veía nada. Cualquiera podía haberse quedado medio siglo sentado en la lápida del Tejedor Orante, sin ver otra cosa que a los niños de Cauldstaneslap ir y volver de la escuela dos veces en veinticuatro horas, un pastor de vez en cuando, la irrupción de un rebaño de ovejas, o pájaros de piar estridente que aleteaban bebiendo en los manantiales. Así que, pasado el Slap, Kirstie se halló en un lugar apartado. Miró atrás por última vez. No había nadie más que Dandie, que garrapateaba algo en ese momento inclinado sobre las rodillas; la hora esperada de la inspiración le había llegado por fin. Desde allí, Kirstie atravesó rápida el cenagal y llegó a un extremo, donde descargaba un arroyo lento al que, al principio, el sendero de Hermiston seguía en su trayectoria hacia el valle. Desde ese rincón se abrió ante ella una amplia vista de las laderas del lado opuesto, aún con tintes invernales amarillentos o cobrizos, con la vereda ahora marcada claramente, zigzagueando al lado del arroyo entre abedules y, a tres millas de distancia en línea recta a sus cercados y planteles, las ventanas de Hermiston, que brillaban al sol del oeste.

Allí se sentó, mirando durante mucho tiempo, a lo lejos, los vidrios relucientes. Le divertía gozar de vista tan extensa. Le divertía ver la casa de Hermiston, ver a «gente»: había una figura humana imposible de distinguir, quizá el jardinero, que iba de un lado para otro por los senderos de grava.

Cuando se puso el sol y las cuestas del este quedaron sumergidas en una sombra pálida, divisó a otra figura que se acercaba por el atajo a un paso muy desigual, casi corriendo, a veces: otras, parándose y dudando, quizá, si continuar o no. Al principio lo miró sin pensar en nada. Contuvo las ideas como el que contiene la respiración. Luego consintió en reconocerle. «No viene aquí, no puede ser, no es posible». Y empezó a crecer en ella una expectativa suave que la ahogaba. Venía, sin duda: sus vacilaciones habían

cesado; su paso era ahora decidido y rápido; era cierto. Y la pregunta no se hizo esperar: ¿Qué tenía que hacer ella? Bien podía decir que el hermano de ella también era propietario, o decir que había matrimonios de vez en cuando entre gente de distinta clase, o alegar parentesco, como la tía Kirstie, pero la diferencia de su posición social era ostensible. El decoro, la prudencia, lo que le habían enseñado, todo lo que sabía, la empujaban a huir. Pero, sin embargo, la copa llena de vida que ahora le ofrecían era en exceso tentadora. En un segundo, vio la incógnita clara y tomó una decisión. Se puso en pie y el horizonte dibujó en el espacio su silueta un instante. Enseguida, huyó temblando y se sentó en la lápida del Tejedor con la cara roja de emoción. Cerró los ojos, buscando serenidad, pidiendo por ella. Su mano temblaba en el regazo, su mente se llenaba de conclusiones incongruentes, inútiles. ¿Por qué tal sofoco? ¡Sabía muy bien cuidarse!

No había nada malo en ver al señor. Eso era lo mejor que le podía ocurrir. Ella establecería una distancia decente de una vez por todas. Y, poco a poco, la rueca de su naturaleza dejó de dar vueltas locamente, y se quedó sentada y quieta en medio del musgo gris en expectación pasiva. He dicho que no era hipócrita, pero tengo que hacer una salvedad: nunca admitió que había subido la colina en busca de Archie y, después de todo, quizá no lo supiera, como la piedra ignora que cae, porque los pasos del amor en los jóvenes, especialmente en las muchachas, son instintivos e inconscientes.

Archie se acercaba mientras con rapidez y él, al menos, buscaba su compañía de manera consciente. La tarde se le había hecho cenizas en la boca. El recuerdo de Christina le había maniatado e impedido leer y, por fin, cuando la tarde empezó a refrescar, con una exclamación entre dientes, cogió el sombrero y se puso en marcha hacia Cauldstaneslap por el camino del páramo. No esperaba encontrarla; salió al albur, sin esperar resultados y por calmar su ansiedad, y, cuál no sería su sorpresa, cuando al subir a la cima y acercarse al Brezal del Diablo, la vio allí, como una respuesta a sus deseos: en aquel paraje desolado, su figura menuda de mujer, con vestido gris y pañuelo rosa, perdida, pequeña, solitaria, sentada en la lápida del Tejedor muerto. El invierno aún la rodeaba de tonos cobrizos y la primavera ya dejaba ver brotes tiernos de vivos colores alrededor suyo. Incluso se

apreciaban cambios en la cara inmutable de la lápida: en las letras cinceladas el musgo se revestía de un verdor de joya. Ella, con una pincelada maestra, se había puesto el pañuelo a la cabeza antes de llegar él y ahora servía a su rostro de marco, favoreciendo su expresión viva y pensante. Tenía recogidas las piernas hacia un lado, por debajo de ella, y se apoyaba en un brazo desnudo, que se veía torneado y fuerte, ahusado hasta alcanzar la fina muñeca, y reluciente a la luz de la tarde, que declinaba.

El joven Hermiston sintió un escalofrío. Supo que iba a enfrentarse con algo serio, de vida y muerte. Se acercaba a una mujer hecha, dotada de potencias y atractivos misteriosos, templo y tesoro de continuidad de la raza, y él no era ni más ni menos que cualquier otro de su edad y sexo. Atesoraba ciertos miramientos que le habían preservado sin mácula hasta entonces y que (sin que se dieran cuenta ninguno de los dos) le volvía una pareja más peligrosa cuando su corazón estaba, realmente, en juego. Se le secó la garganta mientras se acercaba, pero la dulzura atractiva de la sonrisa de Kirstie medió entre ellos como un ángel de la guarda.

Porque ella, sin levantarse, se volvió hacia él y sonrió. Había en aquel saludo algo de arrogancia que no advirtieron; ni él, que lo veía, sin más, gracioso y encantador como ella misma, ni ella, que (por viva que fuera) no percibió la diferencia entre levantarse para saludar al señor de la finca o quedarse sentada para recibir al pretendiente esperado.

—¿Va usted hacia el oeste, Hermiston? —le dijo ella, llamándole por el nombre de su propiedad, según costumbre del campo.

—Iba —le contestó él, un poco ronco—, pero creo que mi paseo lo termino ahora. ¿Le ha pasado lo que a mí, Christina? Se me caía la casa encima y he venido aquí a buscar aire.

Se sentó a un extremo de la lápida y la observó esperando que hablara. Otorgaba un significado infinito a su pregunta, tanto para ella como para él.

—Sí —dijo Kirstie—. Yo tampoco soportaba el encierro. Tengo la costumbre de subir por aquí al atardecer, cuando el día es tranquilo y hace más fresco.

—También mi madre tenía esa costumbre —dijo él, serio. Y, al decirlo, le sorprendió el recuerdo ligeramente. Miró alrededor—. Apenas he estado aquí desde entonces. Esto es tranquilo —y respiró con voluptuosidad.

—No es como en Glasgow —dijo ella—. ¡Allí es fácil cansarse! ¡Qué buen día ha hecho para volver a casa! ¡Qué tarde tan hermosa!

—Ha hecho un día maravilloso —dijo Archie—. Creo que lo recordaré muchos años, hasta el día de mi muerte. En días así —no sé si lo siente usted lo mismo que yo—, parece todo tan breve, tan delicado y frágil, que me da miedo tocar la vida. ¡Estamos aquí por tan poco tiempo! ¡Y tanta gente antes que nosotros! Los Rutherfords de Hermiston, los Elliots de Cauldstaneslap, que andaban por aquí hace poco tiempo, yendo a caballo, vociferando en este rincón tranquilo, enamorándose también y casándose. ¿Dónde están ahora? Es un tópico sin vuelta de hoja pero, después de todo, las grandes verdades poéticas también son tópicos.

Casi sin darse cuenta, la sondeaba para ver si le entendía, para ver si no era más que un animal disfrazado de flor, o si tenía un alma que la mantuviera fresca y dulce. Ella, como cualquier mujer, buscaba la más mínima oportunidad de lucirse y estar al unísono de su humor, el que fuese, con perfecto dominio de sí misma. La suerte la había favorecido y el actor que medio vela o duerme en casi todos los seres humanos se había puesto en pie de un salto dentro de ella con furia divina. Le miró con suavidad de crepúsculo, de acuerdo con la hora del día y el hilo del pensamiento. La seriedad brillaba en ella como las estrellas en el poniente morado, y la gran rebelión controlada de su naturaleza pasó a su voz, y vibró un estremecimiento en sus palabras más leves.

—¿Ha oído la canción de Dand? —preguntó—. Creo que trata de decir lo que está usted pensado.

—No, nunca la he oído. Dígamela, si la sabe.

—Sin música, no vale nada —dijo Kirstie.

—Entonces, cántela —dijo él.

—¿En domingo? Eso no estaría bien, señor Weir.

—Me temo que yo no sea muy estricto en eso y no hay nadie aquí que nos oiga, aparte del pobre viejo que está debajo de esta lápida.

—No es que yo lo piense tampoco, en realidad. A mi modo de ver, la canción es tan seria como un salmo. ¿Se la canturreo, entonces?

—Por favor —dijo él y, acercándose a ella, se dispuso a escucharla.

Ella se incorporó.

—Sólo voy a tararearla —dijo—. No me gustaría dar voces en domingo. Creo que los pájaros irían a contárselo a Gilbert —y sonrió—. Trata de los Elliotts, y creo que pocas piezas habrá más bonitas en los libros de los poetas, aunque Dand no ha publicado ninguno todavía.

Y empezó en tonos bajos y claros a media voz, adelgazándola a veces hasta un susurro, subiéndola otras a su mejor nota, que Archie esperaba con doblada emoción.

Oh, bajo la lluvia cabalgaban en los días ya idos
En la lluvia y el viento y lo que el cielo echara
Gritaban en la casa, gritaban en el monte
Pero en la tumba ahora todos yacen tranquilos.
Viejos, antiguos Elliotts, Elliotts fríos de arcilla
Intrépidos, bravos Elliotts de antaño.

Mientras cantaba, miraba de frente, con las piernas extendidas, las manos en las rodillas y la cabeza erguida. Durante toda la canción su gesto era admirable, porque ¿no la había aprendido a gusto del autor y en sus propios labios? Al acabar, volvió hacia Archie la cara suavemente encendida con los ojos dulces y acuosos brillando en el crepúsculo, y el corazón de él se aproximó al de ella con una tristeza y simpatía sin límites. Había contestado su pregunta. Era un ser humano a tono con las tragedias de la vida; había en ella patetismo y música y un gran corazón.

Archie se levantó instintivamente y ella lo hizo también, porque vio que había ganado terreno, que había causado una impresión más profunda, y todavía le quedaba listeza suficiente para escapar cuando iba ganando. No les faltaba más que despedirse intercambiando las frases de rigor, pero la voz baja y emocionada en que lo hicieron perduró, sagrada, en la memoria. En la tarde gris que declinaba, miró él su figura que zigzagueaba por el cenagal, vio que se volvía por última vez y hacía una señal con la mano y desaparecía luego por el Slap, y le pareció que algo de lo más hondo de su corazón se iba con ella. Y algo también había venido y había llegado para quedarse en él. Desde niño, retenía una imagen de su madre, ahora medio borrada por el tiempo y la multitud y variedad de impresiones nuevas,

contándole con la voz trémula de emoción y, muchas veces, con lágrimas, la historia del «Tejedor Orante» en el mismo escenario de su tragedia instantánea y de su eterno descanso. Y ahora otra historia amiga surgía. Había visto a Christina, y la vería ya siempre, sentada en la misma losa, envuelta en los grises de la tarde, grácil, primorosa, cabal como una flor y cantando también de cosas antiguas, lejanas y tristes y batallas de antaño[30], de sus antepasados comunes ahora muertos, de sus guerras brutales y sus armas con ellos enterradas y de su prole, esos niños extraños, que permanecían algún tiempo en su tierra, pero se marcharían también, y quizá otros cantaran canciones sobre ellos al atardecer. Por el arte inconsciente de la ternura, las dos mujeres se santificaban juntas en su memoria. En esa hora sensible, sus ojos se inundaron de lágrimas al pensar en ellas, y la muchacha, de ser sencillamente una joven alegre y de buen talle, pasó a formar parte de lo más serio, como la vida, la muerte y su madre muerta. Por todas partes y por ambos lados, el Destino hizo su juego con habilidad en esta pareja de criaturas indefensas. Las generaciones estaban alerta y el dolor ya dispuesto antes de que se levantase el telón para el drama oscuro.

Ante los ojos de Kirstie apareció el hoyo en forma de taza de la finca cuando dejó de ver a Archie. A unos ciento cincuenta metros por debajo de ella, vio la casa alumbrada con velas, y ése era un claro aviso para darse prisa. Porque sólo se encendían el domingo por la tarde para esas oraciones familiares que daban fin al aburrimiento incomparable del día, seguidas por el alivio de la cena. Sabía que Robert tenía que estar ya en casa, a la cabecera de la mesa, «escogiendo las lecturas bíblicas». Porque no era el inspirado Gilbert, sino Robert, en su calidad de oficiante y juez de la familia, el que lo hacía. Así pues se dio prisa en la bajada y, jadeando, avistó la puerta, donde sus tres hermanos menores, al fin despiertos, estaban de pie en el fresco y la oscuridad de la tarde charlando y esperando que les llamaran con un montón de sobrinos alrededor. Se echó atrás, no quería llamar la atención con su respiración fatigosa y su retraso.

—Esta vez has llegado por los pelos, Kirstie —dijo Clem—. ¿Dónde estabas?

—Oh, sólo dando un paseo —dijo Kirstie.

Y siguieron charlando sobre la guerra americana[31], sin acordarse de la desaparecida que, a su vez, se ocultó entre las sombras del crepúsculo, alterada de felicidad y por sentirse culpable. Se oyó la llamada y los hermanos entraron uno tras otro, entre el tropel y empujones de los hijos de Hob.

Sólo Dandie esperó hasta el final y cogió a Kirstie del brazo.

—¿Desde cuándo te paseas con medias color de rosa, señorita Elliott? —le espetó al oído sigilosamente.

Ella miró hacia abajo toda ruborosa. «Habré olvidado cambiármelas», dijo, y entró a rezar las oraciones preocupada, pensando con ansiedad si Dand le habría visto las medias amarillas en la iglesia y descubriría su mentira evidente, y también con vergüenza, porque se había cumplido la profecía de su hermano. Recordó las palabras de él, lo que pasaría cuando tuviera novio y cómo todo sería para bien y para mal. «¿Tendré ya novio?», pensó con íntimo arrobamiento.

Durante el rezo, su mayor cuidado fue ocultar las medias rosa a los ojos de la indiferente señora Hob. Y durante la cena, mientras fingía estar comiendo, reservada y radiante, y cuando dejó la mesa y subió a su cuarto y se quedó a solas con su sobrina, que dormía, y se liberó, por fin, de inhibiciones sociales, las mismas palabras resonaron en ella, la misma nota honda de felicidad de un mundo totalmente renovado y distinto, de un día paradisíaco y de una noche que sería para ella cielo abierto. Toda la noche pareció deslizarse dulcemente en una secuencia ligera de sueño y despertar, entre las enramadas floridas de Beulah[32]. Toda la noche abrigó en su pecho una esperanza sublime. Y si, por la mañana, en una pérdida de conciencia más honda, desapareció un instante, fue para recuperarla otra vez, como un arco iris, al despertar.

Capítulo VII

Entra Mefistófeles

Dos días más tarde, una calesa llegó de Crossmichael y dejó a Frank limes a las puertas de Hermiston. El invierno anterior, en una fase aguda de aburrimiento, Archie le había escrito una vez una carta que contenía, de algún modo, una invitación, o una referencia a ella; lo que fuera exactamente, ninguno de los dos lo recordaba ahora. Cuando Innes la recibió, nada estaba más lejos de su mente que enterrarse con Archie en el páramo, pero ni las más agudas cabezas marcan los pasos de la vida por caminos indefectiblemente rectos. Ese don de profecía le ha sido negado al hombre. ¿Quién podía imaginar, por ejemplo, que, antes de un mes de recibir la carta, de haberse burlado de ella, de no haberla contestado y, encima, haberla perdido, empezaran a llover desgracias tristísimas en la carrera de Frank? Su caso, en breve, puede explicarse así. El padre era propietario de una pequeña finca en Morayshire y, cabeza de una familia numerosa, se volvió egoísta y dejó de pasarles dinero. Frank se había pertrechado de los primeros tomos de una biblioteca legal bastante buena que tuvo que vender antes de haber pagado, después de perder varias apuestas en las carreras del hipódromo. Su librero había oído algún rumor sobre el asunto y pidió la orden de arresto. Innes se enteró a tiempo y tomó precauciones. En la inmediata confusión del proceso, con una acusación engorrosa que se cernía sobre él, le pareció prudente marcharse enseguida. Escribió a su padre una carta apasionada en Inverauld y se metió en el coche que se dirigía a Crossmichael. ¡Cuando aprieta la tormenta cualquier puerto vale! Dejaba atrás, como un hombre, el Parlamento y su cháchara alegre, la cerveza negra y las ostras, las carreras de caballos y el boxeo y,

hasta que se pasara el turbión, se disponía, con ánimo varonil, a compartir una tumba viviente en Hermiston con Archie Weir. Para hacerle justicia, ir allí no le sorprendió menos a él que verle llegar a Archie, y exhibió su sorpresa con mayor gracia.

—¡Bueno! ¡Aquí estoy! —exclamó al bajar—. Por fin Pílades ha llegado a Oestes[33]. A propósito, ¿has recibido mi respuesta? ¿No? ¡Qué lata! Bueno, aquí me tienes para contestarte en persona, y eso es todavía mejor.

—Me alegro mucho de verte, por supuesto —dijo Archie—, y bienvenido seas, con toda sinceridad; pero me choca que hayas venido a quedarte, con los tribunales en plena temporada, ¿no es una imprudencia?

—¡Abajo los tribunales! —exclamó Frank—. ¿Qué son los tribunales si los comparas con la amistad y un poco de pesca?

Y así convinieron en que se quedara sin más límites a su estancia que los que él, en privado, se había impuesto, es decir, hasta el día en que su padre pagara la deuda y apaciguara al librero. En esas condiciones imprecisas se inició para los dos jóvenes (que ni siquiera eran amigos) una vida de gran confianza y, a medida que los días pasaban, iba disminuyendo su intimidad. Se juntaban a la hora de las comidas y por la noche, cuando tomaban su ponche de *whisky*, pero se podía advertir (si hubiera habido alguien para notarlo) que no andaban mucho tiempo juntos durante el día. Archie tenía que ocuparse de Hermiston, tenía cosas que hacer en los montes y no necesitaba, rehusaba incluso, la compañía de Frank. A veces salía por las mañanas y sólo dejaba en la mesa, junto al desayuno, una nota diciéndolo y, otras veces, sin nota alguna, no volvía a comer hasta muy pasada la hora. Innes se lamentaba de ese abandono; necesitaba de toda su paciencia para sentarse a desayunar solo y de toda su amabilidad para saludar amistosamente a Archie en las ocasiones, no muy frecuentes, en que llegaba tarde a comer.

—Me pregunto, señora Elliott, qué demonios tendrá que hacer él —le dijo al ama una mañana, al sentarse a la mesa, después de leer la nota escrita a toda prisa.

—Supongo que son negocios, señor —replicó el ama de llaves secamente, estableciendo la distancia entre los dos con la reverencia

indicada.

—¡No puedo imaginarme qué negocios! —reiteró Frank.

—Negocios suyos, supongo —contestó Kirstie con austeridad.

Frank se volvió hacia ella con la viveza alegre que cimentaba el encanto de su carácter, y se rió a carcajadas con naturalidad y fuerza.

—¡Buena contestación, señora Elliott! —exclamó, y la cara del ama se relajó bajo el ala de una sonrisa férrea.

—¡De verdad, bien dicho! —repitió—. Pero no debe tratarme así, como a un desconocido. Archie y yo fuimos al colegio juntos y hemos ido juntos a la Universidad, y nos íbamos a meter juntos en la abogacía, cuando ¡ya lo sabe usted! ¡Ay! ¡Qué lástima! Su vida estropeada, un buen muchacho enterrado aquí, en el yermo, entre palurdos, y todo ¿por qué? Una travesura, una tontería si se quiere, pero nada más. ¡Dios! ¡Qué buenos son sus bollos, señora Elliott!

—No son míos; los ha hecho la muchacha —dijo Kirstie—. Y dicho sea con todo respeto, tiene muy poco sentido nombrar a Dios por la comida que llena el estómago.

—Supongo que lleva usted razón, señora —contestó Frank, imperturbable—. Pero, como le decía, éste es un asunto lastimoso, lo del pobre Archie. Y usted y yo podríamos hacer peores cosas que pensar juntos, como personas sensatas, y solucionarlo. Permítame que le diga, señora, que Archie es, en serio, una joven promesa y, en mi opinión, triunfaría haciéndose abogado. En cuanto a su padre, no hay quien niegue su habilidad, y no creo que nadie niegue tampoco que tiene el mismo carácter del diablo…

—Discúlpeme, por favor, señor Innes; creo que la muchacha me está llamando —interrumpió Kirstie, y salió con mucho aire del cuarto.

—¡Vieja maldita! ¡Palo de escoba siniestro! —exclamó Innes.

Kirstie se había escapado mientras a la cocina y se estaba desahogando con su inferior.

—¡Oye, zorra! ¡Tú vas a atender a ese Innes de ahora en adelante! Yo no me contengo. «¡Pobre Archie!» ¡Ya le daría yo «pobre Archie» si fuera libre de hacer lo que quisiera! Y Hermiston, «¡con el mismo carácter del diablo!». Dios, ¡que se saque primero de la boca los bollos de Hermiston!

¡Un solo pelo de uno cualquiera de los Weir, tiene más valor y energía que todo su cuerpo raquítico! ¡Soltando sus insultos en mis narices! Que se vaya a la ciudad podrida donde quizá le quieran, paseándose en carruaje con pomada en el pelo, metiéndose en líos con mujerzuelas, ¡qué vergüenza!

No era posible oír sin admiración el berrinche en aumento de Kirstie, dejando manar, una tras otra, esas acusaciones, más bien sin fundamento. Luego recordó su propósito inicial y se dirigió otra vez a su oyente, que la oía fascinada.

—¿No me oyes, tonta? ¿No escuchas lo que te digo? ¿Tendré que obligarte a entrar con él? ¡Ay si me ocupo de ti, señorita!

Y la criada huyó de la cocina, que se había vuelto peligrosa, para atender a las necesidades del señor Innes en el salón.

Tantaene irae[34]. ¿Ha percibido la razón el lector? Desde la llegada de Frank, ¡ya no había horas de cháchara con la bandeja de la cena! Todos los halagos del huésped eran en vano: en su propósito de ganarse el favor de la señora Elliott había comenzado ya con desventaja.

Era raro, sin embargo, ver cómo le perseguía la desgracia en sus esfuerzos por congraciarse, y tengo que prevenir al lector para que no acepte los epítetos de Kirstie como hechos; a ella le preocupaba más su vigor que su precisión. «Raquítico», por ejemplo, no podía ser más calumnioso. Frank era la imagen del buen parecer, del buen humor y de la juventud viril. Tenía los ojos claros, brillantes y alegres, el pelo rizado, la sonrisa encantadora, los dientes blanquísimos, un porte admirable de cabeza y el aspecto de un señor acostumbrado a gustar a primera vista y a mejorar después esa impresión y, con esas cualidades, fracasó con todos en Hermiston y en los alrededores de Hermiston: con el pastor callado, con el administrador servil, con el mozo de cuadras, que era también gañán, con el jardinero y su hermana —una mujer deprimida y devota con un chal siempre a la cabeza—, con todos ellos fracasó por completo. No le querían y se lo hacían ver. La muchachuela que servía de criada era la excepción. Ella le admiraba con fervor, y quizá soñara con él en sus ratos libres, pero se había acostumbrado a oír en silencio las diatribas de Kirstie y a recibir, en silencio también, sus golpes, y había llegado a ser no sólo una muchacha muy capaz para sus pocos años, sino también prudente y reservada. Así que

Frank era consciente de su simpatizante y socia en medio del general rechazo que le rodeaba, y le observaba y atendía en la casa de Hermiston, pero encontró poco consuelo y compañía en esa alianza, ya que la pequeña sirvienta (tenía doce años) permanecía en silencio, velaba por sus necesidades con energía y vigor y con interés mudo, pero sin charlar jamás. Los otros eran intolerantes y no tenían remedio. Jamás había caído un joven Apolo como él entre palurdos tan bárbaros. Pero quizá la causa de su impopularidad fuera una característica suya que era, en él, habitual e inconsciente y, sin embargo, le marcaba a los ojos de los demás: su práctica de establecer contacto con una persona a costa de otra. Cuando hablaba con alguien, le ofrecía una alianza contra otra persona; la lisonjeaba para hablar mal de otro; la enredaba, hábilmente, en una pequeña intriga contra otro. Las virtudes desplegadas en ese proceso son, por lo general, maravillosas, pero el error de Frank consistía en elegir mal a la otra persona. En eso no era político, porque le movía su propia irritación. Archie le había ofendido al llegar por lo que él consideraba un recibimiento frío y le continuaba ofendiendo con sus ausencias frecuentes. Archie era, además, el único personaje presente delante de Frank, y sólo con sus sirvientes podía desahogar la trampa de su presunta simpatía. Pero la verdad es que los Weir, padre e hijo, se rodeaban de un grupo de leales tozudos altamente orgullosos de sus amos y era un honor para ellos estar entre los sirvientes del «juez que ahorcaba», y la jovialidad grosera y formidable de éste era bien recibida en su hogar y en los alrededores. A Archie le tenían todos un afecto y respeto tan delicados que se encogían ante una palabra de desdén.

Frank no era mejor acogido cuando lo intentaba más lejos. A los Cuatro Hermanos Negros, por ejemplo, les parecía antipático en grado sumo. Hob le consideraba superficial en exceso. Gib, demasiado pagano. Clem, le vio un día o dos antes de marcharse a Glasgow y quiso saber cuál era la especialidad de ese tonto, y si pensaba quedarse allí mientras los demás trabajaban en los tribunales. «¡Ése es un zángano!», exclamó. En cuanto a Dand, será bastante con describir su primer encuentro, cuando Frank pescaba a la orilla de un río y la celebridad rústica pasó por el sendero por casualidad.

—Me dicen que es usted todo un poeta —le dijo Frank.

—¡Hombre! ¿Y quién le ha dicho eso? —le preguntó Dand, casi hostil.

—Oh, pues todo el mundo lo dice —respondió Frank.

—¡Dios! ¡Soy famoso por fin! —exclamó, sarcástico, el poeta y siguió su camino.

Los fracasos de Frank, si lo pensamos bien, son más explicables en este caso. Si se hubiera topado con el *sheriff* Scott, le habría cumplimentado más hábilmente, porque valía la pena ser amigo suyo. Pero estimaba que Dand no valía dos reales y lo dejó notar cuando trataba incluso de complacerle. Creerse superior es magnífico pero, por extraño que parezca, sólo da placer a una de las partes. El que va a pescar entre campesinos escoceses con aire de condescendencia, por la tarde se tragará el anzuelo de una cesta sin peces.

Para avalar esta teoría, Frank tuvo éxito en el Club de Crossmichael, al que Archie le llevó al poco de su llegada, pero, pese a lo bien que lo pasaron, Archie no repitió la visita. A Frank le acogieron bien en el acto, continuó yendo allí con regularidad y asistió a una reunión (como los socios no se cansaban nunca de pregonar) la tarde antes de su muerte. Los jóvenes Hay y Pringle aparecieron de nuevo. Hubo una cena más en Windielaws, una comida más en Driffel, y el resultado fue que la flor y nata del Club le acogió tan sin reservas como los campesinos le habían rechazado. Ocupó Hermiston como un invasor se apodera de una ciudad. Siempre salía de allí, como de una base, hacia excursiones de pesca, reuniones con *whisky* o comilonas, a las que no invitaba a Archie, o Archie no quería ir. Por entonces, comenzaron a llamarle a éste *El Recluso* y hay quien dice que Innes inventó el alias o, en el mejor de los casos, lo difundió.

—¿Qué tal está hoy el Recluso? —preguntaba la gente.

—¡Oh! ¡En reclusión perpetua! —soltaba Innes con el aire alegre de su ingenio. Pero, inmediatamente, acallaba las risas que había provocado más con su desenfado que con sus palabras.

—Sí; reírse está muy bien, pero no estoy contento. El pobre Archie es bueno; un hombre excelente, un hombre que me ha gustado siempre, y me parece mezquino, por su parte, tomar esa pequeña vergüenza suya tan a pecho y encerrarse en casa. Teniendo en cuenta que es una historia ridícula, por dolorosa que sea, yo no paro de decirle «¡Pórtate como un hombre!

¡Supéralo!». Pero él, como si nada. Por supuesto, lo único que le pasa es que se siente solo y avergonzado y todo eso. Pero confieso que me temo ya lo que va a ocurrir. Sería una gran pena que un hombre tan prometedor como Weir, acabase mal. De veras, estoy por escribir a lord Hermiston y contarle lo que pasa.

—Si yo fuera usted, lo haría —decían algunos moviendo la cabeza, desconcertados, confusos, al entrever esa visión nueva del caso, indicada tan hábilmente con unas pocas palabras. «¡Una gran idea!», añadían, y se hacían lenguas de la posición y el aplomo de ese joven, al que le parecía lo más natural escribirle a Hermiston y enmendarle la plana en asuntos personales.

Y Frank continuaba en tono dulce y confidencial:

—Ahora pueden hacerse cargo de la situación. En realidad le irrita la forma en que la gente del condado me recibe, dejándole a él aparte; le duele y siente envidia. He tratado de hacerle entrar en razón y de animarle. Le he dicho que todo el mundo siente por él simpatía y que, si me reciben a mí, es, sencillamente, porque soy su huésped. Pero es inútil. Ni acepta las invitaciones que recibe, ni deja de entristecerse cuando no le invitan. Lo que me temo es que la herida se encone. Él ha sido siempre de naturaleza sombría, reservada, irritable —algo socarrón y con mucha bilis—, ya me entienden. Eso tiene que haberlo heredado de los Weir, que eran, sin duda, una buena familia de tejedores en alguna parte del país. ¿Qué es lo que se dice de ellos? Ah, sí: de oficio sedentario. Ése es precisamente el tipo de carácter que no se adapta a una situación falsa como la que su padre le ha buscado, o que él se ha buscado, como ustedes gusten. Y, por mi parte, me parece una pena —añadía Frank con generosidad.

La pena e inquietud de ese amigo desinteresado fue adquiriendo volumen. Comenzó a insinuar malas o bajas costumbres, en conversaciones *sotto voce* con otros.

—Me temo que sea un caso perdido —decía—. Con toda franqueza, y en confianza, no quisiera estar más tiempo con él, pero, claro, tengo miedo de dejarle solo. Ya verá usted cómo, al final, la culpa va a ser mía, con el sacrificio que representa para mí quedarme. Estoy desperdiciando mil oportunidades en la abogacía; eso lo veo claro. Y lo que temo es que me

coman el terreno por todas partes antes de que resuelva este asunto. ¿Ve usted? Hoy día nadie cree en la amistad.

—Innes —respondía el confidente—, tengo que decir que usted es una gran persona. Si alguien le echa la culpa de algo, puede contar conmigo, sin lugar a dudas.

—Bueno —seguía Frank—, no digo que sea fácil, francamente. Tiene maneras muy bruscas; ya sabe usted, de tal palo tal astilla. Tampoco digo yo que llegue a ser grosero —por supuesto, nadie esperaría de mí que yo lo aguantara—, pero le falta poco. No, no es agradable, no. Pero le digo, en conciencia, que abandonarle no sería justo. Entiéndame, no es que algo en concreto vaya mal; es que no me gusta el cariz que va tomando la cosa —y apretaba el brazo de su confidente de turno.

Al principio, estoy convencido de que no lo hacía por malicia. Sólo hablaba por el placer de lucirse. Tenía de por sí mucha labia, lo cual beneficia al abogado joven y, en sí, no le importaba gran cosa la verdad, característica del asno joven: hablaba al azar más que nada y, expresamente, no se advertía ningún prejuicio, salvo uno local y universal: lisonjearse a sí mismo y agradar a su interlocutor e interesarle. Así, soltando aire por la boca, había formado en poco tiempo una imagen de Archie que todos conocían y de la que hablaban todos hasta el último extremo de la comarca. Dondequiera que hubiera una mansión y un jardín cerrado, un castillo y un parque, una casita de campo junto a una fortaleza en ruinas, habitaba una vieja familia venida a menos; y dondequiera que había una hermosa quinta con una avenida para los carruajes y un reguero de arbustos, eso indicaba la arribada de una familia de nuevos ricos, seguramente a lomos de la industria. Unos y otros comenzaron a ver a Archie aureolado de un misterio quizá sombrío o perverso y esperaban el desarrollo de su vida con intranquilidad y chismes confidenciales. «Había cometido algo vergonzoso, hija. Lo que era, nadie lo sabía a ciencia cierta, y ese hombre joven tan bondadoso, el señor Innes, hacía lo que podía y más por quitarle importancia. Pero ahí estaba. Y al señor Innes se le veía ahora muy preocupado por él, realmente inquieto, hija; está perjudicando su propia carrera, sin duda alguna, por no dejar a Archie solo…» ¡Cómo mentimos todos a causa de un charlatán, aunque lo haga sin malicia! Y cuando un

hombre habla de sí mismo sin parar de forma conveniente y enumera sus virtudes sin otorgarles nunca el nombre de virtud, ¡qué fácilmente se acepta lo que él dice en el mentidero de la opinión pública!

Durante todo este tiempo, sin embargo, se fraguó en los dos jóvenes un resquemor más nocivo aún, que tardó en llegar a la superficie, pero que, en realidad, había condicionado sus discordias y las había hecho más enconadas desde el principio. Para un tipo ocioso, ligero e indolente como Frank, el olor a misterio era atractivo; le daba a su mente algo con qué jugar, como un juguete nuevo para un niño. Y le cogió, además, por el flanco débil, porque él se vanagloriaba de una penetración y rapidez mentales poco corrientes, como otros muchos abogados jóvenes que empiezan a ejercer y aún no han tenido ocasión de comprobar sus defectos. En aquellos tiempos no conocían aún a Sherlock Holmes, pero se hablaba bastante de Talleyrand[35]. Y si hubieran cogido a Frank desprevenido, habría confesado con una sonrisa de satisfacción que, si él se parecía a alguien, era precisamente al marqués de Talleyrand-Périgord. Su curiosidad echó raíces en la primera ausencia de Archie y caló más honda cuando Kirstie le dejó plantado a la hora del desayuno. Aquella misma tarde ocurrió otra escena que empeoró el asunto. Estaba pescando en Swingleburn acompañado de Archie y éste miró el reloj.

—Bueno, me marcho —dijo—. Tengo cosas que hacer. A la hora de comer nos veremos.

—¡No tengas tanta prisa! —exclamó Frank—. Espera a que saque la caña y te acompaño. Estoy harto de azotar este charco.

Y comenzó a enrollar el sedal.

Archie se quedó estupefacto. Le costó mucho controlarse ante esa intromisión descarada pero, cuando había preparado su respuesta y casi estaba a punto la caña, se había vuelto un Weir de arriba abajo y la cara de verdugo se le veía sombría sobre los hombros jóvenes. Habló con una serenidad, incluso bondad, forzadas, pero un niño podía haber visto su determinación.

—Disculpa, Innes, no quiero molestarte, pero conviene que nos entendamos desde ahora. Cuando desee tu compañía, yo te lo diré.

—¡Ah! —exclamó Frank—, entonces, no quieres que te acompañe…

—En este momento, eso parece —replicó Archie—. Te he dicho, incluso, cuándo quiero que me acompañes, ¿te acuerdas? A la hora de la comida. Si vamos a vivir juntos en armonía —y no veo por qué no—, tendrá que ser respetando cada uno la intimidad del otro. Si empezamos a entrometernos…

—¡Oye, oye! Eso no se lo consiento a nadie. ¿Así es como se trata a un invitado y a un viejo amigo? —vociferó Innes.

—Vuelve a casa y piensa tranquilamente en lo que te he dicho —continuó Archie—, si es razonable, o si te ofende o no, y luego nos vemos, a la hora de comer, como si tal cosa. Te lo diré de otra forma, si quieres: que yo conozco mi carácter, que pienso en una larga estancia tuya con gusto (con gran placer, de verdad), y que trato de tomar precauciones desde el principio. Veo muy claro por lo que nosotros —o yo, si quieres— podríamos reñir y me adelanto y *obsto principis*[36]. Te apuesto cinco libras a que te vas a dar cuenta de que mi propósito es amistoso y yo te aseguro que lo es, Frankie —añadió suavizándose.

Innes se echó la caña al hombro y, estallando de ira, que le impedía hablar, se despidió con un gesto y se marchó bordeando el río. Archie no se movió. Sentía lo ocurrido, pero no vergüenza. Le molestaba ser poco hospitalario, pero en una cosa, al menos, no desmentía a su padre: en el convencimiento arraigado de que su casa era suya y de nadie más; estar a merced de un invitado no podía concebirlo, aunque parecer duro, sin embargo, le mortificaba. Pero el que estaba en falta era Frank. Si hubiera sido pasablemente discreto, Archie habría sido también más cortés. Y eso sin tener en cuenta que el secreto que guardaba no era sólo suyo; también era de ella; pertenecía a esa *ella* inefable que se estaba apoderando de su alma, y que él habría defendido, aunque hubiera tenido que prender fuego al mundo. Archie veía a Frank aparecer y desaparecer entre el brezo invernal pisando aún con fuerza, aunque menguados por la distancia su marcha y su porte, hasta convertirse en un minúsculo Lilliput. Antes de que le viese llegar a Swingleburnfoot, se sonreía ya de lo ocurrido. O se iría Frank, y eso sería un alivio, o continuaría allí y el anfitrión no tendría más remedio que aguantarle. Archie caminaba ahora en libertad por senderos sinuosos, bajando montículos y siguiendo regatos, para alcanzar la losa del Tejedor

Orante, donde Kirstie, entre zarapitos y chorlitos piadores, esperaba con ardientes deseos su llegada.

Innes siguió cuesta abajo con un resentimiento fácil de entender, pero que iba cediendo a las circunstancias de su situación. Maldijo a Archie como a un perro, por ser desatento, frío y poco amistoso, y más aún a sí mismo, por ser lo bastante estúpido para refugiarse en Hermiston cuando podía haberlo hecho en, prácticamente, cualquier casa de Escocia. Pero una vez dado el paso, era ya irreparable porque, entre otras cosas, no le quedaba dinero para irse a otro sitio y tendría que pedirle a Archie para volver al Club. Y, aunque los modales de su anfitrión dejaban bastante que desear, estaba seguro de su generosidad en la práctica. El parecido de Frank con Talleyrand lo creo imaginario, pero, al menos, ni el mismo Talleyrand habría aprendido con mayor mansedumbre la lección que se desprende de un hecho. A la hora de comer, se encaró a Archie sin resentimiento, casi cordial. Tienes que aceptar a tus amigos como son, parecía pensar. Era inevitable que Archie saliera a su padre, o a su abuelo que fue, quizá, tejedor. Como hijo de un bruto, Archie era también un bruto en el fondo, y no conocía la consideración ni la generosidad auténticas, pero poseía otras cualidades con las que Frank, mientras tanto, lo pasaba bien y, si quería disfrutar de ellas, era preciso controlar la ira.

Y lo hizo con tal eficacia que, a la mañana siguiente, se despertó con la cabeza obstinada en un tema distinto, aunque afín. ¿En qué juego andaba metido Archie? ¿Por qué no quería la compañía de Frank? ¿Cuál era su secreto? ¿Se veía con alguien? ¿Sería una mujer? Sería chistoso y una buena venganza descubrirlo. Y emprendió la tarea con la paciencia de Job, lo que habría sorprendido, sin duda, a sus amigos, porque le habían tenido siempre por mucho menos paciente que ingenioso. Poco a poco consiguió, atando cabos, ensamblar las partes de la investigación. Primero advirtió que Archie volvía siempre a casa de un lugar que estaba entre el sur y el oeste, aunque, al marcharse, tomara una dirección cualquiera. Escudriñando un mapa, y teniendo en cuenta la gran extensión de páramo deshabitado en esa dirección, hacia el nacimiento del río Clyde, plantó el dedo en Cauldstaneslap y en las dos fincas vecinas: Kingsmuirs y Polintarf. Pero era difícil explorar más lejos. Con la caña de pescar como pretexto, visitó en

vano y por turno cada una de ellas. No vio nada sospechoso en esa trinidad de fincas del páramo. De ser posible, hubiera seguido a Archie, pero se lo impedía la forma del terreno, así que se escondió en un recodo y siguió su trayecto con unos prismáticos. Pero todo fue en vano y se cansó pronto de su acecho inútil. Dejó el catalejo en casa y cuando había abandonado casi el empeño, sin esperanzas, el día 27 de su estancia en Hermiston, se topó de pronto con la persona que iba buscando. Kirstie había logrado ausentarse de la iglesia el primer domingo con el pretexto de sentirse indispuesta, aunque en realidad era pudor: le parecía que ver a Archie era un placer excesivamente intenso, demasiado sagrado, para hacerlo en un lugar público. Los dos domingos siguientes, el ausente fue Frank, por haberse marchado de excursión con familias vecinas. Hasta el cuarto domingo no tuvo ocasión de ver a la hechicera y, con la primera mirada, no hubo más dudas. Llegó con el grupo de Cauldstaneslap, así que vivía en Cauldstaneslap. Ahí estaba el secreto de Archie; ahí, la mujer, y aún más —aunque aquí sea preciso atenuar al máximo el lenguaje—, con la primera mirada se convirtió en su rival. Había en ello no poco resentimiento, algo de revancha y bastante admiración; que decida el demonio las proporciones; yo no puedo y quizá Frank tampoco.

—Una lecherita muy atractiva —dijo en el camino a casa.

—¿Quién? —le preguntó Archie.

—Oh, la chica que andas mirando. La miras, ¿verdad? Ahí va, delante de nosotros. Llegó acompañada del poeta rústico, así que, tal vez, pertenezca a esa familia excelsa. Ésa es la única objeción, porque los Cuatro Hermanos Negros son tipos difíciles. Si pasara algo, Gib farfullaría, Clem se volvería cruel, Dand estallaría en cenizas y Hob saltaría en pedazos por el aire. Se armaría un buen lío.

—Muy divertido —dijo Archie, perfectamente serio.

—Bueno, trato de serlo —recalcó Frank—. Aunque no es fácil en este sitio y acompañado por tu solemnidad. Pero confiesa que la lechera te ha caído en gracia o renuncia a la más mínima pretensión de ser un hombre de gusto.

—Me da completamente igual —replicó Archie.

Pero el otro, burlón, siguió mirándole con fijeza y, lentamente, se coloreó bajo su mirada la cara de Archie, hasta que ni la más viva insolencia podría haber negado que se ruborizaba. Archie se alteró un poco, cambió su bastón de mano y gritó:

—¡Por Dios bendito, deja de ser bestia!

—¿Bestia? Ésa es, sin duda, la contestación más delicada —dijo Frank —. Ten cuidado con la campechanía de los hermanos, amigo. Si entran ellos en el baile, ya verás quién es el bestia. Piensa si ellos podrían emplear sólo la cuarta parte del talento que he derrochado yo para enterarme de lo que hace el señor Archie por las tardes, y por qué se vuelve tan antipático cuando se menciona el tema.

—Lo estás mencionando ahora —le interrumpió Archie estremecido.

—Gracias, no quería nada más: una confesión clara.

—Deja que te recuerde…

—Pero el otro le interrumpió a su vez.

—¡Hombre, no! No hace falta. El tema está bien muerto y descansa en paz.

Y se lanzó a hablar a toda prisa de otros asuntos, un arte en el que era diestro, porque su talento consistía en hablar fácilmente de cualquier cosa o de nada. Pero, aunque Archie tuvo la timidez o el acierto de permitir su facundia, el tema no estaba zanjado en modo alguno. Cuando volvió a casa para cenar, le saludó el otro con una pregunta irónica: cómo iba todo «en el camino de Cauldstaneslap». Frank brindó por Kirstie con la primera copa de oporto después de la cena y, avanzada la tarde, volvió al tema otra vez.

—Oye, Weir, discúlpame por volver otra vez al asunto. He estado pensando en ello y te pido, muy en serio, que tengas cuidado. No lo veo seguro, muchacho. No es seguro.

—¿El qué? —preguntó Archie.

—Bueno, la culpa es tuya si tengo que nombrar a alguien pero, de verdad y como amigo, no puedo permanecer pasivo si veo que te lanzas de cabeza a un precipicio. Hijo —le dijo alzando el puro en señal de atención —, piensa cómo va a acabar eso.

—¿Cómo va a acabar qué? —Archie, irritado y sin saber qué hacer, persistía en atrincherarse con peligro y sin gracia.

—¿Qué? La lecherita o, para decirlo más claro, la señorita Christina de Cauldstaneslap.

—Te aseguro —soltó Archie— que todo es una quimera tuya. No se puede decir absolutamente nada contra esa muchacha, ni tienes derecho a introducir su nombre en la conversación.

—Lo tendré en cuenta —dijo Frank—. De ahora en adelante ella será la sin nombre, sin nombre y sin nombre. Tomo nota también de tu valioso testimonio respecto a su carácter. Sólo quiero ver este asunto como hombre de mundo. Amigo mío, admito que es un ángel pero, además de eso, ¿no es una mujer?

Sus palabras atormentaban a Archie.

—Discúlpame —dijo, luchando por no descomponerse—, pero meterte en mi intimidad solapadamente…

—¡Venga ya! —exclamó Frank—. ¿Tu intimidad? Era de color de rosa, pero sólo para ti. Tu confianza… ¡vaya! Ahora, ¡escúchame, Weir! Esto es lo que tengo que decirte, porque atañe a tu seguridad y a tu buen carácter y, por lo tanto, a mi honor de amigo. Dices que me inmiscuyo en tus cosas solapadamente. Bueno, muy bien, pero ¿qué es lo que he hecho? Atar cabos, lo mismo que lo harán en la iglesia mañana, y en todos los contornos de Tweedsdale en quince días, y los Hermanos Negros…, bueno, dejémoslo sin fecha, en un mañana oscuro y tormentoso. Dicho de otro modo, tu secreto es un secreto a voces. Y, como amigo, me gustaría preguntarte si la perspectiva te atrae. Tu dilema tiene un par de cuernos y, si fuera yo, miraría con tristeza uno y otro. ¿Te ves dando explicaciones a los Hermanos Negros? ¿Te ves presentando a tu padre a la lecherita como futura señora de Hermiston? ¿Te ves así? Francamente, yo no.

Archie se levantó.

—Ni una palabra más —dijo con voz temblorosa.

Pero Frank hizo ademán de pararle.

—Dime antes una cosa. Dime si lo que estoy haciendo no es de buen amigo.

—Creo que tu intención es ésa —replicó Archie—. Hasta ahí llego y no quiero ser injusto con tus motivos. Pero no acepto una palabra más. Voy a acostarme.

—Eso está bien, Weir —dijo Frank, con buen ánimo—. Vete a la cama y piénsalo y ¡no te olvides de rezar, hombre! No suelo hacer de sermoneador, no me va, pero cuando predico ten por cierta una cosa: que soy sincero.

Archie se marchó a la cama y Frank se quedó en la mesa cerca de una hora, sonriendo para sí tranquilamente. No era rencoroso, pero, si tenía que vengarse, prefería que la venganza fuera buena, y pensar en la noche de Archie llena de quebraderos de cabeza, le parecía de una dulzura inefable. Notó una sensación de poder embriagadora. Vio a Archie como una marioneta minúscula, cuyas cuerdas manejaba él; como si montara un caballo al que hiciera retroceder y pararse al mero impulso de la inteligencia y al que podía cabalgar a placer hasta llegar a la fama o a la tumba. ¿Cuál sería de las dos? Fue prolijo en la forja de sus planes, disfrutando con pormenores que resultaría superfluo enumerar. Pobre corcho bajando en un torrente, saboreó aquella noche las delicias de la omnipotencia y calculó, como un dios, los hilos de la intriga que había de acabar con él antes de irse el verano.

Capitulo VIII

Una visita nocturna

La vieja Kirstie tenía muchos motivos de ansiedad. Cuando los años pasan, y más aún en el caso de las mujeres, ateridas de miedo a la vejez, empezamos a depender de la voz cada día más como único escape del alma. Disminuidos nuestros recursos, sólo así podemos liberar el grito angustiado de la pasión que llevamos dentro. Sólo así, en la timidez amarga y sensible de los muchos años, podemos relacionarnos aún con esas figuras juveniles, vivaces, que todavía aparecen delante de nosotros y tienden a convertirse, cada día más, en papel pintado que se mueve ante nuestras vidas. Hablar es el último vínculo, la última conexión. Pero cuando acaba la charla, cuando la voz cesa y la cara luminosa del que escucha se vuelve a otro lado, la soledad inunda otra vez el corazón dolorido. Kirstie había perdido su «hora dulce de la tarde»; no compartía ya con Archie los tesoros de su memoria, como podría hacerlo un espectro si se quiere, pero un espectro feliz en los Campos Elíseos[37]. Y era como si el mundo entero estuviera en silencio, aunque para él sería, sin duda, un cambio de diversión sin importancia. Y se enfurecía al pensarlo; la efervescencia de su carácter apasionado e irritable la ponía a punto de estallar.

Ese es el precio de la vejez por ardores a destiempo. Le hubiera ocurrido lo mismo en otra ocasión cualquiera, pero se sentía ahora privada de ese gusto, cuando más lo necesitaba, cuando más tenía que decir, más preguntas que hacer, y cuando se estremecía al ver que su influencia no estaba solamente aplazada, sino abolida. Porque, con la clarividencia del amor genuino, había intuido el misterio que Frank investigó durante varios

días. Fue consciente de una intromisión en sus derechos aun antes de que el misterio echara raíces, el mismo domingo por la tarde en que empezó, y una voz le susurró el nombre de la intrusa. Desde entonces, por intuición, por coincidencias, por observaciones al azar y por el humor de Archie, tuvo ya seguridad absoluta. Con un espíritu de justicia que podría envidiar lord Hermiston, aquel día, en la iglesia, reconoció los atractivos de la joven Kirstie, y con su humanidad profunda y su carácter sentimental, aceptó la mano del Destino. No lo habría querido así. En su imaginación, veía a Archie casado con una heroína sonrosada, alta, poderosa, de cabellos de oro, hecha a su propia imagen y semejanza, para la cual hubiera abierto la cama matrimonial con gusto. Ahora sería capaz de llorar al ver su ambición disminuida, pero los dioses se habían pronunciado y el hado era contrario.

Agobiada por ideas febriles, dio mil vueltas en la cama esa noche. Había asuntos peligrosos que resolver y era inminente una batalla, cuyo resultado le hacía titubear, entre la envidia, la comprensión y el miedo, y la lealtad y deslealtad por los dos bandos que se debatían dentro de ella. Ora se reencarnaba en su sobrina, ora en Archie. Por los ojos de la muchacha, veía al joven arrodillado ante ella, oía sus persuasivos ruegos con debilidad mortal, y se hacía partícipe de sus caricias irresistibles. Luego reaccionaba, se enfurecía por tantos favores de la fortuna y tanto amor derrochados en una mocosa de su propia estirpe, de su mismo nombre —coincidencia mortal—, que «no sabía ni lo que pensaba y era más negra que su sombrero». A ratos temía que su deidad rogara en vano y deseaba que su naturaleza triunfara sobre ella, pero luego se tornaba leal a su familia y sexo y se estremecía por Kirstie y por el buen nombre de los Elliott. Por fin, se veía a sí misma, sin historias ni chismes que contar ya del mundo, con su tiempo acabado, desatando los últimos lazos que le asían a la vida, a la luz y al amor. Y, después de eso, y más allá, sólo veía un hogar vacío donde arrastrarse hasta la muerte. ¿No había entonces nada más que esperar? Ella, ¡tan hermosa, tan bella, con el corazón tan fresco como el de una muchacha joven y tan fuerte como la misma feminidad…! No podía ser y, sin embargo, era así. Y, por un instante, su cama le resultó aborrecible y estrecha como los costados de un ataúd. Y vio ante ella un yermo de horas y

sintió rabia y ternura y temblores y rabia otra vez hasta que el día llegara y la pusiera en pie y empezara de nuevo el trajín de la casa.

Oyó de pronto pasos en la escalera —los pasos de él—, y, poco después, el ruido de una ventana al abrirse. Se incorporó excitada. Él estaba en su cuarto y no se había acostado y ella podría enfrascarse de nuevo en una de sus charlas nocturnas y, con esa perspectiva encantadora, todo en ella cambió; con esa esperanza de felicidad, se le fundió en la cabeza todo lo que no era oro. Se levantó y sintió en ella lo más valioso de la mujer, ternura, fortaleza moral, compasión, lealtad a su propio sexo y, en lo más vulnerable de esa miscelánea íntima, lisonjeándola sin palabras en el corazón propicio, una suave esperanza que, antes de reconocer que la sentía, hubiera preferido morir. Se quitó bruscamente el gorro de dormir, y el pelo le cayó en profusión alrededor de los hombros reavivando su eterna coquetería. A la luz del velón, se puso frente al espejo, alzó a la cabeza sus brazos torneados y recogió el tesoro de sus trenzas. No era reacia a admirarse; no tenía esa clase de pudor. Le impresionó verse y sintió una grata admiración por sí misma. «¡Que vieja tan tonta eres!», exclamó, respondiendo a su imagen, y la inundó el rubor inocente de una niña. Arregló, rápida, las trenzas masivas y brillantes, se puso la bata, cogió la lámpara y salió al pasillo en silencio. Oyó el tic-tac del reloj abajo y, en el comedor, el tintineo de las jarras manejadas por Frank. Sintió una aversión hacia él instantánea y amarga. «¡Borracho, antipático!», se dijo y, acto seguido, llamó cautelosamente a la puerta de Archie, que la mandó entrar.

Archie estaba contemplando la oscuridad, antigua como el mundo, punzada aquí y allá por estrellas sin rayos, y respiraba el aire dulce del páramo y la noche; buscaba la paz —o quizá la había encontrado—, como la buscan los tristes. Se volvió al entrar ella y dejó ver su cara pálida en el marco de la ventana.

—¿Eres tú, Kirstie? Pasa.

—Es muy tarde, hijo —dijo ella, fingiendo desgana.

—No, no, en absoluto. Pasa a charlar, si quieres. No tengo sueño, ¡bien lo sabe Dios!

Ella entró, cogió la silla del tocador y una vela, y dejó la lámpara a sus pies. Algo —quizá el desorden relativo de su ropa o la emoción que

estremecía su pecho— había puesto en ella su varita mágica y parecía tan joven como una diosa.

—Archie, ¿qué es lo que te ha pasado?

—No sé que me haya pasado nada —dijo él, y se ruborizó y sintió haberla dejado entrar.

—Hijo mío, eso no está bien —dijo Kirstie—. Es malo que el amor sea ciego. Piensa un poco, antes de que sea demasiado tarde. No debías impacientarte por tener las cosas bellas de la vida; todas vendrán a su tiempo, como el sol y la lluvia. Eres todavía joven, tienes años de alegría por delante. Ten cuidado de no hundirte al principio como tantos otros. Ten paciencia —siempre me han dicho que ésa era la consigna de la vida—; ten paciencia y un día grande llegará. Dios sabe que nunca vino para mí; y aquí me tienes, sin marido ni hijos que pueda llamar míos, fastidiando a todos con mi mala lengua, y a ti el primero, Archie…

—No comprendo lo que quieres decir…

—Te lo diré más claro. Es que tengo miedo, hijo. Tengo miedo por ti. Recuerda que tu padre es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado, que recoge donde no ha esparcido. Es muy fácil decirlo, pero ¡recuérdalo! Tendrás que mirar esa cara hosca, donde es desagradable mirar y es inútil buscar compasión. Eres como un barco nuevo que sale a los mares tempestuosos y oscuros. Te sientes seguro todavía, tranquilo, hablando en tu cuarto con Kirstie, pero ¿sabes tú dónde estarás mañana?, ¿en qué horror de tormenta espantosa?, ¿añorando una cala entre los montes que te dé cobijo?

—Estás muy enigmática esta noche, Kirstie, y muy locuaz —la interrumpió él.

—Mi querido Archie —continuó ella, con un cambio de voz—, no debías pensar que no estoy a tu lado. No debías pensar que no he sido joven. Hace ya mucho tiempo, cuando no era más que una muchacha; no había cumplido aún los veinte años… —hizo una pausa y suspiró—. Limpia y fresca, con los pies ligeros como las abejas… Siempre he sido alta y fuerte, ¿entiendes?, una real hembra, aunque esté mal que yo lo diga; una mujer hecha para criar hijos, hijos hermosos tenían que ser, ¡me habría gustado tanto! Pero yo era joven, hijo, con la chispa alegre de la juventud

en los ojos, y nunca podía imaginar que una vieja, ojerosa y soltera, te contaría esto. Llegó un joven a hacerme la corte, como era lógico. Muchos habían venido antes y no quise ni verlos, pero éste tenía un pico seductor capaz de hacer que los pájaros abandonaran las ramas y las campanillas las abejas. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Desde aquello, hay gente que se ha muerto y está bajo la tierra olvidada, y niños que han nacido y se han casado y tienen ya hijos. Desde entonces se han plantado bosques y han crecido los árboles y están hermosos, y se sientan los novios a su sombra y, desde aquello, fincas antiguas han cambiado de dueño, y ha habido guerras y conatos de guerras en el mundo. Y yo sigo aquí, como un cuervo desplumado y viejo, sin hacer otra cosa que mirar y graznar. Pero, Archie, ¿es que no crees que aún lo recuerdo todo? Yo vivía en casa de mi padre y, es curioso, que, a veces, nos citábamos en el Brezal del Diablo. ¿No crees que aún recuerdo los días gloriosos del verano, las millas largas y rojas como la sangre, el canto del zarapito y a aquel chico y la muchacha que se habían citado? ¿Crees que no recuerdo cómo mi corazón se llenaba de dulzura? ¡Ay, Archie! Yo sé cómo es, ¡lo sé muy bien! Cómo la gracia de Dios, igual que a Pablo de Tarso, les coge cuando menos lo esperan y, para la pobre muchacha, el mundo y la gente del mundo no son más que nubes, y el Cielo sólo hierba, con tal de serle agradable a él. Hasta que murió Tom…, así fue mi historia —se interrumpió—. Él murió y yo no fui al entierro. Pero mientras él estuvo en el mundo, yo no necesitaba a nadie más que a él. ¿Qué fue de aquella pobre?

Kirstie, con lágrimas temblándole en los ojos, le tendió una mano suplicante. El oro mate y espléndido de su pelo ardía detrás, en las trenzas de su cabeza hermosa, con rasgos de juventud eterna; en su cara se había encendido el color y Archie se turbó tanto por su belleza como por su historia. Se acercó lentamente a ella desde la ventana y cogió su mano y la besó.

—Kirstie —dijo con voz ronca—, me has juzgado mal.

Totalmente. Yo siempre la he respetado. ¡Por nada del mundo le haría daño!

—Eso es fácil decirlo, hijo —exclamó Kirstie—, ¡pero no es tan fácil hacerlo! ¿No comprendes que es voluntad de Dios que nos halaguen y nos

hechicen y, en un momento así, no tengamos control de nosotros mismos? Hijo mío —exclamó, cogida aún de su mano—. ¡Piensa en esa pobre muchacha! ¡Ten piedad de ella, Archie! ¡Usa de tu prudencia para los dos! ¡No olvides el riesgo que ella corre! Si os he visto yo, ¿cómo no os van a ver los demás? En el Brezal os he visto una vez, en el mismo lugar donde yo me citaba, y me puse triste porque estabais allí. En parte por el mal presagio, porque creo que ese sitio está maldito, y en parte por rencor y celos en el corazón. ¡Qué raro que también vosotros os citéis allí! ¡Dios mío! Aquel pobre *covenanter*, terco y viejo, ha visto una buena carga de temperamento humano desde que miró, por última vez, los cañones del mosquete, si es que no la vio antes —dijo con un extraño asombro en los ojos.

—Te juro por mi honor que no le he hecho mal alguno —exclamó Archie—. Juro por mi honor y por la salvación de mi alma, que no será nunca maltratada por mí. He oído antes de ahora historias semejantes. Quizá sea tonto, Kirstie, pero no cruel y jamás seré infame.

—¡Así me gusta! —dijo Kirstie, poniéndose en pie—. Ahora me puedo fiar de ti, puedo acostarme tranquila.

Y, de repente, vio la inutilidad de su triunfo. Archie había prometido no portarse mal con la muchacha y lo cumpliría; pero ¿quién había prometido no dañar a Archie? ¿Cómo acabaría todo? Adentró la mirada en un laberinto de dificultades y, en cada salida, veía la cara de roca de Hermiston. Y una especie de horror se apoderó de ella por lo que había hecho. Como si llevara una máscara trágica, gritó:

—Archie, hijo ¡que Dios se apiade de nosotros!

Y dejó caer la mano sobre el hombro de él.

—He construido sobre este cimiento y he construido bien alto, y lo he hecho de corazón. Si se derrumbara el edificio, ¡creo que me moriría! Perdona a esta mujer tonta que conoció a tu madre y que te quiere. Y, por lo que más quieras tú, guárdate de deseos excesivos, agarra tu corazón con las dos manos y ten cuidado de él, no dejes que suba y suba como la cometa de un niño en el remolino del viento. No olvides, Archie, que esta vida no es más que un desengaño y, el final, un puñado de tierra en los ojos y la boca.

—Sí, pero pides demasiado, Kirstie —le dijo Archie emocionado y expresándose en dialecto escocés, como ella—. Me pides lo que ningún hombre puede prometer. Sólo el Dios del Cielo puede concedértelo, si le parece bien, e incluso Él, ¿podrá hacerlo? Yo te he prometido lo que voy a hacer y puedes fiarte de mi palabra, pero, mujer, lo que voy a sentir ¡eso no puede nadie ni siquiera pensarlo!

Estaban los dos de pie mirándose. En la cara de él, había la sombra triste de una sonrisa. La de ella, por un segundo, pareció crispada. Con voz sinuosa, dijo:

—Prométeme una cosa: que nunca vas a hacer nada sin decírmelo.

—No, Kirstie. Eso no puedo prometértelo. ¡Bien sabe Dios cuánto te he prometido!

—¡Que la bendición de Dios te acompañe, hijo! —dijo ella.

—Mi vieja amiga, que te bendiga Dios —dijo él.

Capítulo IX

En la tumba del Tejedor

Declinaba el sol cuando Archie llegó a la tumba del Tejedor por el sendero de la colina. El Brezal estaba en sombras, pero, por el resquicio del Slap, el sol deslizaba un último rayo que rozaba la alfombra de musgo, iluminaba y estremecía alguna mata y, finalmente, llenaba de luz la tumba y la pequeña figura que esperaba allí. El vacío y la soledad de los grandes páramos parecían concentrarse en aquel lugar y Kirstie era el único habitante que el dedo del sol señalaba. Su primera impresión de la muchacha fue triste y angustiosa, como el que mira a un mundo en el que toda luz, todo confort y sociedad estuvieran a punto de desaparecer. Y un segundo más tarde, cuando ella volvió la cara hacia él, iluminada por una sonrisa pronta, toda la naturaleza le sonrió por aquella sonrisa feliz de bienvenida. El paso lento de Archie se aceleró, sus piernas volaban hacia ella, pero su corazón iba a rastras. Ella se compuso despacio y permaneció de pie, expectante. Era toda languidez y su cara estaba pálida. Le dolían los brazos de no ir hacia él y tenía el alma en vilo. Pero él, no menos pálido que ella, la desilusionó desviándose un poco en el camino y soslayando su mano con un gesto.

—No, hoy no, Christina —le dijo—. Hoy tengo que hablar contigo en serio. Siéntate ahí, donde estabas, por favor. ¡Por favor! —repitió.

La revulsión de sentimientos en el corazón de Christina fue inmensa. Haber esperado por él con suspiros y anticipando sus caricias durante largas horas, verle llegar por fin y estar allí dispuesta, sin aliento, totalmente pasiva a su entero antojo, y encontrarse, de pronto, cara a cara, con un maestro de escuela ceniciento y áspero, era un golpe demasiado fuerte. Se

hubiera echado a llorar, pero la contuvo el orgullo. Se sentó en la losa como si la empujaran y por obedecer. ¿Qué ocurría? ¿Por qué la rechazaba? ¿No era ya atractiva? Estaba en pie ofreciéndole sus regalos y él no los quería. Y todos eran suyos. Para cogerlos, para atesorarlos, pero no para despreciarlos, ¡eso nunca! En su naturaleza atropellada, altiva, que un momento antes ardía de esperanza, se atenuó el amor y prevaleció la vanidad humillada. El Dómine Cabra que hay en todo hombre, para desesperación de todas las muchachas y de la mayoría de las mujeres, exudaba por todos los poros de Archie. Había pasado una noche de sermones y un día de reflexión y acumulaba aliento para cumplir con su deber, pero la resolución de sus labios, que sólo traicionaba el esfuerzo de su voluntad, le parecía a ella el desierto de un corazón desviado. Y lo mismo su voz constreñida y su cara agobiada. Y si era cierto, si todo había terminado, el dolor agudísimo de esa idea anuló en su cabeza cualquier otra. Ante ella, él parecía distante.

—Kirstie, todo esto ya es demasiado. Nos hemos visto demasiadas veces.

Ella alzó rápida la cabeza y se achicaron sus ojos.

—No es bueno que nos citemos tanto en secreto. Falta sinceridad y decencia en lo que hacemos y no me he dado cuenta hasta ahora. La gente empieza ya a hablar y eso no está bien. ¿No lo crees tú?

—Lo que creo es que alguien te ha estado hablando —soltó ella de pronto.

—Sí, más de uno —replicó Archie.

—¿Y quiénes son? —preguntó exaltada—. ¿Y qué clase de amor es el tuyo que se suma al coro de la gente que charla? ¿Es que tú crees que a mí no me lo han dicho?

—¿Es verdad eso? —preguntó Archie con la respiración agitada—. Es lo que me temía. ¿Quiénes han sido? ¿Quién ha osado decirte…?

Archie estaba a punto de desbocarse.

En realidad, nadie le había hablado a Christina del asunto, pero ella, vigorosamente, repetía su pregunta con el pánico de la autodefensa.

—¡Bueno! ¡Qué más da! —dijo él—. Es buena gente que no nos desea nada malo y lo que nos importa es que hablan. Querida Kirstie, tenemos que

ser prudentes. No podemos hundir nuestras vidas cuando están empezando. Todavía pueden ser largas y felices y tenemos que cuidarlas como criaturas racionales de Dios, no como niños alocados. Debemos considerar una cosa antes que nada. ¡Por ti, Kirstie, vale la pena esperar! Aunque sea por una generación, porque el precio de tenerte sería bastante.

Y otra vez el maestro de escuela apareció en él, inoportuno, y continuó de sabio:

—Lo primero que tenemos que procurar, por consideración a mi padre, es no dar motivo de escándalo. Eso acabaría con todo, ¿te das cuenta?

Kirstie se sintió ligeramente complacida, porque las últimas palabras de Archie le parecieron más cálidas, pero persistía en su pecho la irritación y, con instinto primitivo, quería que sufriera Archie porque había sufrido ella.

Además, en los labios de él había surgido la palabra que ella más temía: el padre. No hay por qué suponer que, en tantos días de amor entre ellos, no hubieran tratado, siquiera vagamente, de su futuro en común. De hecho, habían aludido al tema con frecuencia y fue motivo de roce desde el principio. Kirstie se desentendía de él salvajemente y no quería discutirlo ni con ella misma. Su corazoncillo desesperado y galante obedecía la orden de una atracción suprema como llamada del sino y se acercaba a su perdición con los ojos vendados. Pero Archie, con el sentido masculino de la responsabilidad, razonaba por los dos y tenía que procurar un futuro sin mácula, mientras que, para Kirstie, la bienaventuranza del presente lo era todo. Él tenía que hablar —aunque lo hiciera sin convicción— de lo que debía ser y varias veces mencionó la boda. Y una y otra vez se volvía atrás con incertidumbre al recordar a lord Hermiston. Kirstie lo comprendía enseguida, y enseguida echaba a un lado lo que había entendido y el ahogo que notaba, rápida en encenderse en llamas a la mención de esa esperanza que irradiaba nubes de incienso para su vanidad y amor, porque ella podría ser un día la señora Weir de Hermiston. Rápida en intuir también, en expresión torpe y ahogada, el tañido fúnebre de esas esperanzas y, sin embargo, ¡pobre muchacha!, constante en su descomedida locura, dispuesta a continuar sin temor alguno. Pero esas alusiones suspensas en el aire, esos parpadeos con los que el corazón de él la traspasaban, y la memoria y razón de Archie alzándose en silencio antes de acabar lo que iba a decir, le

producían una agonía indescriptible. Se sentía elevada a las alturas y otra vez arrojada al suelo sangrando y la frecuencia del tema la forzaba, aunque fuera un instante, a abrir los ojos a lo que no quería ver. El final era siempre otra desilusión. Así que ahora, de nuevo, al simple venteo de lo que no quería oír, a la mención del nombre del padre de él, cuya sombra —una figura horrible con peluca y sonrisa irónica y amarga— podría decirse que acompañaba siempre su noviazgo en el páramo, huyó del estorbo bajando la cabeza.

—No me has dicho todavía quién es el que habla.

—Tu tía, sin ir más lejos —dijo Archie.

—¿La tía Kirstie? —preguntó ella—. ¿Y a mí qué me importa la tía Kirstie?

—Pues a ella le importa mucho su sobrina —replicó Archie, reconviniéndola con suavidad.

—Quizá sea cierto, pero nunca me lo ha dicho nadie.

—¡Bueno! La cuestión no es quién lo ha dicho, sino qué es lo que dicen, qué es lo que ven —dijo con lucidez el maestro de escuela—. Eso es lo que hay que tener en cuenta para defendernos.

—¡La tía Kirstie! ¿Cómo no? Una solterona artera y amargada que ha alentado rencillas en todo el contorno desde antes de nacer yo y estoy segura que lo seguirá haciendo cuando yo me muera. Eso es lo suyo. Para ella es tan natural como para una oveja comer.

—Perdona, Kirstie, pero tu tía no ha sido la única —le interrumpió Archie—. Anoche me echaron dos rapapolvos. Los dos muy considerados y amables. Si hubieras estado allí te aseguro que hubieras llorado, amor mío. Me abrieron los ojos. Y me di cuenta de que íbamos por mal camino.

—¿Quién era el otro? —preguntó ella con ímpetu.

Archie se sentía acorralado. Había llegado allí tenso y resuelto. Quería trazar una línea de conducta para los dos en unas pocas palabras frías y convincentes y, después de haber estado allí un buen rato, todavía seguía divagando, inseguro, y sufriendo un interrogatorio que le parecía totalmente salvaje.

—¡El señor Frank! —exclamó ella—. ¿Qué ha dicho? Me gustaría saberlo.

—Fue muy sensato y amable.

—Y, más o menos, ¿qué dijo?

—No te lo voy a contar. No es cosa tuya —respondió Archie alzando la voz, alarmado de acceder a tantas concesiones.

—¡Oh, no, yo nada tengo que ver con eso! —repitió ella, poniéndose en pie de un salto—. Uno cualquiera, en Hermiston, opina sobre mí libremente, pero yo no tengo nada que ver con eso. ¿Se parecía a un rezo lo que decían? ¿Llamaste al administrador para consultarle? Poco te puede extrañar que alguien murmure cuando haces de cualquiera tu confidente. Pero, como dices muy bien, señor Weir —sincero siempre y con la mayor amabilidad y consideración, estoy segura—, yo no tengo nada que ver con eso, así que lo mejor será que me marche. Le deseo a usted muy buenas tardes, señor Weir.

Y le hizo una donosa reverencia, estremeciéndose de la cabeza a los pies mientras la hacía, en el desabrido colmo de la furia.

El pobre Archie se quedó mudo. Ella se había alejado algunos pasos antes de que él recobrara el don de la palabra.

—¡Kirstie! —gritó—. ¡Kirstie, mujer, por favor…!

Había en su voz un eco de súplica, un inesperado y dolorido asombro que acusaba la derrota del maestrillo.

Ella se volvió.

—¿Qué quieres de Kirstie? ¿Qué tienes tú que ver conmigo? Vete con tus amigos y habla con ellos hasta que los dejes sordos.

Él sólo repetía suplicante el nombre de ella.

—¡Kirstie, sí, Kirstie! —gritó la muchacha con los ojos llameantes y la cara pálida—. Quisiera que te enteraras de que mi nombre es Christina Elliott y eso no puedes quitármelo. Si yo no tengo amor, señor Weir, tendré, al menos, respeto. Soy de familia decente y a mí se me respeta. ¿Qué he hecho yo que puedas reprocharme? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué? Por Dios, ¡dime lo que he hecho! —y su voz se quebró en el aire—. Pensaba…, pensaba…, pensaba, ¡que era tan feliz…! —y el primer sollozo brotó de ella con el paroxismo de una enfermedad mortal.

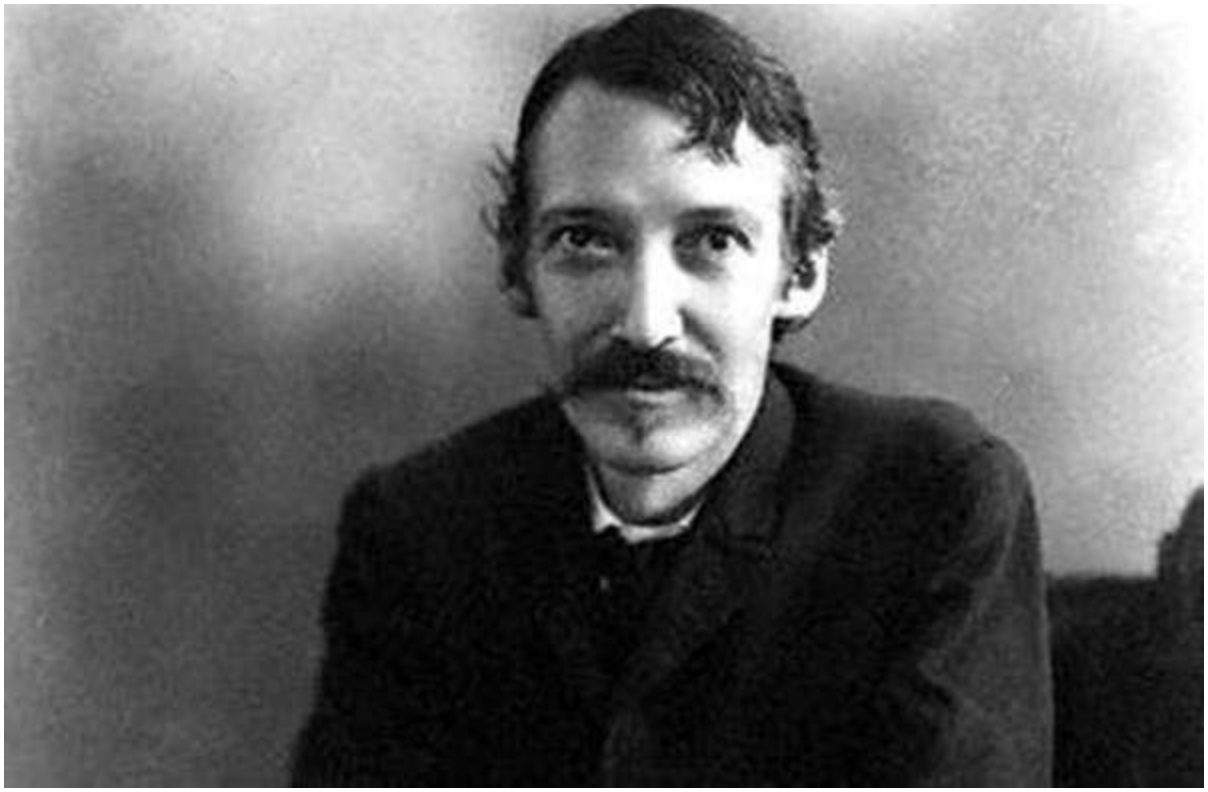
Archie corrió hacia ella. Cogió a la pobre niña en sus brazos y ella se acurrucó en su pecho como en el de una madre y le apretó con sus manos,

fuertes como el vicio. Él sintió el cuerpo de ella estremecido por la agonía de la pena y le dio tanta lástima que no encontraba palabras de consuelo. Lástima y, a la par, un miedo confuso a aquel motor de explosión que tenía entre sus brazos, cuyo mecanismo no comprendía y que, sin embargo, había descompuesto él mismo. Se alzó ante él el telón de la sangre joven y, por vez primera, vio cómo es, en realidad, la cara ambigua de la mujer. En vano repasaba lo que había dicho antes: no acertaba a ver en qué le había ofendido. Parecía todo injustificado, una convulsión salvaje de naturaleza bruta…

Lo que iba a ocurrir en *El Weir de Hermiston*[38]

Fragmento de la nota del editor (sir Sidney Colvin) a esta novela, en 1896.

Archie persiste en su laudable resolución de evitar que el nombre de Kirstie ande en entredicho por el comportamiento de ambos. Aprovechando la situación y la tristeza y vanidad herida de la muchacha, Frank Innes no ceja en su propósito de seducirla y, aunque el corazón de Kirstie aún pertenece a Archie, ella cae víctima de Frank. La vieja Kirstie es la primera en percibir que algo malo le ocurre a su sobrina; acusa a Archie creyéndole culpable y, entonces, él se da cuenta de que ha ocurrido algo grave. Él no se defiende, pero indaga e interroga a la muchacha, que le confiesa la verdad. Y él, que todavía la quiere, promete defenderla y protegerla en su desgracia. Archie se entrevista con Frank en el páramo, luchan y Archie mata a su rival en la tumba del Tejedor. Entretanto, los Cuatro Hermanos Negros se han dado cuenta de lo ocurrido a su hermana y se conjuran para vengarse de Archie, a quien suponen su seductor. Están a punto de caer sobre él con tal propósito, cuando los custodios de la ley detienen a Archie por el asesinato de Frank. Le juzgan delante de su padre, el Justicia Mayor, le declaran culpable y es condenado a muerte. La vieja Kirstie, mientras, instiga a la muchacha a contarle lo ocurrido, informa a sus sobrinos de la verdad del caso y, en un cambio radical de sentimientos a favor de Archie, éstos traman una hazaña al viejo estilo de su estirpe. Reúnen a unos cuantos y, tras una lucha brutal, entran en la prisión y liberan a Archie. Kirstie y él escapan a América, pero el sufrimiento por el que ha pasado el Justicia Mayor, al tener que juzgar a su propio hijo, le causa la muerte.



ROBERT LOUIS BALFOUR STEVENSON (Edimburgo, Escocia, 13 de noviembre de 1850 - Vailima, cerca de Apia, Samoa, 3 de diciembre de 1894). Fue un novelista, poeta y ensayista escocés. Su legado es una vasta obra que incluye crónicas de viaje, novelas de aventuras e históricas, así como lírica y ensayos. Se le conoce principalmente por ser el autor de algunas de las historias fantásticas y de aventuras más clásicas de la literatura juvenil, *La isla del tesoro,* la novela histórica *La flecha negra* y la popular novela de horror *El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde*, dedicada al tema de los fenómenos de la personalidad escindida, y que pueden ser leída como novela psicológica de horror. Varias de sus novelas continúan siendo muy famosas y algunas de ellas han sido varias veces llevadas al cine del siglo XX, en parte adaptadas para niños. Fue importante también su obra ensayística, breve pero decisiva en lo que se refiere a la estructura de la moderna novela de peripecias. Fue muy apreciado en su tiempo y siguió siéndolo después de su muerte. Tuvo continuidad en autores

como Joseph Conrad, Graham Greene, G. K. Chesterton, H. G. Wells, y en los argentinos Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges.

Notas

[1] Al comenzar, Stevenson describe la tumba del Tejedor Orante, para introducirnos en los dos actos de violencia que enmarcarán la novela. El primero, en su contexto adecuado: la historia y la cultura escocesas (esa tumba está conectada con los «pactistas» o *covenanten*), y al segundo, que Stevenson no llegó a describir, se alude en la última frase de la «*Introducción*». Es de notar que la tumba de un tejedor efectivamente existe en las inmediaciones de Buckstane, cerca de Edimburgo. Compton Mackenzie, en su breve estudio sobre Stevenson (1968), dice que oyó contar al propietario de una finca cercana a Buckstane que Stevenson, cuando era joven, había frecuentado aquel lugar y se había enamorado de la hija menor de la familia, llamada Christina, como la protagonista de *Weir*. Un lugar de encuentro preferido por los novios era esa tumba del tejedor. Los «pactistas» o *covenanters* tomaron su nombre de un documento, el Pacto Nacional, escrito y jurado en 1638, treinta y cinco años después de la unión de Escocia con Inglaterra bajo Carlos I, rey que mostró escaso interés por el calvinismo, tan arraigado en Escocia. Cinco años después, se formó el llamado Pacto y Liga Solemnes, que agrupaba a creyentes fanáticos escoceses, dispuestos a hacer respetar su religión en su propio país y a extenderla a Inglaterra. A estos hombres del segundo Pacto se refiere el texto de la *«Introducción»*. *Claverhouse*: John Graham de Claverhouse, vizconde de Dundee (1648-89), *Bonnie* Dundee (Dundee El Hermoso), ha quedado en la memoria del pueblo como enemigo implacable y cruel de los «pactistas». Stevenson lo presenta aquí matando fríamente a un pobre tejedor que está orando. *Old Mortality*: La extraña figura de Roben Paterson (1715-1801), conocido como el *Viejo Mortalidad*, aparece brillantemente evocada en la introducción a la novela del mismo título de Walter Scott, en la que éste trata de los «pactistas». El «Viejo Mortalidad», puritano ejemplar, pasó la segunda mitad de su vida viajando por Escocia para esculpir y erigir monumentos a los «pactistas» muertos por sus creencias. *Cameroniano*: Los «cameronianos» representaban el ala extrema de los «pactistas» o *covenanters* y sólo plantearse la posibilidad de un *modus*

vivendi con el Gobierno, lo consideraban el mayor pecado. Toman el nombre de Richard Cameron (1648-80), que dividió a los *covenanters* condenando totalmente a cualquier clérigo que aceptara pactar, poco o mucho, con el Gobierno. <<

[2] Es de suponer que el Francie nombrado aquí sea Frank Innes, el joven abogado que morirá asesinado en el mismo lugar que el Tejedor. <<

[3] *El Justicia Mayor* (Lord Justice-Clerk): Braxfield fue primero secretario del Tribunal Central de lo Criminal y ascendió a Justicia Mayor en 1798; era, por consiguiente, el Presidente del Tribunal. <<

[4] *Jean Rutherford*: Procedía, sin duda, de una vieja familia ingobernable. *Flodden*: Una de las mayores derrotas de los escoceses a manos de los ingleses (1513). Aproximadamente, 15 000 escoceses murieron en esa batalla cerca del río Tweed. *Ahorcado en el portón de su torre por Jaime V*: Jaime V (1512-42) hizo un gran esfuerzo por reducir la desobediencia y el poder de las mejores familias de Escocia y colgó a algunos miembros de la familia Armstrong a la puerta de su casa. *Tom Dalyell*: General Thomas Dalyell (1599-1685), enemigo implacable de los «pactistas». Carlos II le hizo, en 1666, comandante en jefe de todas sus tropas en Escocia y venció a los *covenanters* en Rullion Green, batalla que se nombra en la novela varias veces. <<

[5] *El Fiscal mayor*: El Lord Advocate en Escocia. <<

[6] *Las Cartas* (publicadas en 1664), constituyen la obra más conocida de Samuel Rutherford (1601-1661), y durante muchas generaciones formaron parte de la educación religiosa de los escoceses. Rutherford fue uno de los *covenanters* («pactistas») más extremados. *Henry Scougal* (1650-1678). Uno de los santos de la Iglesia escocesa. Catedrático de Teología, desde muy joven, en la Universidad de Aberdeen. <<

[7] Tres enemigos más de los «pactistas»: *Bloody Mackenzie* (Mackenzie el sanguinario): George Makenáe de Rosehaugh (1636-1681), hombre de letras, tenía una personalidad ambigua, de las que tanto atraían a Stevenson. Fue nombrado Fiscal Mayor en 1677 y, desde ese puesto, persiguió sin piedad a los «pactistas». *Landerdale*: John Maidand, duque de Lauderdale (1616-1682), fue uno de los redactores del Pacto y Liga Solemnes, aunque, posteriormente, pasó a formar parte de las filas realistas. *Rothes*. John Leslie, duque de Rothes (1630-81). La trayectoria de su vida es muy semejante a la de Lauderdale, de quien fue rival en sus últimos años. *Covenanter* destacado en 1638, acabó persiguiéndolos como representante en Escocia del rey Carlos II. <<

[8] Alusión a los versos de un poeta, Robert Murray McCheyne, casi desconocido hoy. <<

[9] La figura de lord Glenalmond se compara aquí con Duncan Forbes (1685-1747), que fue Fiscal Mayor en 1726 y ejerció en su cargo una influencia moderadora y humanitaria. <<

[10] *Marco Poncio Catón* (234-149 a. C.), conocido por El Censor. Castigó a la nobleza por su inmoralidad y defendió la tradicional austeridad romana. *Lucio Junio Bruto* (hacia 510 a. C.). Jefe de la rebelión contra los Tarquinios, corruptos reyes de Roma, y uno de los primeros cónsules de la República. Sus hijos conspiraron contra él y trataron de restaurar a los Tarquinios. Su padre les condenó a muerte. <<

[11] *Rhadamantus*: Juez severo e incorruptible. En la mitología griega, hijo de Zeus y Europa, y uno de los jueces del Mundo Inferior. <<

[12] *Holyrood*: El palacio real de Hollyroodhouse, en Edimburgo. Fue construido (1498-1503) por Jaime IV en el lugar donde se había alzado una abadía del siglo XII. Está vinculado a la historia de la reina María Estuardo, de Escocia, y del príncipe «Bonnie Charlie». *Príncipe Charlie* (1720-1788), llamado «El Hermoso» (*Bonnie*). «El Joven Pretendiente» se aloja en Holyrood en septiembre y octubre de 1745, antes de emprender su invasión de Inglaterra, que acabará, más tarde, con la derrota de su ejército en Culloden (Escocia). *El ciervo encapuchado*: El rey David I estaba cazando cerca de la montaña de Arthur Seat, cuando se vio en peligro ante un ciervo gigante. El Rey encuentra en su mano, milagrosamente, un fragmento de la Santa Cruz y el ciervo sale huyendo. <<

[13] Stevenson fue socio de la Sociedad Especulativa en sus días de estudiante en Edimburgo y allí trató de organizar un debate sobre la moralidad de la pena de muerte. <<

[14] *El doctor Gregory: James* Gregory (1753-1821). Desde 1790, catedrático de Práctica de la Medicina en la Universidad de Edimburgo y director de la Escuela de Medicina en la misma ciudad. Su obra *Conspectus* (1780-82) —*Compendio*— fue muy conocida y consultada en toda Europa, especialmente por su «Terapéutica». <<

[15] *La Península*: La Guerra de la Independencia española contra Napoleón (1808-1814), en la que lucharon tropas británicas. <<

[16] *In apicibus juris*: En las sutilezas del derecho. <<

[17] *Sui juris*: Independiente. <<

[18] *Tigris ut aspera*: Como las asperezas del tigre. <<

[19] El *sheriff* Scott: Walter Scott (1771-1832), que fue nombrado *sheriff* suplente de Selkirshire en 1799. Conocía muy bien la región fronteriza de los *Borders* y, desde su infancia, mostró grandísimo interés por las leyendas y baladas de esa parte de Escocia. <<

[20] *Toddy*: Ponche de *whisky* (u otro licor), con *azúcar* o miel y agua caliente. <<

[21] *Camperdown*: Derrota naval de los holandeses por los británicos en 1797, que evitó la invasión de Irlanda. *Cabo de San Vicente*: Victorias navales de los británicos sobre la flota española (1780 y 1797). <<

[22] *Thomas Muir y T. F. Palmer*: Ambos líderes partidarios de la Revolución Francesa, miembros de los «Amigos del Pueblo» y víctimas de la más injusta «justicia» de lord Braxfield, que los deportó a Australia. <<

[23] *Antinómico*: El que sostiene que la ley moral no es obligatoria para los cristianos, porque basta la fe para salvarse. <<

[24] Juego de palabras difícil de traducir. *Corporation* significa, a la vez, corporación y barriga. Así los elementos de una corporación municipal serían «un alcalde y una panza». <<

[25] *Robbie (Robert) Burns* (1759-96): Poeta nacional de Escocia. Stevenson admiraba su obra, pero no su reputación de donjuán desenfrenado. <<

[26] *James Hogg* (1770-1835). Poeta y novelista escocés. Nació en la parte de los *Borders* conocida por Ettrick. Pastor y escritor, lo mismo que Dand Elliott en la novela. <<

[27] Los *elders* o consejeros de la Iglesia de Escocia castigaban las irregularidades sexuales obligando al pecador o pecadora a estar de pie en un lugar fijado de la iglesia, para que todos los fieles pudieran contemplarle con horror. <<

[28] *Roy nepuis*, *prince ne daigne*: Rey no puede, príncipe no se digna. *Ipsissimus*: el mismísimo. <<

[29] *Demi-broquins*: Calzado francés de moda en la época. La pronunciación de la mujer de Hob hace pensar en «medio rotos», *demy-brokens*, y Stevenson transcribe su pronunciación, subrayando su vulgaridad. <<

[30] Dos versos del poema lírico de Wordsworth *La segadora solitaria (The Solitary Reaper)*: «For old, unhappy, far-off things, / And battles long ago». <<

[31] *La guerra americana*: La de 1812-14 entre Inglaterra y los Estados Unidos, motivada por la tirantez de relaciones entre los dos países durante la lucha de Gran Bretaña contra Napoleón. <<

[32] Según el libro clásico del inglés John Bunyan, *El viaje del peregrino (The Pilgrim's Progress),* de 1678 y 1684, los peregrinos podían ver desde la tierra de Beulah la Ciudad de Dios. Beulah era notable por la profusión de flores, que crecían continuamente. <<

[33] *Pílades*: Era un príncipe focio, fiel amigo de Orestes. *Orestes*: Legendario hijo de Agamenón y Clitemnestra. Mató a su madre y al amante de ésta, Egisto, en venganza por haber matado ellos a su padre. Fue perseguido por las Furias hasta que le perdonó Artemis por haber rescatado su estatua (y también a Ifigenia, hermana de Orestes) de Táuride. Llegó a ser rey de Argos, Esparta y Micenia y se casó con Hermiona, hija de Menelao. <<

[34] *Tantaene irae*: Furia tan indomable. <<

[35] *Charles Maurice de Talleyrand-Périgord* (1754-1838): Estadista francés de extraordinaria habilidad política, que ocupó altos cargos en la Francia revolucionaria y bajo Napoleón. <<

[36] *Obsto principis*: Me opongo a los principios, a los comienzos. <<

[37] *Campos Elíseos*: El país de las almas bienaventuradas, según la mitología griega. <<

[38] Fragmento basado en notas tomadas por la hijastra de Stevenson, Bella Strong, cuando hacía de amanuense, durante la composición de la novela. <<